



*Cipriano Mera*

UN ANARQUISTA EN LA GUERRA DE ESPAÑA

Joan Llach

## Presentación

Cipriano Mera, albañil de modesta familia, fue fundador del sindicato de la CNT de la construcción de Madrid durante los años treinta del pasado siglo.

Durante la contienda civil llegó a mandar el IV cuerpo de ejército de la República.

Condenado a muerte, amnistiado y exiliado en Francia, el 24 de octubre de 1975, murió como había vivido: construyendo edificios organizativos, mientras otros se dedicaban a destruirlos.

Hoy se ha convertido en un símbolo de toda esa pléyade de militantes sencillos sacrificados, tenaces, laboriosos rebeldes, consecuentes y combativos que conformaron alguna vez la Confederación Nacional del Trabajo de España.

## Créditos

Editorial Euros

© Joan Llarch

Edición Digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrera.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## Agradecimientos

Deseo expresar mi reconocimiento a cuantas personas me han ayudado en la realización de este libro, especialmente a J. L. Alcofar Nassaes; Joaquina Dorado y L. Sarrau, de París, y José Ibáñez, de Londres.



Cubierta original

CIPRIANO MERA

Un anarquista en la guerra de  
España

Joan Llarch



## Capítulo I

### Consejo de guerra a un gladiador

«Ser o no ser, ésta es la cuestión»

Hamlet, príncipe de Dinamarca.

En febrero de 1942 -en plena ocupación de Francia por las tropas alemanas-, en el puerto de Casablanca, el vapor «Quanza» se disponía a zarpar rumbo a México.

Un abigarrado grupo de refugiados políticos españoles huidos a Orán en los últimos días de la guerra civil de 1939, esperaba al pie de la pasarela para subir a bordo del barco.

La cubierta del Quanza, significaba para todos ellos -lo mismo que para los demás que habían quedado en el campo de concentración sin tanta fortuna-, la plataforma neutral y salvadora que les liberaba del campo de confinamiento en el que hasta entonces habían permanecido y, a la vez, el alejamiento del Viejo Continente europeo, encendido en los horrores de la Segunda Guerra Mundial. México era la salvación definitiva, la tierra de promisión y libertad.

Comenzaron a subir por la pasarela, cada uno con sus

escasas pertenencias personales. De pronto, uno de ellos fue sacado de la fila por los gendarmes y detenido.

Se trataba de un hombre de modesta apariencia, mediana estatura, pero fuerte; de gesto áspero, delgado, con aspecto taciturno, y pelo negro, indomable, como su carácter. Se llamaba Cipriano Mera.

Al comenzar la guerra civil española contaba treinta y nueve años de edad, pero había permanecido tres en el campo de internamiento al finalizar aquélla, y cumplido, por tanto, cuarenta y cinco años al ser detenido en el puerto de Casablanca por las autoridades francesas cuando estaba a punto de embarcar para México.

En sus antecedentes constaba como el refugiado político número 111 del campo de concentración de Morand. Anteriormente, durante la guerra española, había ascendido desde simple miliciano a teniente coronel con mando del IV Cuerpo de Ejército de la República, en la Región Centro, graduación equivalente, por las funciones que desempeñaba, a la de un general.

Fue detenido por orden del comisario francés en Casablanca, señor Nougues, cumpliendo órdenes a su vez del Gobierno colaboracionista de Vichy a fin de acceder a la petición de extradición cursada por el Gobierno de Franco.

Al propagarse la noticia de la detención de Cipriano Mera y su casi segura repatriación, con todas sus ulteriores consecuencias por las responsabilidades que recaían en su persona a causa de sus actividades revolucionarias antes de la contienda y más tarde como jefe militar durante la guerra civil, se inició una campaña de protesta por parte de los medios, antifascistas de Latinoamérica. Como en casos análogos, se recurrió a la intervención de los presidentes de diversas Repúblicas latinoamericanas, para que intercedieran ante el mariscal Pétain a fin de que no accediera a entregar a Cipriano Mera al Gobierno español.

A su vez, los Gobiernos de Chile, Colombia, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Ecuador, Cuba y Uruguay hicieron igual petición. Por su parte, el presidente de la República del Uruguay manifestó que se le habían dado seguridades de que Mera sería liberado. El socialista Indalecio Prieto, exiliado en México, defendió en la prensa republicana y antifascista la integridad y honradez de Mera, mientras que en La Habana, Miguel González Inestal, quien durante la guerra de España había sido miembro de la CNT, en el Estado Mayor del Ejército del Centro, era invitado a dar una conferencia de propaganda, publicada posteriormente con el título de *Cipriano Mera, revolucionario*, por la Editorial Atalaya de Cuba, en 1943.

Pero tanto la propaganda como las gestiones llevadas a cabo resultaron infructuosas para conseguir la libertad del detenido. Cipriano Mera fue entregado a las autoridades españolas el 18 de marzo de 1942, por el Gobierno de Vichy.

El 26 de abril de 1943, compareció ante un Consejo de Guerra, en Madrid.

\*

Cipriano Mera Sanz, nacido el 4 de noviembre de 1897, en Tetuán de las Victorias (Madrid), era albañil de profesión y anarquista por su ideología.

Había sido encarcelado en numerosas ocasiones en distintas prisiones españolas en los últimos tiempos de la Dictadura del general Primo de Rivera por sus actividades revolucionarias, así como también posteriormente durante la Segunda República española, principalmente en el período comprendido entre los años 1932 Y 1934, en los cuales los anarcosindicalistas emprendieron y llevaron a cabo acciones

insurreccionales en su táctica de *gimnasia revolucionaria*, como denominaron ellos mismos a estas actividades.

A consecuencia de hechos similares, el 8 de diciembre de 1933 fue ingresado en la cárcel de Torrero de Zaragoza, por formar parte del Comité Nacional de la CNT y asimismo del Comité Revolucionario de la capital aragonesa, al que también pertenecía por la Región Centro de la CNT. También formaban dicho Comité Pedro Falomir, por la Región Norte; Orobón Fernández, por Aragón, así como el médico zaragozano Alcrudo; Durruti, por Cataluña, y el doctor Isaac Puente, de la aldea de Maeztu en Vitoria, representando a Andalucía.

Isaac Puente, teórico del anarquismo español, firmaba sus artículos con el seudónimo de *Un médico rural*. El comienzo de la guerra le sorprendió en Vitoria y fue fusilado. También fue encarcelado Ciriaco Asensio, maestro racionalista que ejercía en el pueblo de Epila, de Zaragoza.

\*

El albañil, el esclavo rebelde, se encontraba ante sus jueces. Ya no era el jefe militar con sus broncas gentes sobre las armas, dispuestas a obedecer a rajatabla a sus recias y contundentes voces de mando cumpliendo las órdenes hasta el supremo sacrificio personal.

Allí estaba sin la gorra galoneada, ni la guerrera militar con los emblemas en la bocamanga. Vestía ropas de paisano, lo mismo que cualquier otro obrero a los que había comandado. Volvía a ser el antiguo anarcosindicalista, conducido, una vez más, pero en un acto que resumía todos los juicios anteriores de su vida, a presencia de quienes iban a exigirle responsabilidades, según la gravedad que hubiesen

alcanzado sus actividades.

Unos años antes, en los tiempos de lucha, que habían sido efímeros, pero gloriosos, durante «la guerra de los esclavos», en aquel hombre se había personificado, en la región centro de Madrid, como en Cataluña y Aragón con Durruti, el espíritu espartaquista de la lucha de los libertarios ibéricos por la realización práctica de la Utopía y de la libertad integral del hombre, según el lema de combate del anarquista ucraniano Néstor Majno al enfrentarse al Ejército soviético al grito de *libertad o muerte*.

Desde siempre, Cipriano Mera, quien, según sus propias palabras, «a los ocho años arrancaba hierba en el campo» y que no tuvo otra escuela y aprendizaje que los andamios de las casas en construcción, hasta llegar, en la dura lucha diaria, a ser albañil; ese hombre que, con su temperamento apasionado, puso corazón, inteligencia y voluntad en la lucha por las reivindicaciones obreras, dedicó toda su existencia a un solo fin y objetivo: el advenimiento de la revolución anarquista, considerada por todos los teóricos ácratas como redentora del género humano.

Mera había dedicado toda su vida, con inaudita paciencia en unión de otros de su mismo tesón, audacia, fortaleza y espíritu de sacrificio, a conseguir el poder decisivo que, en su día, llegó a tener en sus manos de albañil. Y pareció que, al fin iba a realizar el sueño por tantos otros como él deseado, proclamando, en anuncio profético, la Buena Nueva prometida a la clase trabajadora de su tiempo: derrocar el viejo edificio social injusto para levantar desde los cimientos otro nuevo y distinto en el que pudieran convivir, en armónica relación, todos los hombres que lo habitaran.

Se había empeñado en la realización de un sueño milenario, el de reconstruir, con todos los albañiles de la Tierra, la mítica torre de Babel, pero en esta ocasión hasta darle fin en toda su magnitud y altura, sin que se repitiera la

confusión entre sus constructores y el posterior abandono en la ideal belleza del grandioso empeño. ¿Sería posible coronar empresa tan hermosa siendo la arcilla, no de los ladrillos sino de la materia que estaban formados los hombres, más deleznable que el barro con que se forjan los sueños?

Ese hombre que se encontraba ante el tribunal que debía dictar sentencia había demostrado poseer una fuerte personalidad, levantada en el solo pedestal de su modestia. Había algo en su carácter de la aparente mansedumbre del toro que se transformaba en arranque y bravura cuando la pasión le encendía, impelido por su extraordinaria energía interna. Todo el poder involuntariamente ejercido sobre los demás era un don innato que brotaba de la fortaleza de su carácter de resoluciones inamovibles. Conocía a los hombres y sabía, con raro sentido común, hacer que sus decisiones fuesen aceptadas por la claridad de sus frecuentemente acertados juicios. Por su profesión de albañil, era capaz de reparar, sin rebelarse por ello, el muro de la cárcel donde estaba recluido con sus compañeros de ideología, y, a la vez, considerar en silencio la posibilidad remota de conseguir volar, algún día, la prisión en pedazos.

La paciencia había sido el crisol de su carácter a lo largo de las largas vicisitudes, de su existencia, y los períodos de encarcelamiento pasados en compañía de otros revolucionarios contribuyeron tanto a su capacitación de dirigente como al fortalecimiento de su personalidad.

Durante la guerra civil, Cipriano Mera fue, de entre los jefes militares procedentes de las Milicias, el que más y mejor evolucionó, amoldándose a las exigencias de la contienda en su proyección antifascista y adaptándose, con sentido posibilista, a la realidad inmediata con objeto de lograr la victoria. Había reconocido el alto valor de la disciplina militar y supo hacer comprender de su necesidad a sus tropas confederadas aplicándola a sus hombres con mano de hierro. Su evolución fue notable, y Miaja, y Rojo

reconocieron y estimaron tanto su valiosa colaboración como su extraordinaria transformación de simple jefe de milicias en militar con excelentes dotes para el mando. Con esto les bastaba, pues la parte técnica, corría a cargo de los Estados Mayores, en los que, en opinión del general Miaja, habían soldados con talento. (1)

\*

Cipriano Mera Sanz se encontraba ante un Consejo de Guerra formado por los jefes y oficiales siguientes: Presidente: teniente coronel don José Fernández Álvarez, Vocales: capitán don Victoriano García Sanz; capitán don Carlos Rodríguez del Valle; teniente don Rafael Mateos Sánchez. Vocal ponente: don Francisco Pérez Arrús. Actuando como defensor el capitán don Pedro Martín Fernández, del Cuerpo de Caballería, y como fiscal, el del Cuerpo Jurídico de la 1ª Región Militar.

El procesado fue condenado a pena de muerte, pena que fue confirmada por el Auditor, así como también por el entonces capitán general de la 1ª Región Militar, general don Andrés Saliquet Zumeta.

El 15 de diciembre de 1944, la pena de muerte le fue conmutada a la inferior de 30 años de prisión mayor, que le fue comunicada por la Asesoría Jurídica Militar, constando así en el acta número 17.679, y en los correspondientes sumarios con los números 20.213 y 111.712, respectivamente.

Durante su estancia en la cárcel de Madrid, llamada de Porlier, antiguo colegio de los Salesianos, y posteriormente en la de Santa Rita, se encontraban allí, entre otros, Manuel Amil, Antonio Moreno, David Antona y el periodista y director

de «Castilla Libre», Eduardo de Guzmán.

El 1º de octubre de 1946, Cipriano Mera, beneficiado por un indulto, salió de la cárcel en libertad vigilada. Contrariamente al infundio de procedencia marxista, Mera vio conmutada su pena de muerte, que en opinión de sus jueces le correspondía, cumpliéndose la condición impuesta por el comisario francés Nougues al entregar a Mera, tal como había hecho antes con otros, en la seguridad de que les sería respetada la vida.

Una vez reincorporado a la vida civil en Madrid, reanudó sus contactos con la CNT en la clandestinidad, preparando su salida de España, que consiguió, concretamente el 11 de febrero de 1947, huyendo a Francia, donde, pasadas las circunstancias que durante la guerra de España le habían dado relevancia, reanudó su trabajo de albañil y su modesta vida de obrero de la construcción. Como él había dicho durante la contienda española: «Cuando termine la guerra, el teniente coronel Cipriano Mera dejará las armas para volver a empuñar el palustre».

### Testimonio de Miguel González Inestal

(Miembro de la CNT en el Estado Mayor Central y Subcomisario General del Ejército de la República.)

*Estimado amigo:*

*Mis primeros contactos con Cipriano Mera datan de los ya lejanos años 1924 y 1925, durante la Dictadura de Primo de Rivera. Por lo mismo, me resulta difícil establecer con exactitud las fechas, dado el tiempo transcurrido y los azares vividos desde entonces.*

*Mi relación con Mera se produjo cuando él se presentó como candidato a ingreso en los «Grupos de Educación Sindical», bajo la dirección de la «Federación de Grupos Anarquistas», por aquel entonces en la clandestinidad, al ser disueltos los sindicatos de la CNT y clausurados sus domicilios sociales por el régimen militar entonces vigente.*

*Por aquellos tiempos, realizado su período de aprendizaje, Cipriano Mera había conseguido la maestría profesional de albañil.*

*Cipriano Mera procedía de una familia avecindada en un pueblo de la inmediata periferia madrileña, Tetuán de las Victorias, cuyo vecindario, en su mayoría, se dedicaba a recoger las basuras de la capital madrileña, tipo social inmortalizado por Pío Baroja en su famosa novela «La Busca».*

*Entre las familias que desde los albores del día hasta entrada la mañana deambulaban por las calles madrileñas con sus carruajes de tracción animal, se hallaba la del «Tío Chimeno», que así llamaban al padre de Mera, apodo que heredó el propio Cipriano y por el cual era conocido por los compañeros en el oficio de su padre y después por los obreros del ramo de la construcción con los que alternaba.*

*Seguramente Mera, como todos los adolescentes de Tetuán de las Victorias pertenecientes a la referida actividad, integraría la interminable hilera de carruajes que durante varias horas ocupaba el trayecto entre Cuatro Caminos -a la sazón última barriada del casco urbano de Madrid-, y Tetuán de las Victorias, donde primero descargarían la carga de los carros y después, hasta bien entrada la tarde, procederían a la selección de su contenido aprovechable según su naturaleza.*

*El resto del tiempo libre era dedicado a la holganza y la diversión, a la que no eran ajenos los juegos de azar, con frecuencia terminados no muy pacíficamente.*

*Sin embargo, Cipriano Mera se emancipó tempranamente de ese estilo de vagar y al mismo tiempo familiar medio de vida. Inició su aprendizaje de albañil en el que, dadas sus cualidades, aceleró su formación profesional. Cuando yo le conocí, «el Chimeno» era ya en su profesión un elemento de calidad, tanto por la perfección de su trabajo como por el rendimiento en su producción. Me complace hacerlo constar, por cuanto fui testigo de ello muchas veces. Hube de acogerme a su alero, en ocasión en que estando boicoteado laboralmente no dudó en tomarme como ayudante -peón de mano-a sabiendas de mi inexperiencia en tal tarea y con el pleno convencimiento de que, por lo menos en los primeros tiempos, habría de realizar su trabajo y el mío. Y me consta que no fui el único, por haber comprobado su espíritu solidario, sobre todo con aquellos que le eran afines ideológicamente y con quienes su entrega no tenía límites.*

*Entre los obreros de la construcción tenía fama de violento, generalmente por el empeño que ponía en la defensa de su criterio, cuando él lo consideraba acertado y justo, y en más de una ocasión llegaba hasta obcecarse al máximo, actitud de la que sólo con gran esfuerzo lograba sustraerse. En todo caso, sin embargo, su apasionamiento no le impedía aceptar y reconocer su error cuando comprobaba su equivocación. Es posible que tal predisposición de ánimo tuviera alguna relación con su identificación total hacia algunos personajes representados por él en los cuadros artísticos teatrales en los cuales participaba en los «Ateneos Libertarios». Tuve ocasión de ver el caluroso énfasis que ponía en sus papeles de «El alcalde de Zalamea» y «Juan José» (de Calderón de la Barca y Joaquín Dicenta, respectivamente), entre otros varios personajes que le vi representar. Ciertamente -y esto no resta valor a su personalidad-que, como artista de teatro, lo hubiera hecho bastante peor que como albañil.*

*Su formación cultural, en aquellos sus primeros tiempos, era muy elemental, pero, con una tremenda fuerza de*

*voluntad, aprovechaba todo momento, en las horas de descanso, tanto en las obras como en su hogar, para enfrascarse en la lectura del libro de turno, que no faltaba nunca en su caja de herramientas. Alternaba indiscriminadamente la sociología con la literatura y la filosofía, y realizaba verdaderos esfuerzos de inteligencia para lograr comprender a ciertos autores.*

*Aunque no mucho, tuve oportunidades de frecuentar su hogar, incluso de hallar en él refugio en ciertas ocasiones, cuando él todavía estaba libre de peligro de las rachas represivas. Su hogar, a la sazón compuesto de su compañera y un hijo, era un hogar modelo, con el cabeza de familia pendiente de la menor incidencia que pudiera afectarles, al extremo de haberle visto llorar desesperadamente, creyéndose culpable de una enfermedad de su hijo que él consideraba irremediable y que, por fortuna, resultó algo leve y pasajero.*

*Durante el mandato de Berenguer, Cipriano Mera comenzó a destacar en actividades militantes de su profesión, integrando incluso los comités de su sindicato e incorporándose a las actividades anarquistas en la medida en que la situación y su formación doctrinal lo aconsejaban. Más tarde destacó en el movimiento sindical, tanto en el desarrollo de las actividades orgánicas como en los conflictos que tuvieron lugar durante la República, período en el que, tanto por razones de carácter militante como por motivos profesionales, nuestras actividades se desarrollaron en zonas geográficas distintas. Ya no volví a encontrarle hasta septiembre de 1936, contactos que en algunas ocasiones fueron de importancia al transformarse las milicias en unidades regulares.*

*Firmado: MIGUEL GONZÁLEZ INESTAL.*

## Testimonio de Jacinto Azcona

*Conocí a Cipriano Mera en la cárcel de Torrero a fines de 1933 durante la represión gubernativa desatada contra la CNT por la República. Los miembros del Comité Revolucionario de diciembre fueron detenidos y encerrados en prisión porque la Confederación se había lanzado a lo que se llamaba en aquellos años «gimnasia revolucionaria» como preparación para cuando llegase el momento de establecer el comunismo libertario.*

*Fue en Torrero, pues, donde conocí a Mera, a Durruti, Isaac Puente, Pedro Falomir, a Ciriaco Asensio, maestro de la Escuela Moderna en Epila, y al médico zaragozano Alcrudo, que también era anarquista como el doctor Isaac Puente.*

*El director de la cárcel zaragozana permitía muchas liberalidades a los detenidos, hasta el punto que, dos veces por semana, se permitía a los presos asistir a reuniones, charlas y conferencias que otros presos políticos, con una formación más completa, daban a los obreros. En una ocasión, Durruti nos habló, con su natural sencillez, de sus experiencias vividas como obrero en Bélgica con Francisco Ascaso, donde ambos estuvieron trabajando. En otra ocasión, el doctor Puente explicó cómo posiblemente se organizarían en una sociedad libertaria los parvularios en las fábricas y cómo se seleccionarían las muchachas que tendrían a su cargo los hijos de las obreras que estuvieran trabajando entre aquellas en quienes se advirtiera una mayor inclinación hacia los niños y un instinto maternal más desarrollado.*

*Fue en una de esas charlas, en las que todo el mundo podía intervenir con su opinión o solicitando alguna aclaración, cuando se derivó a la situación de los presos y, por analogía, salió a relucir el problema de las familias de los detenidos, cuestión que a todos nos interesaba por igual.*

*Entonces intervino Mera y nos contó su caso, diciendo, poco más o menos, que cuando él, a causa de sus ideas anarcosindicalistas era conducido a la cárcel, hecho que se repetía con demasiada frecuencia, su compañera se veía en la necesidad de trabajar para que en su hogar no faltara que comer. Pero cuando él salía en libertad, volvía inmediatamente a subirse al andamio, y entonces su esposa se incorporaba a las tareas del hogar. Pero hizo hincapié, con visible satisfacción y agradecimiento a su compañera, en que ésta lo sobrellevaba todo con envidiable conformidad y afecto porque comprendía los motivos por los cuales Mera se veía en tales apuros, que no eran otros que su deseo de colaborar en el mejoramiento de sus compañeros, obreros como él. Y añadió que su vida no era otra que la de pasar del andamio a la cárcel y de la prisión al andamio. Más o menos, fue algo así lo que dijo, pero con tono distinto, porque tenía la voz grave, meditada y profunda, y cuando hablaba todo él parecía ser como el hilo y el peso de la plomada de su oficio.*

*Sin embargo, en varias ocasiones le había visto pasear arriba y abajo por el patio de la cárcel hablando con otros compañeros, y él era el más taciturno, con gesto desabrido, y, al parecer, de carácter apagado. Era como un espejo opaco; espejo con la luna migrada. Carecía de brillo personal. Era lo que era, un obrero de la construcción de aquella época; áspero y poco comunicativo. Pero, de pronto, cuando tomaba la palabra, cuando se extrovertía, surgía su recia personalidad, apasionada quizá, por contener sus sentimientos y mantenerlos ocultos. Se transformaba, gesticulaba con gran fuerza y poseía un gran poder convincente en su determinación, rotundo, casi granítico. Yo lo vi tal como digo, pero sin duda otros, que le conocieron más íntimamente podrían explicar otras cosas mejores sobre Mera, aunque mejor elogio de su esposa cuando se refirió a su abnegación y seguro afecto no podía hacerlo.*

**FIRMADO: JACINTO AZCONA.**

## Capítulo II

### Incendio de una pasión

Ahora ya no habría descanso para los sucesos que se avecinaban. Era lo mismo que si, de pronto, Madrid hubiese estallado.

La gente se había lanzado a la calle gesticulando y gritando. Eran como los diversos afluentes de un mismo río, que desataban su furia sin freno.

Aquel 19 de julio de 1936, los Comités Confederales de las barriadas obreras habían movilizado a todos sus afiliados sindicales y a los socios de los Ateneos Libertarios de los barrios de Tetuán de las Victorias, Cuatro Caminos, La Bombilla, Villaverde, Vallecas, Entrevías, San Martín, Lucero, La Guindalera, La Latina, La Elipa, Puentes de Segovia y de Vallecas y otros muchos hasta el número de treinta que eran los Ateneos con que contaba Madrid. El gentío de los suburbios madrileños, metamorfoseado en centenares de serpientes gigantescas, se lanzó hacia los puntos donde una voz anónima había gritado por encima del tumulto del pueblo convertido en monstruo con mil cabezas:

-¡A las armerías!

Irrumpieron en las calles de Espoz y Mina, Carretas y Hortaleza, en las que se encontraban establecimientos dedicados a la venta de armas de fuego.

Puños crispados, convertidos en martillos y cuerpos humanos en arietes, arremetieron contundentemente contra las puertas cerradas de las armerías madrileñas. Violentaron

los cierres metálicos, saltaron en añicos los vidrios de los escaparates y las armas que había en ellos fueron arrebatadas por centenares de manos ansiosas de armarse para la lucha. Arramblaron con cuanto había en las estanterías y en los mostradores: escopetas de caza, cartuchos, cananas de cazador, morrales, cintos, cuchillos de monte y todo aquello que sirviera para agredir o atacar. No había armas suficientes para cuantos las reclamaban. Eran muchas más las manos vacías que las pocas que habían podido conseguir cerrarse alrededor de una culata.

Se había desatado una histeria colectiva incontenible, había comenzado el fuego de una gran pasión desde años atrás cobijada en el corazón de la gran masa obrera. Era como si una terrible descarga eléctrica hubiese recorrido todo el cuerpo de la ciudad de Madrid y sus nervios tensos se hubiesen electrizado. ¿Cómo había sobrevenido aquel acceso de furia colectiva en la que el hombre se despersonalizaba al impulso de la pasión en llamas?

A medida que gradualmente aumentaba aquella fuerza desatada se producía una transformación en histeria colectiva. Desaparecía la individualización y el claro discernimiento de la inteligencia se borraba, al haber desaparecido el sentido común. Aquel atardecer del 19, de julio de 1936, nada podría detener a las masas antifascistas del pueblo madrileño en su propósito de asaltar la Cárcel Modelo de la plaza de la Moncloa y liberar a los presos. El grito se repitió a través de centenares de gargantas, como una especie de slogan ensayado previamente:

-¡A la Moncloa! ¡A la Cárcel Modelo!

La guarnición de Madrid, por aquellas fechas, contaba con unos efectivos que ascendían a 8.000 soldados, 2.375 guardias civiles y 4.200 guardias de Asalto. El Ejército se había alzado contra la República, pero las fuerzas de orden público siguieron leales al Gobierno. El Gobierno vacilaba.

Temía tanto a los militares como a quienes, en su demanda de armamento con que defender a la República, al disponer de las armas, podían olvidar sus promesas de lealtad y llevar a cabo la Revolución que durante largos años habían anunciado desde sus respectivas posiciones extremistas, y socavar los cimientos de la Democracia hasta llegar a resquebrajarlos con peligro, de un total desmoronamiento y ruina. Por todo ello, el Gobierno se opuso a las apremiantes y decididas demandas de las sindicales obreras que deseaban armar a sus afiliados. Por tal motivo, los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, los de la UGT y los partidos frentepopulistas decidieron apoderarse por sus propios medios de las armas con que luchar.

Aquella lucha que había dado comienzo iba a ser decisiva.

Ya nadie podría echarse atrás. Se sabía que en el Parque de Artillería habían 50.000 fusiles, pero los correspondientes cerrojos se hallaban en el Cuartel de la Montaña. Con anterioridad al 19 de julio, sólo se había conseguido sacar 5.000 cerrojos y colocarlos a otros tantos fusiles. En consecuencia, podían disponer de 5.000 armas de fuego útiles para ser usadas, y estas armas eran las que exigía la multitud.

Sin embargo, todo aquel que ya contaba con un arma, albergaba el íntimo convencimiento de que ya no podría abandonarla jamás si no era a costa de su propia vida.

Algo tremendo, terriblemente grandioso, iba a recorrer toda la piel de toro hiriéndola y estremeciéndola. Era el 19 de julio de 1936, en Madrid, capital de España y sede del Gobierno de la República.

\*

Los antecedentes de los sucesos que se estaban produciendo habría que buscarlos en los días inmediatamente anteriores a aquel trágico 19 de julio en toda España. Pero la multitud frenética lanzada a la calle no leía la Historia, la estaba haciendo y, además, la protagonizaba. A finales de 1935, existían en todo el país cerca de 700.000 obreros en paro.

Anteriormente, con un mes y medio de antelación, concretamente el día 1º de junio de 1936, había dado comienzo en Madrid la huelga de los obreros del Sindicato de la Construcción y las ramas profesionales adheridas al mismo Sindicato, integradas por los fontaneros, carpinteros, pintores, electricistas y empleados del gas.

Se había iniciado la huelga con la participación de 40.000 albañiles, pero, una semana más tarde; los huelguistas alcanzaban la impresionante cifra de 100.000 obreros de la construcción, en su mayor parte afiliados a la sindical de la CNT que, en los últimos tiempos, había alcanzado en Madrid enorme pujanza en detrimento de la UGT.

La huelga continuaba en el mes de julio, durante el cual, en la segunda decena, se celebró una concentración de huelguistas, convocada por las dos centrales sindicales en el solar «Maravillas», donde unánimemente se reafirmó la decisión de continuar la huelga. Entre los que hicieron uso de la palabra figuraron Cipriano Mera, albañil que alternaba su lucha en la militancia confederal y ácrata entre el andamio y la cárcel; Teodoro Mora, en su calidad de presidente del Sindicato de la Construcción, y Antonio Vergara, joven y fuerte tesorero del Comité Nacional de la CNT, dotado de facilidad de palabra, quien sería enviado a Mallorca por la sindical unos días antes del 18 de julio. En dicha isla le sorprendieron los acontecimientos con el triunfo de los nacionalistas. Tan pronto como fue identificado y conocida su filiación anarcosindicalista, se le juzgó, se le condenó a muerte y se le fusiló.

Los dirigentes de la huelga de la construcción eran David Antona, secretario nacional de la CNT; Teodoro Mora, Eduardo del Val, de profesión camarero y dirigente del ramo de Hostelería; Cipriano Mera, albañil; Melchor Rodríguez, chapista perteneciente al ramo de la Metalurgia; Mauro Bajatierra, de profesión panadero, del ramo de la Alimentación, y Antonio Moreno, del ramo del Gas y Electricidad. Al ser detenidos Cipriano Mera, Teodoro Mora y David Antona, este último fue sustituido, en la dirección de la huelga y en la secretaría del Comité Nacional de la CNT, por Antonio Moreno.

Pero los obreros de la construcción ya no iban a reanudar sus actividades laborales. Al llegar el 18 de julio de 1936, los albañiles de Madrid empuñaron las «herramientas de la guerra». Posteriormente, durante el asedio que sufrió la capital de España, murieron 2.400 obreros de la construcción en la defensa de Madrid.

En la fecha en que unas multitudes armadas y enardecidas corrían hacia los cuarteles a combatir contra las fuerzas regulares acuarteladas para impedirles la salida y otras se dirigían a las cárceles para liberar a los presos políticos, Cipriano Mera aún continuaba recluido en la prisión de la Moncloa.

Hasta el interior de la Cárcel Modelo llegaba el vocerío excitado de las calles, como un tronar lejano, repetido, que crecía o se apagaba, parecido al mugido de las reses corneando en una loca estampida.

Cipriano Mera, al oír el tronar de las voces que se aproximaban a la cárcel, se puso tenso, al presentir que aquello por lo que durante tantos años había luchado había dado comienzo: la Revolución social, tantas veces preconizada por los agitadores anarcosindicalistas.

Y, al mismo tiempo que en el exterior parecía que el trueno repetido de las voces rebotaba una y otra vez contra las

puertas de la cárcel como aldabonazos amenazadores para que se abrieran, dentro de la penitenciaría explotó otro trueno de voces prorrumpido por los presos de las distintas galerías quienes, desde las celdas, comenzaron a golpear las puertas «chapadas» exigiendo la libertad a sus celadores.

Mera y sus compañeros de encierro aguardaban impacientes a que fuesen abiertas o echadas abajo por la multitud.

Algo muy poderoso decía en el ánimo de Cipriano Mera que el tiempo de las palabras había tocado a su fin y llegado aquel otro en el que la palabra la tendrían las armas en las manos firmes y combatientes del pueblo.

No ignoraba que Teodoro Mora y David Antona habían sido puestos en libertad el día anterior. Sabía, también, que no le abandonarían. Excitado y con los ojos brillantes esperaba en los instantes siguientes conseguir la libertad para emprender la lucha.

\*

Cuando David Antona y Teodoro Mora salieron de la cárcel, una vez tuvieron armas en sus manos, se dirigieron a ver al general Sebastián Pozas, por entonces Inspector General de la Guardia Civil en Madrid, y le exigieron la inmediata puesta en libertad de todos los presos de las cárceles madrileñas. El inspector se mostró indeciso ante esta exigencia. Advertía el peligro que significaba dejar sueltos a todos los reclusos, indistintamente a los delincuentes comunes y a los presos políticos.

Teodoro Mora exigió resueltamente:

-Si antes de media hora no están todos los presos en la

calle, los obreros iremos a echar abajo las puertas de las cárceles.

El general accedió.

Al abrirse las puertas de la Cárcel Modelo de Madrid, a la que los madrileños con su fino humor habían apodado «El abanico», por la disposición de las galerías que convergían en un solo punto o rotonda, los presos abandonaron las largas galerías y se abrazaron a sus libertadores. Cipriano Mera salió a la calle entre los demás. Se tropezó con Teodoro Mora que había ido a buscarle y que, riendo entusiasmado, le abrió los brazos. Y en cada una de las manos de aquellos brazos que parecían remos, sostenía un fusil. El propio y el que había reservado para Mera. Fusil y cartuchos.

Mera empuñó el arma con firmeza. Accionó el cerrojo, introdujo todo un peine y cerró de nuevo el arma con sonido breve, seco y metálico.

En aquel instante, mano, cerrojo, guardamontes, gatillo, dedo, cañón del arma, punto de mira y diana iban a ser una misma cosa, en síntesis de reflejos encadenados en una sola voluntad apasionada de combate.

En el espíritu de Cipriano Mera se iniciaba una transformación todavía no consciente ni mentalizada en su inteligencia. El dirigente de los albañiles madrileños se transformaba de agitador revolucionario en guerrillero miliciano. Gradualmente iba a dedicarse, por condicionamiento impuesto por las circunstancias, al inicio de un caudillaje cuya continuada práctica iba a descubrirle conocimientos intuitivos que habían permanecido dormidos en su ánimo y que hasta entonces no se le habían revelado. La prolongación de la revolución inicial convertida en guerra duradera iba a descubrir en Mera dotes militares innatas, aunque jamás hubiera pisado una academia militar y a pesar de su vocación antimilitarista.

En cabeza de un grupo de milicianos, sin acordarse de dar

un abrazo a su esposa Teresa e hijos que vivían en el Puente de Segovia, lo mismo que García Pradas, Cipriano Mera marchó con Mora a rescatar Campamento, en poder del Ejército, donde había una guarnición de 1.500 hombres al mando del general de Ingenieros don Miguel García de la Herrán. Mora se había llevado dos magníficos automóviles de un garaje después de asaltar las armerías de Cuatro Caminos, Tetuán y La Guindalera.

Iban todos armados, aunque ninguno de ellos era hábil en el manejo de un arma. Pero bastaba con apretar el gatillo para que la muerte saliera en línea recta. Y tal como el propio Mera refirió muchos años después: «Bastaba que tres estuvieran de acuerdo y... ¡adelante! Era lo mismo si después se les agregaban otros veinte a los primeros, pues ¡adelante, también! ¡Siempre adelante!» Gritaban todos encaramados en los coches de los que se habían apoderado. Aquello sólo era el comienzo. Ya no habría descanso en lo sucesivo para ellos y ya ninguno podría echarse atrás, sin huir o pagarlo con la vida. Pero todavía lo ignoraban.

Tenían las armas en la mano y ya no podrían abandonarlas más que entregando la vida. Con sus gestos, sus gritos y aliento emocionado, habían cerrado un trato. Jamás anteriormente habían traspuesto unos límites infranqueables como aquellos y la acción de empuñar las armas entrañaba un terrible reto. Habían escarnecido y violado un tabú sagrado, al apoderarse de las armas que siempre estuvieron custodiadas por otras manos y jamás a su alcance sin mandato. Por tanto, se habían obligado ellos mismos a ser soldados y crear para todos ellos la ilusión de un nuevo mundo sin capitanes ajenos. Las enseñas eran rojinegras y los gritos de «¡ Adelante!» también eran banderas. Así, conducidos por su furia llegaron al aeródromo de Cuatro Vientos donde el teniente coronel don Luis Trejo, con la totalidad de las fuerzas que mandaba y sólo con raras excepciones, declaró su adhesión al Gobierno de la

República, como también hicieron las tropas de Getafe y de Barajas. Los milicianos, entusiasmados con la colaboración de las fuerzas de Aviación siguieron adelante hasta llegar a los Carabancheles y sus cuarteles de Campamento. Mera, al frente del grupo que le seguía, permaneció a la espera, hasta que la Aviación, después de sobrevolar los Campamentos, bombardeándolos con objeto de precipitar su rendición, hubiese terminado. También las fuerzas de Asalto y de la Guardia Civil que secundaban más prudentemente la exaltación de los paisanos armados, aguardaban. Pasado el bombardeo, las fuerzas de Campamento continuaron sin rendirse. Entonces, Mera se irguió como un látigo y encabezó el grupo de ataque, lanzándose todos al asalto. Era un extenso y amplio collar de fusiles cerrando el dogal alrededor del cuello de los cuarteles. Una carlanca cuyas púas eran fusiles disparando al mismo tiempo que se lanzaban a un asalto suicida. Los hombres caían sobre la hierba y en el suelo, donde les sorprendía la muerte, pero los demás dando voces, lanzando maldiciones, seguían el avance a pesar del fuego de fusilería que se les hacía desde los edificios del cuartel. Una tras otra fueron cayendo las distintas dependencias militares hasta ser ocupadas totalmente por los milicianos. El general don Miguel García de la Herrán fue hallado muerto entre los caídos en la lucha. Era el mediodía del 20 de julio. El entusiasmo de los milicianos rayaba en el delirio.

En el tránsito del día 19 al 20, a primeras horas de la madrugada, desde los micrófonos de «Unión Radio» de Madrid, David Antona, en nombre del Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), hablaba a todos los españoles y al mundo comunicando la gravedad de aquellas primeras jornadas. Desde los dominados Campamentos de Carabanchel, Cipriano Mera y Teodoro Mora volvieron a Madrid, donde el cuartel de la Montaña estaba sometido al asedio de las fuerzas populares. «Cuando

yo llegué al cuartel de la Montaña -me dijo Mera-, ya todo había terminado.» Pero José Antonio Senderos, uno de los fundadores de las Juventudes Libertarias, participó con Mora en el trágico asalto al cuartel de la Montaña. En los patios, corredores, escaleras y sala de banderas imperaba la muerte. Aunque algunos sitiados consiguieron escapar al confundirse entre la multitud asaltante, los que quedaron en el cuartel murieron todos. Los milicianos emprendieron la marcha hacia Alcalá de Henares, Guadalajara y Ciudad Real, para proseguir la lucha una vez victoriosos en Madrid. Cipriano Mera, fusil en mano, con Teodoro Mora, Senderos y Antona, entre otros muchos, marchó camino de Alcalá. Los dos lujosos automóviles requisados por Mora llevaban pintadas las siglas «CNT-FAI» y «UHP». Los camiones cargados de hombres emprendieron la marcha.

\*

El coronel se decía pensativamente que el hecho de ser militar profesional y leal a la República no le libraba del recelo que, por prejuicio ideológico y de clase, sentían los obreros hacia todo oficial del Ejército. Por ello, lamentaba que su capacidad decisoria y las órdenes que, consecuentemente derivadas de sus conocimientos en el arte de la guerra, quedaran obstaculizadas por la desconfiada supervisión de los delegados sindicales que se mostraban remisos a depender totalmente de los mandos militares. Ocultando su preocupación, el coronel republicano Ildefonso Puigdengolas permanecía impasible a los apremios de los dirigentes milicianos.

Eran unos doscientos los camiones y coches requisados que, rebosantes de cenetistas y ugetistas madrileños, estaban preparados para la toma de Alcalá de Henares, cuya

guarnición se había sublevado.

A la heterogénea tropa, excitada, premiosa y vociferante con sus vítores, la seguían con la parsimonia y el aplomo de profesionales del orden público, avezados en las luchas callejeras, aunque no campestres, pero sí mejor preparadas para combatir, las fuerzas de la Guardia Civil y de Asalto. Ocultando su preocupación y las reflexiones que, derivadas de su responsabilidad, se agolpaban en su mente, el coronel observó con escepticismo y fríamente a los paisanos armados que formaban, al lado de las fuerzas que le acompañaban, el grueso de la tropa. Se preguntaba cómo iba a dirigir o manejar a aquellos paisanos que sólo tenían confianza en el mando de sus dirigentes obreros, por otra parte totalmente ignorantes de una forma de luchar que, además de valor personal y arrojo generoso, que les sobraban, requería conocimientos militares.

Hacia las nueve de la mañana llegaron a las inmediaciones de Alcalá. Corrieron hacia el aeródromo y lo tomaron por asalto hasta dominar a su escasa defensa. Nada los detenía. De vez en cuando, alguno, durante la carrera a campo través, era detenido por una bala, se encorvaba todo su cuerpo y se derrumbaba dando de bruces en tierra, como si anhelara abrazarse al solar castellano del que había brotado y al que retornaba. Las armas de los caídos eran recogidas por sus compañeros para que las empuñaran otras manos.

El aeródromo era ya de ellos. Irrumpieron en el interior de los hangares dando voces y mirándolo todo con admirada curiosidad. Estaba desierto. Cuando estuvieron seguros de que nadie se había ocultado ni iba a ofrecerles la más mínima resistencia, los milicianos se entretuvieron admirando los aviones, elogiando, los detalles y el conjunto. Un miliciano se subió a la carlinga de uno de los aviones. Riendo, levantó con el brazo el fusil, en el aire, y lanzó con entusiasmo un viva a la CNT, que fue coreado por los demás. Eran hombres-niños.

Mera fue reuniendo a sus hombres corriendo como un gamo y gritando órdenes con la brevedad chasqueante de un látigo. Apareció en la entrada del hangar, asido el fusil por la caja. Se detuvo con gesto rápido y gritó con voz rotunda. Había en ella algo de relámpago y, de trueno. Todos corrieron hacia él sin darse cuenta de la fuerza del mandato, pero reconociéndola.

No existe una clara y contundente definición para explicar por qué un hombre es guía de otros hombres. El mando es algo psicológico, carismático e intangible, todavía más cuando esa autoridad no va precedida de prestigio ni gloria anterior que la respalden. Cualquier hombre puede dar órdenes; sin embargo, sólo existen unos que, al darlas, hacen que otros las acepten y obedezcan voluntariamente o movidos por el poder desconocido, pero real, del otro. Tal facultad es una cualidad, y Cipriano Mera tenía esta cualidad que los demás, al obedecerle espontáneamente, le reconocían: la cualidad y la fibra del líder.

En el exterior de los hangares, Senderos, Mora y Antona daban voces a los demás que se encontraban desperdigados por todas partes:

-¡A los camiones! ¡ A los coches! ¡ Hay que tomar Alcalá!  
¡Rápidos!

Se agarraron a las cajas de los camiones que de nuevo ponían los motores en marcha. Estaban en las afueras de Alcalá, pero era mejor ir montados que andando, aunque fuese corto el trayecto.

Las fuerzas de la Guardia Civil y de Asalto habían dejado que se les adelantaran los milicianos y se hicieran dueños del aeródromo. La precipitación no era su defecto. Con su reserva y discreción peculiares, propias de la disciplina y de la experiencia, guardaban silencio y lo observaban todo sin exteriorizar los comentarios que su experiencia les impulsaba a hacer.

\*

Al llegar a las afueras de Alcalá, saltaron de los vehículos y comenzaron a correr en zig-zag disparando los fusiles contra las primeras casas. En las ventanas, los fusiles asomaban y disparaban, ocultándose seguidamente. Volvían a asomar de nuevo y abrían fuego otra vez. Acto seguido, los disparos brotaban por encima de un alero o desde una buhardilla. Los tiros llovían de todas partes. Caían los milicianos y también algunos guardias civiles y de asalto. Pero ello contribuía a aumentar la furia combativa de los milicianos. Un miliciano gritaba: «¡Adelante! ¡Viva la CNT!» y otro contestaba: «¡Viva!», y seguían corriendo y avanzando. Muchos otros rodaban por tierra y ya no se levantaban.

Entraron en Alcalá a tiro limpio. Donde encontraban un resistente, lo abatían. No titubeaban en disparar sobre cualquiera que hallaban con las armas en la mano. Uno, otro y otro y diez más y los que fuesen. Hasta que los que aún continuaban resistiendo, acorralados aquí y allá, dejaban caer las armas y se rendían, con el miedo reflejado en sus pupilas al ver el furor homicida que brillaba en las de los paisanos armados. Y la voz de uno de ellos gritaba, enajenado, apuntando el fusil contra los prisioneros:

-¡Acabemos con todos!

La presencia de los guardias civiles y de Asalto evitó la matanza como revancha por los obreros que habían perdido la vida tirados en los campos de los alrededores de Alcalá. Una vez aplacados los ánimos, los prisioneros fueron encerrados en el hotel Cervantes. Poco después, una voz gritó:

-¡Fuego! ¡Fuego! La iglesia de Alcalá de Henares estaba

ardiendo. En su nave central se hallaba el sepulcro del cardenal Cisneros, con su estatua yacente labrada por el cincel de Nicolás Vergara. Poco después era incendiada la iglesia de Santa María, donde se encontraba la pila bautismal de Miguel de Cervantes.

Los anarcosindicalistas comenzaron a cantar «Los Hijos del Pueblo», y una mujer asomada al balcón, cuando terminaron de cantar, señalando las negras humaredas de los incendios de las dos iglesias, gritó exasperada:

-¡Que ardan esos judíos!

Unos milicianos celebraron la ocurrencia de la mujer con grandes risotadas. Acudió alguien con una gran jarra de vino y bebieron y cantaron. Después fueron en busca de comida en abundancia. ¡Bebieron, comieron y cantaron hasta el hartazgo! ¿Cuándo anteriormente lo hicieron con libertad tan desmedida?

Jamás. Jamás tampoco, anteriormente, siendo débiles, se habían sentido tan fuertes y victoriosos como entonces.

Pero se había desencadenado en el interior de cada uno de ellos un camino de violencia que, Una vez comenzado, ya no podrían desandar hasta que se consiguiera la victoria total o la muerte les cerrara el camino y detuviera el paso para siempre.

El camino iniciado era de larga andadura trágica. Iba a durar mil días. Pero se sentían dichosos y rebosaban una alegría sin cautelas.

Cipriano Mera retiró la mano del cañón del fusil y exclamó:

*-El dios que lo batanó, ¡cómo quema!*

\*

Mera, en muy pocos instantes, tomó clara conciencia de la realidad. Presintió que la lucha iniciada iba a ser dura y prolongada; requeriría, además de entusiasmo, pasión y voluntad confirmadas a cada nuevo día de combate y, a la vez, el sentido realista de la entrega adecuada y eficaz a la exigencia más inmediata.

El júbilo de todos era la bandera del entusiasmo, pero la voluntad sin desmayos debía ser el asta inquebrantable que sostuviera el gran Ideal contra vientos, plomo, sangre y fuego.

Parecía increíble, pero había ocurrido. Era verdad. Estaba junto al guardabarros del coche, en pie, perniabierto y con las dos manos unidas en la boca del cañón del fusil y su punto de mira, descansando la culata en tierra. Y lo miraba todo. Miraba con sus ojos negros y centelleantes bajo el amplio vuelo de boina negra lo que hacían los hombres. Mera estaba pensativo. Parecía, como tantas otras veces, hallarse taciturno. Reflexionaba guardando, como de costumbre, una prudente reserva. En su rostro enjuto, los numerosos pliegues en la piel agrietada por los fríos y soles soportados en los andamios, había una resolución tomada ya de antemano, tan pronto como había salido de la Modelo el día antes al estallar la Revolución en Madrid. Era preciso luchar hasta lo inconcebible; luchar y vencer. Miró pensativamente a los hombres que enarbolaban jubilosamente los fusiles vitoreando su triunfo en Alcalá de Henares. Habían conseguido otra pequeña victoria y, embriagados de entusiasmo, no querían detenerse, sino proseguir la lucha, eslabonando más y más triunfos en su avance, solamente deteniéndose aquellos que no podían proseguir por dejar la vida en el empeño.

Otra vez volvieron a subir a los camiones y los que no cabían en las cajas de los vehículos, asaetados de fusiles en alto, se agarraban a las ventanillas de la cabina del conductor, se subían a los estribos o a caballo en los

guardabarros delanteros, con el fusil terciado a la espalda.

Los coches y camiones formaban caravana, dispuestos a reemprender la marcha. Los hombres aguardaban a que Cipriano Mera, Senderos y Mora, en los dos lujosos coches que iban en cabeza, con las siglas de «CNT-FAI», dieran la orden de marcha, tan pronto como el coronel Puigdengolas, jefe de las fuerzas, lo decidiera.

David Antona había regresado a Madrid en busca de una imprenta de la que incautarse en nombre del Comité Nacional con objeto de editar el periódico confederal «CNT», que dirigiría el periodista García Pradas.

Al fin llegó la orden de ponerse en marcha. «¡Adelante! ¡En marcha! ¡Adelante! ¡A Guadalajara!» Y el griterío arreció en todos los vehículos, que comenzaron a andar. La caravana de camiones formaba una larga y ondulante oruga erizada de fusiles alzados en el aire y el cielo de la reseca tierra castellana.

Tronaron los claxones y bocinas con los gritos de «¡Viva la CNT! ¡Viva la FAI!» «A por Guadalajara!» Mera tomó asiento junto al chófer. Y luego se volvió para mirar a los hombres que le seguían.

Aquella masa obrera pletórica, enardecida, armada, hombres de base de la militancia confederal, era, a juicio de Mera y de los demás dirigentes obreros, la materialización de sus sueños incubados en los encarcelamientos soportados, las espigas en sazón crecidas en las tierras de Castilla, como en las de Cataluña, Aragón, Andalucía y Levante, tierras en las que él y sus compañeros de ideas habían previamente esparcido la semilla revolucionaria, durante años de prueba y abnegación extraordinarias en las luchas sociales de su tiempo, para implantar en toda la Península Ibérica el soñado comunismo libertario, la solución definitiva y armónica de la existencia en conjunción con el orden natural y universal según los pensadores y teóricos de la Acracia.

Ciertamente, eran hombres como él, sin otra instrucción, salvo raras excepciones, que la recibida en el trabajo cotidiano. Esclavos de su ignorancia y hasta de las desigualdades naturales y heredadas, condicionados por el ambiente de penuria en que se habían desenvuelto. No se justificaba, empero, su destino, porque, según el propio Cipriano Mera se decía, ¿podían las desigualdades naturales - como se había preguntado Hans Ryner-justificar las desigualdades sociales? ¿Acaso no formaban todos los hombres una misma familia? Siendo así, listos y necios, enfermos y sanos, por igual debían participar comunitariamente en la satisfacción de sus necesidades primordiales, compartiéndolo todo en la aventura de la existencia, bienestar y necesidad, trabajo y progreso, cultura y pan, comprensión, piedad y tolerancia, como él había compartido la diferencia de su salario de albañil con el peón que le ayudaba en el trabajo diario.

Pero todos aquellos hombres, muchos de ellos obreros de la construcción, lo mismo que Mera, no habían conocido en su vida otra cosa que la penuria en el seno de su hogar, pero el ser pobre no era motivo para avergonzarse, pues era el auténtico estado natural del hombre. Lo que les había herido era el menosprecio de la injusticia, el egoísmo de unos pocos y su soberbia al considerarse superiores porque ellos mismos habían hecho inferiores a los demás, con su intolerable engreimiento y desamor. Por eso Dios comprendía la ira y sueño de justicia de los campesinos de Castilla, de Andalucía, de los obreros de las fábricas de Cataluña y del Norte de España. La mayoría de ellos -incluso durante la República de la que tanto habían esperado-, cuando llegaban a la vejez, eran despedidos del trabajo, lo mismo que bestias fatigadas que ya no eran de utilidad por su escaso rendimiento. Algunos no tenían otro refugio, en la senectud, que el del asilo donde morían como plantas marchitas que ni siquiera podían adornar un hogar pobre, porque hasta la miseria

corrompía el corazón de los pobres.

El lenguaje de aquellos hombres era vulgar como sus bromas y carcajadas que exteriorizábanse en una alegría casi fisiológica sin reprimir. Pero en algunos, al hablar, brotaba agua de una fuente antigua, un lenguaje noble y puro, rebosante de sabiduría popular y, humana, virgen al no haber sido corrompida por la vida maleada por los siglos.

Todas esas ideas y conclusiones desfilaban ágilmente por la despierta inteligencia natural de Mera. Su mente de constructor asociaba una idea con otra, de la misma manera que en el trabajo diario había levantado muros con un ladrillo sobre otro, pegados con el cemento de la realidad de cada día vivido en su incansable afán.

La cara enjuta de Mera había cobrado una expresión reflexiva de concentración en sí mismo al lado del conductor del coche. La frente, bajo la boina, estaba surcada de arrugas horizontales.

Como a través del parabrisas sólo veía la parte trasera del automóvil en el que viajaban Teodoro Mora y José María Senderos, desvió la mirada y sus pupilas oscuras y brillantes se posaron con fijeza meditativa en el río Henares, que, amplio y tranquilo, discurría hacia Guadalajara.

Alcalá quedaba atrás. Iban a Guadalajara, en cuya cárcel Cipriano Mera había estado recluido en varias ocasiones. Pensó que una de las primeras cosas que harían al entrar en Guadalajara sería liberar a los presos de todo tipo, tanto políticos como comunes. Se acordó de un funcionario de prisiones del que le quemaba el mal recuerdo a causa de los tratos que de él había recibido. Su ceño se frunció con singular dureza y, sin darse cuenta, exclamó entre dientes: *¡El dios que lo batanó!*

El chófer, que iba a su lado, volvió el rostro hacia él mirándole sorprendido, riendo al oírle maldecir con voz rotunda. Le hizo una broma y, entonces, el rostro de Mera se

distendió en una amplia carcajada de buen humor desenfadado dejando ver la fuerte dentadura blanca y la risa lavó su mente del mal recuerdo. El chófer, contento, coreando las voces que les llegaban de los demás vehículos, gritó jubiloso: «¡Adelante! ¡A por Guadalajara!».

\*

Mera y Teodoro Mora gritaban a los hombres. Los camiones se habían detenido en la carretera. Los milicianos se descolgaban de los vehículos. Todo el mundo daba voces. Exaltadamente, gesticulaban señalando hacia Guadalajara y se mostraban impacientes por entrar en la ciudad a balazo limpio. Las casas al otro lado del Henares parecían más apretadas entre sí que de costumbre, replegadas con hostilidad defensiva, guardando silencio frente al peligro que les acechaba desde la otra orilla del río.

Comenzaron a correr hacia la orilla en dirección al puente que conducía a la ciudad y que constituía su entrada a la misma. Fue entonces cuando la ciudad tomó la palabra como diciendo a los que iban a por ella ¡alto! Desde una casa, una ametralladora enfilaba la boca del puente y comenzó a hablar con sus ráfagas, batiendo el terreno que precedía la entrada del puente. Los milicianos se tiraron al suelo, retrocediendo de la zona batida. Desde la ciudad comenzaban a dedicarles un nutrido tiroteo.

Los guardias de Asalto se habían mezclado con los milicianos y les aconsejaban con su experiencia.

Entonces se oyeron los motores de unos aviones en el aire. Todo el mundo buscó con los ojos el límpido azul del cielo. Aparecieron dos aeroplanos.

El coronel Puigdengolas enfocó sus prismáticos para

observar los dos aviones. Vio perfectamente, en la carlinga, a uno de los pilotos que agitaba el brazo en el aire saludando y sonriendo a las fuerzas atacantes. El coronel, tranquilo, imperturbable, retiró los prismáticos de los ojos y tranquilizó a los que tenía a su alrededor:

-Es un avión leal a la República.

Inmediatamente, los milicianos comenzaron a saludar a los dos aeroplanos gritando jubilosamente, como niños: -¡Es de los nuestros! ¡Es de los nuestros! Levantaban los fusiles y agitaban sus pañuelos en el aire con alegría casi infantil. Pero uno de los aeroplanos sufrió un error de cálculo cuando lanzó la primera bomba. Inmediatamente, un guardia de Asalto gritó a los más cercanos a él:

-¡Todo el mundo a tierra, que ha soltado una bomba!

No obstante, seis hombres fueron despanzurrados y otros seis resultaron heridos por la metralla de la bomba arrojada en las filas propias con tan mal acierto.

El asombro y la indignación cundieron entre las fuerzas populares. Un miliciano levantó el puño cerrado contra el aeroplano, que con su compañero ya sobrevolaba Guadalajara y le gritó en vano:

-¡Cabrón! ¡Te has equivocado!

Pero disminuyó su ira cuando vio que los dos aviones dejaban caer nuevas bombas sobre Guadalajara. Se escucharon varias detonaciones. Olvidados los milicianos del percance sufrido segundos antes, comenzaron a celebrar las estruendosas explosiones.

Los dos aeroplanos, sobrevolando la ciudad, trazaron una curva y regresaron a su base. Desaparecieron con la misma rapidez con que se habían presentado.

Se corrió la voz de que el bombardeo se había efectuado para intimidar a la población y que se rindiera. Hubo una espera sin que la fuerza que defendía la plaza exteriorizara

señal o signo alguno de capitulación. Tampoco los milicianos lo deseaban. Estaban ansiosos de lucha. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que en el otro lado del puente habían emplazado una ametralladora pesada y que un oficial de alta graduación se había sentado en el sillín del trípode, con un soldado a su lado para cuidar de la cinta de balas.

Teodoro Mora fue a ver al coronel Puigdengolas y le dijo que, si tardaba mucho en dar la orden de ataque, lo harían ellos, los milicianos. El coronel advirtió que la fuerza que defendía Guadalajara disponía de mucho armamento y sus tropas estaban bien atrincheradas en las casas fronterizas al río.

Estaban allí desde las siete de la mañana esperando para lanzarse al ataque y apoderarse de Guadalajara.

Las baterías emplazadas en unos rastrojos, cerca de la carretera, comenzaron a hacer fuego sin descanso sobre la Ciudad. Desde Guadalajara, los defensores disparaban a su vez contra los milicianos, las fuerzas de la Guardia Civil y de Asalto indistintamente.

Mera había enviado a unos milicianos a Madrid para que hablaran con Antona y le pidieran el envío de más gente. Los comités de barriada solicitaron voluntarios. Serían las doce del mediodía cuando llegaron varios camiones con refuerzos y en uno de ellos el propio David Antona.

Para entonces los milicianos, sin esperar órdenes, se habían lanzado al ataque, pero cada vez que intentaban cruzar el puente eran abatidos por la ametralladora que disparaba sin descanso. El oficial que la manejaba era el coronel Ortiz Zárate. El ataque frontal constituía un suicidio colectivo y el río Henares una barrera que protegía a los defensores de la ciudad. Una y otra vez, cuando se lanzaban al ataque para atravesar el puente y entrar en Guadalajara, el fuego de la ametralladora impedía el paso barriendo a los más osados y temerarios. Mera tomó una decisión. Seguido

de gran número de compañeros, corrió ribera abajo del río hasta encontrar un punto donde poder vadearlo con el menor riesgo posible. Se metieron en el agua con el fusil y las cartucheras en el aire para no mojar el arma. Uno de los hombres, alcanzado por una bala, desapareció en las aguas. Alcanzaron la orilla opuesta y, sorteando las balas, lograron introducirse por la parte trasera de unos corrales. En el camino hasta hallar la protección de los muros, cayeron algunos milicianos más. Mera dividió sus fuerzas en varios grupos e indicó con un gesto la dirección del lugar desde donde disparaba una ametralladora en el interior de una casa. Cada grupo se apresuró a acallar las armas más peligrosas para permitir a sus compañeros el avance por el puente. Desaparecieron en un dédalo de callejuelas introduciéndose por las ventanas bajas de las casas. Al poco rato, la ametralladora que respaldaba con su fuego a la otra máquina emplazada en el puente, dejó de disparar.

Fue transcurriendo el tiempo.



Toma de Guadalajara. A la derecha Cipriano Mera

Mientras tanto, sin saberse cómo había nacido la noticia, cuando ya las primeras fuerzas de milicianos y guardias de Asalto y de la guardia civil vadearon el río y lograron acallar definitivamente la máquina del puente, haciendo prisionero al coronel, corrióse la noticia de que Mera había sido apresado dentro de la ciudad y fusilado inmediatamente. Seguían escuchándose disparos, pero cada vez más espaciados. De pronto, un miliciano señaló hacia la parte de atrás de Guadalajara. A lo lejos se distinguían grupos de los que habían sido los defensores de la ciudad que escapaban en dirección a Sigüenza. El interior de la ciudad estaba lleno de guardias civiles y de Asalto, mezclados con los milicianos, celebrando con alegría la toma de la ciudad. Cipriano Mera apareció de nuevo entre los demás. En algún lugar, el coronel Ortiz Zárate fue fusilado. La cárcel de Guadalajara tenía sus puertas abiertas y los presos ya circulaban armados y libres por las calles. Las iglesias y los conventos elevaban al cielo el humo de los incendios que los devoraban. El palacio del conde de Romanones y el del Duque del Infantado vieron irrumpir por sus salas a los paisanos armados que los convirtieron en cuarteles de las milicias. Era el día 22 de julio de 1936. Guadalajara quedaba en poder de la República. Los éxitos iniciales que significaron la toma de los campamentos militares de los Carabancheles, Getafe, Alcalá de Henares y Guadalajara se debieron al comandante Jurado, a cuyas órdenes había actuado el coronel Ildefonso Puigdengolas. El valor, dotes de mando e improvisación resolutivas del miliciano Cipriano Mera no pasaron inadvertidas al coronel Puigdengolas, y, por su mediación, llegaron a conocimiento del comandante Enrique Jurado Barrio, quien no iba a olvidar la capacidad militar de aquel aprendiz de guerrillero. Jurado fue ascendido a teniente coronel el 25 de octubre de 1936, a coronel el 22 de abril de 1938 y a general el 16 de agosto de 1938.

\*

Durante los últimos momentos de la lucha, los milicianos avanzaban con el fusil a punto, prestos a repeler la agresión de algún francotirador agazapado en alguna casa, con el cañón del arma todavía caliente de los disparos.

Mera marchaba en cabeza delante de los suyos, arrimado precavidamente a las paredes de las casas, deslizándose por la estrechez de la acera hacia la próxima esquina. Al doblar la bocacalle siguiente, asomando precautoriamente la cabeza, con el fusil adelantado, se encontró frente a frente con un paisano desarmado. Se miraron el uno al otro y se reconocieron con el mismo asombro, pero opuestos sentimientos. El paisano quedó como alelado, el rostro se le puso blanco como el papel al reconocer a Mera y tenerlo ante él con un fusil en las manos.

Estaban solos en la desierta calle y con las puertas cerradas, dando la espalda a quienquiera que estuviera desamparado en la calzada. Los dos hombres estaban cara a cara a unos pasos mirándose sin decirse una palabra. La cara de Mera parecía de granito, en la que fulguraban los ojos como pequeños cristales negros. Por la mente de Cipriano, al reconocer en el hombre que tenía delante a su antiguo carcelero, jefe de Servicios en la prisión de Guadalajara, pasó relampagueante el pensamiento de su consabida frase habitual, esta vez sólo expresada de manera inaudible: ¡Es él! ¡El funcionario de los malos recuerdos! ¡*El dios que lo batanó!*

Y lo tenía enfrente. La sartén había cambiado de mano y él, Cipriano, la tenía bien empuñada. Pero no era una sartén, sino un fusil.

Entonces, el oficial de prisiones movió los labios sin color, susurrando con palabras casi incoherentes por el miedo, justificándose por su comportamiento, insistiendo que se había limitado a cumplir con su deber. Era su profesión. Había palidecido al darse cuenta de su indefensión y total desamparo frente a Mera, que tenía el fusil empuñado. Veía sus manos recias, de dedos nudosos y el arma en ellas le parecía una sentencia de muerte que faltaba rubricar con un disparo.

Pero en los ojos de Mera centelleó la indignación, la piedad desdeñosa, expresión de la propia dignidad ofendida por los pensamientos del otro que había intuido que podía asesinarle impunemente. Cipriano le habló con voz sencilla, densa por su contenido, pero latente en las palabras. Cada palabra era como un ladrillo unido a otro ladrillo, resumiendo con un gesto de fría indiferencia, ladeando la cabeza sobre el hombro, como refiriéndose a los que le seguían.

-¡De mí, nada tiene que temer! ¡Sí de los otros, de los que me siguen!

Y dejó de mirarle. Siguió calle adelante con el fusil dispuesto para disparar sólo contra quien tuviera otro con que defenderse. Sin volver a mirar atrás, dejó que el oficial de prisiones prosiguiera su camino sorteando el peligroso laberinto de fusiles, entre los que podía hallarse otro hombre que hubiese sido, en alguna ocasión, uno de sus antiguos reclusos y que no poseyera la integridad moral de Mera.

Los milicianos, las fuerzas de la Guardia Civil y de Asalto eran dueños de calles y plazas. Se había hecho un centenar de prisioneros y en el aire sonaban las descargas de las ejecuciones.

Cuando al regresar a la capital David Antona se dedicó a buscar una imprenta en la que editar el periódico «CNT», ya todas habían sido requisadas por aquellos más avisados que se habían quedado en la retaguardia madrileña.

De nuevo, los políticos, que habían permanecido escondidos en las horas decisivas e inciertas, volvieron a hacer su aparición y parloteaban, iracundos y demagógicos, por la radio proclamando su respectiva profesión de fe antifascista.

Las imprentas de Madrid habían sido incautadas por republicanos, socialistas y algunos de los pocos miembros con que contaba en los comienzos de la guerra el Partido Comunista.

Mientras que periodistas como García Pradas, que había acudido a la toma de Campamento armado de una escopeta de caza, o Angel de Guzmán, de «La Libertad», con una pistola, lo mismo que el viejo periodista republicano Lezama y los militantes de la Confederación, desde el último hombre de la base hasta el secretario general del Comité Nacional, David Antona, habían estado pegando tiros, otros, los carreristas daban comienzo a su otra Revolución en la retaguardia, donde los arribistas de nuevo cuño disponían sus disfraces para el más trágico de los carnavales de España.

Durante aquellos días, los precedentes y los que seguirían, un hombre iba solucionando sobre la marcha los cientos de problemas que surgían y que urgía resolver sin pérdida de tiempo en la misma sede del Comité de Defensa Confederal, sito en la calle de la Luna y que posteriormente fue trasladado a la de Serrano. Ese hombre, joven, enérgico, seguro y sereno, dinámico y firme, se llamaba Eduardo Val, presidente del Sindicato de Hostelería, de profesión camarero, y que iba a ser, en los días aciagos de noviembre, en la capital asediada, el alma de la defensa de Madrid.

Cuando el Comité de Defensa supo que Cuenca seguía en poder de los militares, comprendió que no había tiempo que perder para recuperar toda la provincia que se hallaba en poder del enemigo. Val llamó a Cipriano Mera:

-Hay que tomar Cuenca, Cipriano. Sabemos que está defendida por fuerzas de la Guardia Civil. Puedo darte ochenta hombres y dos camiones.

Cipriano asintió silencioso con un movimiento de cabeza.

-Está bien -resumió y redondeó sus pensamientos en aquella frase tan suya-: *¡El dios que los batanó!*

Así fue cómo Mera, al mando de ochenta hombres seleccionados entre los más arrojados, armados de fusiles, se presentó en Cuenca. Mera tomó las oportunas medidas. La resistencia duró poco. Cuenca fue tomada por Cipriano Mera. Después, con unos centenares de hombres que se unieron a los primeros, fue sometiendo a todos los pueblos de la provincia, hasta el último reducto.

Los coches y camiones iban de un pueblo a otro, cargados de hombres con fusiles y también con algunas mujeres armadas entre ellos, que gritaban desde la caja de los camiones en marcha mientras levantaban nubes de polvareda:

-¡Viva la CNT! ¡Viva la FAI!

Algunas eran mujeres del campo y la serranía de Cuenca, fuertes y morenas, que levantaban al aire el fusil con la misma soltura y fortaleza que en las siegas blandían la hoz o en el pajar manejaban la horca o el rastrillo. Llevaban el pelo largo recogido en un gran moño sobre la nuca. Otras habían llegado del mismísimo Madrid, tenían la tez pálida, las cejas bien trazadas dibujadas en amplio arco, las manos pequeñas y finas y los hombros demasiado débiles y delicados para soportar la dureza del retroceso del fusil a cada disparo.

Pero cada Una de ellas, a su manera, eran mujeres combatientes de una Revolución inicial que se desviaría en guerra.

\*

-Aquella misma noche, Cipriano Mera, con David Antona y José María Senderos, emprendió el regreso a Madrid, para entrevistarse con Eduardo Val en el Comité de Defensa.

En Guadalajara quedaron Feliciano Benito, quien posteriormente iba a comandar una de las primeras columnas de las milicias Confederadas. Le acompañaban Guevara y José Villanueva también de la Confederación Nacional del Trabajo, con un millar de hombres para asegurar la posesión de Guadalajara.

Al día siguiente, Feliciano Benito, con unos cientos de hombres se puso en marcha hacia Sigüenza. Al llegar a ésta, les recibieron con una barrera de fuego que les cerró el paso. Pero nada podía detener su empuje. Donde caía un miliciano brotaba de la misma tierra otro con no menos entusiasmo combativo. Así Sigüenza fue tomada por los hombres de Feliciano Benito. Siguieron algunos pueblos de la Alcarria.

Por las carreteras, otros hombres llenando automóviles y camionetas se habían dispersado como osados grupos de comandos que se adentraron en tierras que ignoraban si estaban dominadas por los militares. Buscaban nuevos pueblos que ocupar y jamás sabían, hasta llegar a sus proximidades, si serían recibidos con vítores o a balazos. Todos ellos eran combatientes sin otro control que el de su propia audacia, pero que en muchas ocasiones frenaron con la barrera de su carne el avance de fuerzas enemigas que creían que eran vanguardias de grandes contingentes armados. Así fueron tomados, uno tras otro, Cifuentes, Brihuega, Algora, Taracena, Torija...

No siempre fue la victoria el fruto de los audaces. Coches que se lanzaron en solitario carretera adelante, pretendiendo rebasar Alcolea del Pinar, alcanzar Salinas de Medinaceli y

perderse por tierras de Calatayud, jamás volvieron a regresar a sus puntos de partida. En su periplo valeroso dejaron como testimonio de su abnegación y sacrificio, tirados juntos a sus cadáveres, gorros y pañuelos rojinegros, señales de un heroísmo indiscutible. Todos aquellos suicidas fueron vanguardias heroicas de la militancia sindical.

## Testimonio de Lola Iturbe

*Estimado amigo:*

*En contestación a la tuya quisiera poder darte noticias más extensas respecto a la participación de las mujeres que lucharon en la guerra de España, pero te acompaño referencias sobre algunas de las que cito en mi último libro, titulado: La mujer en la lucha social y en la guerra civil de España.*

*Por su parte, Mary Nash, ha escrito en España, sin obstáculo alguno, su libro Mujeres libres, en el que figuran datos sobre la intervención femenina en la guerra española, valiéndose como fuente principal de sus investigaciones en el Instituto Municipal de Historia.*

*La participación de la mujer en la contienda española no quedó centrada únicamente en los frentes de combate, sino que se desarrolló también en la retaguardia.*

*Los testimonios que entresaco y te adjunto, pertenecientes a mi libro citado, son rigurosamente ciertos y, por lo que respecta a la XIV División y al IV Cuerpo de Ejércitos, comandados, respectivamente, por el teniente coronel Cipriano Mera, de ideología anarquista, figuraron en dicha unidad dos mujeres combatientes con graduación de oficial, Pepita Urda y Mika Etchebéhère, con el grado de capitán que*

*Mera reconoció correspondiendo a la conducta eficaz y valerosa de esas mujeres. De la primera perdí totalmente su pista; de la segunda he sabido que reside en París y que, actualmente, está escribiendo un libro sobre su actuación como combatiente en la guerra española y en la División de Mera. Había sido colaboradora de la revista «Mujeres Libres», aportando a esa publicación páginas de gran interés. Fue una valerosa combatiente. (2)*

*En alguna de las Columnas Confederadas, así como también en unidades comunistas, hubo, en los comienzos de la guerra, mujeres milicianas hasta que, por razones de distinta índole, fueron todas retiradas de los frentes, si se excluyen las dos excepciones anteriormente referidas que siguieron en filas incluso después de la formación del Ejército Popular Regular de la República.*

*Opuestamente a la medida adoptada por los confederales, los batallones de ideología comunista no sólo conservaron entre la tropa a las mujeres, sino que las asimilaron en las fuerzas combatientes, con proyección propagandística y, además, les respetaron la graduación que hubiesen logrado.*

*En las Columnas Confederadas, con su escrupulosidad ética habitual, se retiró a las mujeres de las trincheras y hasta de su colaboración en funciones administrativas en las unidades combatientes. Sin embargo, las hubo en las columnas catalano-aragonesas de la CNT. Mujeres milicianas como Pilar Balduque, oficinista en el Cuartel General de la columna Durruti, en Bujaraloz, y a la que, por las funciones que desempeñó, correspondía la graduación de teniente. Tuvo que ser devuelta a la retaguardia por enfermedad, pero, una vez restablecida, volvió al frente, incorporándose en Monegrillos (Aragón) a la 119 Brigada perteneciente a la misma columna, mandada por Domingo Belmonte. Hizo toda la guerra y, una vez terminada ésta, marchó a América.*

*También se incorporó a la misma columna Durruti, en*

*Bujaraloz, la francesa Georgette, de veintisiete años, llamada «Mimosa». Estaba casada con el anarquista francés Fortin, creador del grupo ácrata «Education Sociale». Georgette murió en un ataque a Perdiguera cuando, cercada con otros 50 combatientes entre los que se encontraban franceses, italianos y alemanes, fue incendiada la casa donde resistían, negándose a rendirse. El cuerpo de «Mimosa» fue encontrado calcinado entre el de sus compañeros. Era colaboradora de la «Revue Anarchiste».*

*Otra, entre tantas, fue Pepita Inglés. Había tomado parte en los combates de Perdiguera, en los montes de Villafría y Monte Vaca. Murió en uno de los ataques a la ermita de santa Quiteria.*

*Asimismo perteneció a la columna Durruti la parisiense Simone Weil, amiga de Simone de Beauvoir y de Albert Camus, quien dejó dicho de ella: «Ha sido el talento y el espíritu más grande de su generación.» Había conseguido por oposición la cátedra de Filosofía a los veinte años de edad.*

*Simone Weil se incorporó a la columna Durruti en Bujaraloz, el 15 de agosto de 1936. Quedó agregada al destacamento de internacionales que estaba en primera línea en Pina de Ebro, tomando parte en los combates. Después trabajó en la cocina, humildemente, al margen de representaciones y de mandos. Al volcársele una marmita de aceite hirviendo, sufrió graves quemaduras y tuvo que ser evacuada al hospital de Sitges, de donde fue enviada a Francia. Después se trasladó a Inglaterra y murió en el sanatorio de Ashford, en 1943.*

*Teresa Pamiés, en su libro Cuando éramos capitanes, dice de una manera odiosamente capciosa y embustera: «... porque nosotras no éramos del Barrio chino como las milicianas que fusiló Durruti». Ni las milicianas eran del Barrio chino ni Durruti fusiló a ninguna mujer. Las milicianas de la columna Durruti fueron como Simone Weil, Emiliana Morín, digna*

*compañera de Durruti, la abnegada Pilar Balduque, la heroica Georgette, Pepita Inglés y muchas otras limpias y dignas mujeres que se comportaron valerosamente y cuya lista se haría interminable. En cuanto a la abominable mentira del fusilamiento de mujeres, consultada Emiliana Morín, me autoriza a publicar su respuesta:*

*«Es verdad que Durruti, de acuerdo con sus camaradas del Cuartel General, tuvo que enviar a Barcelona un cierto número de mujeres, al producirse algunos casos de enfermedades venéreas, pero es absolutamente demencial asegurar que esas mujeres fueron fusiladas. Esto es una mentira odiosa destinada a empañar la memoria de Durruti y de su columna. Si, por azar, un día me cruzo personalmente con Teresa Pamiés, le escupiré mi desprecio al rostro.»*

*Creo que sobran comentarios.*

*Si bien es cierto que en Madrid y Barcelona se unieron a las columnas mujeres que, por su comportamiento, obligaron a la rápida retirada de las mismas en los frentes, otras desempeñaron múltiples tareas en las retaguardias participando con desinteresada entrega a la eficacia de la lucha, colaborando en revistas, visitas de ayuda a los frentes, como Emiliana Morín, compañera de Durruti, o Joaquina Dorado, en la secretaría del Sindicato de la Madera, en Barcelona.*

*Por lo que a mí respecta, hice cuanto pude desde muy jovencita. Nací en 1902 y he cumplido los 73 años. Participé en el movimiento anarquista desde mis mejores años de juventud, prestando asistencia a los presos, participando en las manifestaciones y, más tarde, en el desenvolvimiento de mi formación, en reuniones, mítines y conferencias.*

*Acompañé y asistí en su celda, hasta horas antes que fueran ajusticiados a «garrote vil», en la madrugada del 10 de noviembre de 1924, a Juan Montejo y a José Llácer. Tomé la palabra en actos públicos, como en el mitin celebrado en el*

*Palacio de Exposiciones de Montjuich, en el que hablaron Domingo Germinal, Ascaso y Durruti.*

*Colaboré en algunos de nuestros diarios y revistas firmando con el seudónimo de «Kyralina». Fui secretaria del Sindicato del Vestido de Barcelona. Ayudé a mi compañero «Juanel» en sus tareas en la editora «Tierra y Libertad», así como también, más tarde, como administrador de la misma.*

*Pasé muchos apuros económicos e incontables sufrimientos morales con la vida de lucha que «Juanel» ha llevado durante casi toda su existencia. Detenciones, fugas y diecisiete encarcelamientos; traslados forzosos de domicilio y de país, siempre acompañada de mi madre imposibilitada y de nuestros hijos. Durante la guerra no realicé otras actividades que visitas a los frentes desde donde escribía algo.*

*En el verano de 1938, atendí a la anarquista norteamericana Emma Goldman en una de las dos visitas que realizó a España para aportarnos su adhesión valiosa y estudiar las realizaciones sociales de nuestras colectividades industriales y campesinas.*

*Anteriormente, recién terminados los trágicos sucesos de mayo de 1937, pasé a formar parte de la Oficina Jurídica de la CNT, desde donde intervine en la localización y libertad de varios presos nuestros y del POUM, que habían sido recluidos en las «Checas» de los comunistas.*

*Después, terminada la guerra, el éxodo y los largos, larguísimos años de exilio, agravados por los siete años de prisión a que fue condenado «Juanel» cuando regresó de nuevo a España en 1946, intentando una vez más luchar por nuestras ideas. Y... nada más.*

*Con amistad*

*Firmado: LOLA ITURBE.*

## Capítulo III

### Las Milicias Confederales

Cipriano Mera, en aquellos últimos días de julio, era un frenético huracán. Recorría los pueblos de la serranía de Cuenca en un vendaval de banderas rojinegras, vítores, fusiles y descargas cerradas.

Sus hombres se plantaban en el pueblo ante el vecindario reunido en la plazuela.

Las casonas quedaban vacías de moradores. Hasta las ancianas salían a la calle. Todo el mundo alrededor de los camiones compartiendo vivas y voces exaltadas.

Solamente los ricos del pueblo -si todavía no habían escapado-permanecían escondidos en sus grandes casas y, por las rendijas de las ventanas entreabiertas, miraban con creciente terror lo que estaba ocurriendo.

Uno de los hombres de Mera, enarbolando el fusil, chillaba:

-¡Viva el comunismo libertario! ¡Viva la CNT! y una mujer, frunciendo el ceño con extrañeza, preguntaba a su vecina:

-¿Y «eso» qué es?

Un labriego aclaraba, rudo y rotundo, con entusiasmo de niño:

-¡Que todo es nuestro... de los pobres! ¡Ahora todos somos iguales! ¡Todos!

El perder tiempo era una derrota; el ganarlo, victoria. Nombrábase un Comité Revolucionario, formado por aquellos

vecinos del pueblo que pertenecían a la CNT. Se repartían algunos fusiles y cartuchos. Los precisos. Corrían a la iglesia y lanzaban las imágenes a la calle para en seguida prenderles fuego. Y quitaban los colchones de lana al cura. Los más resentidos corrían a casa del cacique del pueblo a decirle que ya no pintaba nada y que las tierras eran de todos por igual. ¡Y a callar! Como antes habían callado ellos. Ahora, la Guardia Civil estaba de parte de los pobres y hasta de los gitanos.

Otro, desde el camión, gritaba una vez más:

-¡Viva la CNT!

Y todo el pueblo vitoreaba lo oído, levantando el brazo con el puño cerrado:

-¡Viva! j Viva!

Era la Revolución en marcha. ¿Quién iba a frenarla? ¿Cuáles de entre todos aquellos míseros labriegos e ignorantes no veía confirmarse, a los encendidos gritos de igualdad, la realización práctica del mesianismo libertario, anunciado desde hacía tantos años como el advenimiento libertador de la miseria y las injusticias seculares?

Hasta entonces, los terratenientes se habían encogido de hombros desdeñosamente ante todas aquellas gentes de gesto cansino por su desesperanza. Pero había sobrevenido aquello que los campesinos desde siempre habían ansiado considerándolo, no obstante, como imposible: la hora de humillar a la soberbia.

En cada caserío, lugar, aldea, pueblo, donde cada iglesia se había levantado con más y mejores piedras que las de todas las casucas del pueblo juntas, los campesinos se agrupaban alrededor de Mera: su figura, tiesa como un rebenque, tensa y vibrante, hablándoles con verbo realista desde la caja de una camioneta, rodeado de hombres con fusiles.

El albañil se veía rodeado por la cosecha de entusiastas alaridos proferidos a sus broncas y rotundas voces y a su gesticular apasionado y electrizante.

Vecinos de gorras y boinas sobadas y mugrientas, brillantadas, con los calzones remendados en las rodillas, rodeaban admirados los camiones repletos de milicianos que eran hombres como ellos. Los chiquillos, con los pies calzados con abarcas y los ojos agrandados por el asombro, lo miraban todo asomándose las velas por la nariz al ritmo de la respiración.

Cipriano Mera creía siempre en lo que estaba haciendo. Estaba firmemente convencido de ello igual que todos los que se habían formado socialmente en las prisiones de su tiempo. Los hombres como él eran los adeptos convencidos de una nueva religión ideológica, redentora del género humano. Era la palabra de la Buena Nueva que idealistas como Fermín Salvochea habían predicado con dotes proféticas entre los campesinos andaluces; la misma que Pestaña, Seguí, Layret, Ascaso, Sanz, Durruti y otros habían comunicado a los obreros adustos y silenciosos de las fábricas de Cataluña y a los campesinos de la huerta valenciana. La prédica había enervado por igual a los austeros labriegos de la meseta castellana; se había difundido por Galicia con Ricardo Mella y, posteriormente, la llevarían consigo los emigrantes gallegos a Ultramar, propagando *la Idea*, con palabra fervorosa, entre sus compatriotas asentados en Uruguay, Chile, Argentina, Paraguay y Cuba, hasta donde también alcanzaban los paquetes de ejemplares de «Tierra y Libertad» expedidos desde Barcelona, como una semilla escasa, pero de eficacia extraordinaria por su copiosa e insospechada cosecha.

¡Parecía el contenido de la Idea tan sencillo en la comprensión de su mensaje! Todos los hombres debían practicar entre ellos el apoyo mutuo; compartir los bienes del campo y de la industria y dirigir su administración en una autogestión colectiva. Grupos humanos federados en el

mismo propósito, formando comunidades locales, regionales y nacionales, para, finalmente, extendidas por todo el planeta, constituir una federación internacional de hombres-pueblos. La Tierra quedaría abrazada y envuelta en una red universal de hombres y pueblos confederados, dirigidos no por el dominio del hombre sobre el hombre, sino por la administración de las cosas. Una red en la que cada hombre sería un hilo cogido de la mano a otro hilo, y cada uno de los millones y millones de nudos de la red el emblema de la voluntad solidaria internacional de todos los seres humanos colaborando en un quehacer de alcance planetario.

Pero la Idea iba mucho más allá del mero reparto equitativo de los bienes y de su administración. La Idea aspiraba a humanizar el Ser, a perfeccionarlo armónicamente, de acuerdo con las leyes naturales a que el mismo está sujeto. Llevaba implícita una ética que rehusaba cuanto en la vida era superfluo e incluía vanidad o vicio, crueldad y desamor. Los seguidores de la Idea, los plenamente convencidos, despreciaban el consumo de las bebidas alcohólicas como perniciosas y enajenantes, rehusaban el tabaco como perjudicial para la salud y hábito absurdo; consideraban la prostitución como una explotación denigrante de la mujer como mero objeto sexual y una de las lacras fomentadas por una sociedad injusta. Por lo mismo no mantenían relaciones sexuales más que con la mujer amada, elegida como esposa y compañera de su vida. Odiaban la existencia de las instituciones penales y de todo cuanto significara mengua de la libertad integral del ser humano entorpeciendo su desenvolvimiento ético e intelectual. Odiaban la violencia y, cuando recurrían a ella, era a semejanza de como hicieron en otras épocas los adeptos de sectas religiosas para acabar con el Mal, porque en el alma de cada uno de aquellos revolucionarios como Cipriano Mera coexistía un profundo sentido de religiosidad burlada, sustituida por un racionalismo perfeccionista del hombre y,

en consecuencia, de la sociedad. Sólo que, para ellos, el Mal no era el Diablo de otras épocas, el Mal, para los revolucionarios anarcosindicalistas, era «el Amo», «el Burgués». El Mal era «el capitalismo», señor del mundo como el Diablo, y por ello había que exterminarlo para siempre y, de ser posible, convencer a «el Amo» y «convertirle» en un obrero más de la gran transformación social.

La Revolución Social no era el trauma armado, la furia del gran tránsito y el desorden organizado, sino, paradójicamente, la nueva organización de una sociedad desorganizada y caótica, irracional por su iniquidad. Para aquellos hombres crédulos, para los libertarios de alma iluminada, era la transformación equivalente a una nueva manera de vivir más sencilla y acorde con las necesidades naturales del hombre; era otra forma de existencia que permitiera educar hombres mejores, más armónicos y equilibrados en sus facultades psíquicas, desarrollando los vínculos de solidaridad fraterna con sus semejantes.

¿Era sencillo, cuerdo y de sentido común lo que se proponían llevar a cabo revolucionarios como Cipriano Mera? A su entender, resultaba tan natural y evidente la grandiosa tarea que, cuando los mismos amos de la Tierra comprobaran los beneficios de todo ello derivados, adoptarían, sin resistencia, ni obstáculos ulteriores, el estilo nuevo de vida que contribuía por igual a la felicidad de todos. Y el austero albañil Cipriano Mera podía preguntar, con voz rotunda y a la vez natural modestia, a cuantos le seguían entregados todos al mismo afán:

-¿Acaso se necesita tanto para vivir y luego morir? La vida debe ser sencilla y austera, como la de aquellos guerreros de Esparta. Basta comer lo suficiente para alimentar las necesidades del cuerpo; abrigarlo del rigor del frío, disponer de techo y yacija para el sueño y de ayuda y amparo en la vejez y en la enfermedad. Trabajar en una labor común de la sociedad y usar de los frutos del trabajo según las

necesidades de la existencia. Lo demás, el tiempo de sobra, dedicarlo al estudio, a la lectura, a la contemplación de la Naturaleza, al disfrute de sus bellezas, y compartir el placer de la conversación entre compañeros con el cultivo de la mente y del espíritu.

Éstos fueron los afanes y sueños de Cipriano Mera, Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso, Ricardo Sanz, Eduardo Val, Miguel González Inestal, Ángel de Guzmán, David Antona y tantos otros que soñaban implantarlos en las tierras de Iberia. Les impulsaba en su abnegación la voluntad de justicia entre los hombres de su época, el logro de la comprensión y la tolerancia entre todos ellos, como habían escrito Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Malatesta, los grandes maestros de la Acracia.

¿Era esto posible y realizable?

\*

A la inicial unión gregaria de los milicianos conducidos por guías ocasionales, las más de las veces acaudillados por el osado que levantaba la voz como un disparo y subrayaba su grito con el gesto del valor al dar el pecho en el arrojado de la lucha, siguió, inmediatamente después, la ineludible necesidad de organizar a la multitud combatiente.

Contrariamente a lo difundido y generalizado, fueron en gran número los militares profesionales, oficiales y jefes que, después de haber sido decretado por el Gobierno el licenciamiento de las tropas, acudieron a ponerse a las órdenes del Ministerio de la Guerra.

Pero como quiera que una vez disuelto el Ejército, la masa armada era la expresión de las fuerzas populares, refractarias por condicionamiento ideológico y por naturaleza

hostiles a toda disciplina militar, el Comité de Defensa Confederación procedió a la rápida creación de columnas de milicias con cuerpos complementarios, trenes de aprovisionamiento, Sanidad, Comunicaciones y toda la necesaria e imprescindible organización sostén de un ejército popular. La organización de las Columnas Confederales, sin negar la esencia de sus ideas, se realizó a base de núcleos de raíz federalista. Grupos que, siempre de acuerdo con la Organización, debían tomar sus propios acuerdos y hacerlos cumplir a todos, no bajo una disciplina sumisiva, sino con autorresponsabilidad personal, que permitiera proseguir la lucha con la eficacia que requería la consecución de la victoria.

La revolución se transformaba en guerra a causa de la duración que ya se preveía. Las milicias, por tanto, requerían de una nueva estructuración. Era necesario dar una preparación a los luchadores, pues la delimitación de líneas de frentes de combate haría necesaria la construcción de trincheras, refugios y parapetos.

Por lo pronto, se eligieron edificios que, por su emplazamiento y capacidad, pudieran convertirse en cuarteles. Uno se situó en el Cine Europa, donde se concentraban obreros de Chamartín, Cuatro Caminos, Tetuán y Chamberí. En el cuartel que se estableció en el Puente de Toledo, recibían instrucción combatiente los milicianos, donde se les enseñaba el manejo del fusil, antes de mandarlos al frente. El Comité de Defensa no se tomaba descanso. Se iba a crear la primera Columna Confederación de las Milicias de la Región Centro.

Su primera misión iba a tener gran trascendencia. De repente, Madrid se había sobresaltado de espanto al darse cuenta de que el agua de los embalses de Lozoya, custodiados por algunos carabineros, podía ser el botín más codiciado por el enemigo, para dejar a los madrileños cercados por el dogal de la sed.

El agua de Madrid estaba en peligro.

Se creó la primera columna, y el Comité de Defensa eligió como jefe militar de la misma al teniente coronel Francisco del Rosal Rico, hombre de izquierdas de total confianza. Los delegados del Comité de Defensa fueron los militantes cenetistas Barcia y Valle. Cipriano Mera figuraba en ella al mando del batallón «CNT». Iban en la columna Del Rosal, además de Cipriano Mera, Eusebio Sanz -quien durante el asedio de Madrid, con sus hermanos Ricardo y Carlos, dirigiría los famosos trenes blindados que Mauro Bajatierra, en sus crónicas, popularizó con el sobrenombre de «los trenes de la Muerte»-, David Antona, Teodoro Mora, Mauro Román e Isabelo Romero, secretario regional de la CNT del Centro.

Figuraron asimismo en la columna Del Rosal, los periodistas Avecilla, Bertolucci, Ángel de Guzmán y César Ordax, quien llegaría a ostentar mando militar, debido a la gran experiencia adquirida en el frente.

El jefe de Estado Mayor de la columna Del Rosal fue el ingeniero anarcosindicalista Antonio Verardini Díaz, quien había salido de la cárcel el mismo día que Mera.

Verardini había combatido en el frente de Huesca en setiembre de 1936, hizo toda la guerra con Cipriano Mera y cuando éste fue nombrado jefe de la XIV División y posteriormente ascendido a teniente coronel, lo eligió como jefe de su Estado Mayor, sustituyendo al coronel Arderius, que había sido trasladado al mando de una Brigada. Antonio Verardini fue el jefe del Estado Mayor cuando Mera mandó el IV Cuerpo de Ejército del Centro.

Antonio Verardini fue uno de los más brillantes militares del Ejército Popular. Llegó a sentir tanta estima, profunda amistad y respeto por el carácter íntegro de Cipriano Mera, que le acompañaba a todas partes como hombre de su plena confianza. La raíz de tan firme amistad y respeto entre

ambos se fundamentaba en las mismas ideas libertarias que compartían apasionadamente.

Las columnas de Milicias Confederadas de la Región Centro se estructuraron desde la base, en grupos de veinte hombres que elegían un delegado de Grupo. Cinco Grupos constituían una Centuria que a su vez estaba representada por un delegado de Centuria. Los delegados de Centuria integraban el Comité de Batallón. Finalmente, los delegados de Batallones, en unión de los representantes de la Organización Confederal, constituían el Comité de Guerra de la Columna, asesorado por técnicos que eran jefes militares merecedores de confianza por su ideología antifascista.

Los reveses de dichas fuerzas que siguieron a los triunfos iniciales, tanto a causa de la falta de experiencia como a su carencia de disciplina, alteraron notablemente los puntos de vista de hombres tan realistas como Cipriano Mera, así como del propio Comité Nacional de la CNT, reconociéndose finalmente como ineludible la necesidad de una nueva reorganización de carácter militar en las Columnas Confederales. Por último, se decidió que la columna Del Rosal se reorganizara en 6 batallones a los que se les puso los siguientes nombres: «Francisco Ferrer», «Orobón Fernández», «Noi del Sucre», «Manuel Pau», «Rafael Casado» y «Juvenil Libertario».

La que iba a hacerse famosa a lo largo de la guerra como «Columna Del Rosal», formada por unos cuatro mil anarcosindicalistas voluntarios, marchó hacia los embalses de Lozoya para defenderlos.

Dijeron que Cipriano Mera, antes de lanzarse al combate con sus hombres, señalando los embalses, les gritó enérgicamente:

-¡Compañeros! ¡Ese agua es la del pueblo de Madrid... ! ¡*El dios que lo batanó...* que venga Mola a catarla!

El agua del pueblo de Madrid iba a quedar asegurada a

cambio de mucha sangre derramada generosamente para que sus habitantes no padecieran el suplicio de la sed.

La obsesión de todas las fuerzas populares, desde últimos de julio, se centraba en la decidida defensa de Madrid y en hacer frente a las columnas del general Mola.

El día 27 de julio habían salido las Milicias Confederales para Somosierra y Paredes de Buitrago. El coronel Mangada había emprendido la marcha hacia Gredos por la carretera de Arenas de San Pedro, mandando una fuerza mixta de milicianos, guardias civiles y soldados. En Navacerrada estaba el comandante de las fuerzas de Asalto, Ricardo Burillo, con un grupo de guardias y un batallón de milicianos que mandaba el capitán de Aviación, Arturo González Gil. El capitán Fernando Sabio, quien lo mismo que el capitán Juan Perea sería ascendido a comandante el 6 de agosto, mandaba la columna principal del Guadarrama, donde en los combates de los primeros días moriría Tomás la Llave, agitador anarquista que había sido expulsado del Ejército en 1917 y que fuera amigo del capitán Galán, fusilado en Jaca. El capitán Juan Perea marchaba en cabeza de un batallón de Infantería y de milicianos de los pueblos cercanos a Madrid. Juan Perea Capulino era militar profesional. Había ingresado en el Ejército a los dieciséis años de edad como voluntario, siendo ascendido sucesivamente, siempre por méritos de guerra, hasta alcanzar la graduación de teniente a los veintiséis años. Separado del Ejército, volvió a reincorporarse al estallar la guerra, para continuar su carrera militar.

También avanzaba hacia Paredes de Buitrago y el pantano de Palmacés una columna de la Guardia Civil, mandada por el teniente coronel Royo Salsamendi.

La columna de Feliciano Benito Ayala, de la CNT, se encontraba en la zona de Guadalajara y Sigüenza. Feliciano Benito figuraba como delegado general de la Organización Confederada, como técnico militar estaba el comandante

Martínez de Aragón y como corresponsal de guerra un hombre cincuentón, panadero de oficio y de entusiasmo ilimitado, llamado Mauro Bajatierra. Los delegados de las diversas centurias que formaban la columna de Feliciano Benito eran todos militantes de la CNT. Les movía la ilusión imposible de abrirse paso hacia Zaragoza, pero el enemigo había establecido ya sus líneas, con varios regimientos bien armados de ametralladoras y artillería, en tanto que en las fuerzas milicianas escaseaban las armas de tiro rápido y hasta los fusiles y las balas, y carecían totalmente de cañones. Por todo ello, la capacidad operativa de la columna quedaba obstaculizada en su intención de lanzarse hacia Atienza, Molina de Aragón o Alcolea del Pinar, para tomarlas. La columna de Feliciano Benito Ayala estaba formada por 400 hombres, 70 mujeres, 10 sanitarios, 45 chóferes y 5 periodistas.

Mientras tanto, el peligro que amenazaba a los embalses de Lozoya había sido conjurado: el agua estaba salvada. Cípriano Mera, con los hombres que defendieron con sus vidas el agua de Madrid, fue relevado por la columna Lacalle, que sustituyó a las Milicias Confederales en Somosierra, donde ya se habían construido fortificaciones difíciles de abatir o ser tomadas al asalto por el enemigo. Los hombres que con Cipriano Mera salvaron el agua iban a cerrar el paso a las tropas nacionales que avanzaban hacia la carretera de Extremadura.

La inmovilidad que implicaba las posiciones en la sierra no iba con el temperamento combativo e inquieto de los militantes de la CNT, ellos deseaban la tierra baja, que consideraban un mejor lugar para los grandes avances victoriosos, pero cuando creyeron que los trasladaban a las llanuras de Talavera a combatir, comprobaron con disgusto que de nuevo salían hacia la montaña: a la sierra de Gredos.

\*

El batallón que Mera mandaba, como delegado general, en la columna del teniente coronel Francisco del Rosal, había combatido durante más de un mes en los peñascales de Paredes de Buitrago, La Serrada, Prádenas y Puebla de la Mujer Muerta, enlazando con los batallones que mandaban Teodoro Mora y Eusebio Sanz.

En los intervalos entre los combates, cuando la lucha remitía a causa de la fatiga de los combatientes enfrentados, Mera ordenaba a sus hombres que excavaran trincheras para levantar entre los riscos una línea defensiva provisional.

Así fueron surgiendo las primeras defensas naturales y laberintos de trincheras difícilísimas de tomar a causa de la escabrosidad del terreno. Las presas de agua, gracias a la protección dominante de aquellas iniciales fortificaciones, resultaban inalcanzables para el enemigo, que valoraba, lo mismo que sus defensores, la importancia que su conquista habría significado. Pero Cipriano Mera conocía bien el elevado precio que costaba aquel agua, pagado con las vidas de los valerosos hombres de su batallón.

Era poco el tiempo que llevaba combatiendo con las armas en las manos y, sin embargo, dábase cuenta de que a la lucha espontánea entusiástica y desordenada de los primeros días después del 19 de julio, había sucedido un cambio obligado por la grave realidad que se imponía. Mera había adquirido plena conciencia de que la guerra exigía un profundo sentido de responsabilidad, que abarcaba por igual desde el miliciano anónimo hasta los delegados de grupo, centuria o batallón como él era.

El enemigo les hacía frente con un ejército regular y disciplinado, bien pertrechado militarmente y dirigido por unos mandos capacitados técnicamente a los que había que

combatir con medios adecuados, con decisión, arrojo y alto espíritu combativo, pero al mismo tiempo con disciplina, preparación e inteligencia.

Mera sabía, como los demás delegados de batallón y también el teniente coronel Del Rosal, que si el enemigo con seguía abrirse paso por Paredes de Buitrago, donde ya había sido frenado con gran costo de vidas milicianas en la defensa de las presas, nada podría detener el ataque y avance sobre Madrid de las tropas de Mola. Importantes contingentes de requetés navarros y batallones de Infantería se habían ido concentrando en Prádenas, a la vez que se advertía la acumulación gradual de material bélico y de piezas de artillería para los ataques que se avecinaban.

La artillería de los tercios de Mola comenzó a disparar sus cañones para machacar las posiciones confederales.

Los cañones enemigos ladraban como furiosos perros de presa dando poderosas dentelladas contra las fortificaciones. Eran mastines en jaurías en tanto que la «Columna Del Rosal» sólo contaba con un pequeño cañón del 7,5, que había disparado anteriormente en La Serrada y también en Paredes de Buitrago, contestando al fuego de baterías completas de piezas del 10 y del 15,5.

Los milicianos habían bautizado al cañoncito con el cariñoso remoquete de el «Pequeño FAI».

El cañón del 7,5 contestaba al tremendo e ininterrumpido cañoneo del adversario con sus ladridos valientes e incesantes.

Era lo mismo que un perro pequeñito que se enfurecía cada vez más, intentando con sus disparos soltarse de la cureña, como si ésta fuese la cadena con la que su amo lo contuviera en su indignación creciente contra los mastines que llenaban el aire con sus broncos ladridos de perros de presa. La atmósfera era la piel de un gran tambor resonante al retumbar tremendo de los disparos de las baterías

enemigas que lo atronaban todo con sus broncas y rugientes voces. Pero el «Pequeño FAI» no se amedrentaba por ello; ladraba a su vez, daba un salto adelante a cada disparo, girando un poco las ligeras ruedas a cada proyectil que lanzaba como anticipo de su furia, mientras a su lado el teniente Nieto, erguido, seguro y sereno como un domador, mostraba su energía y lealtad al cañoncete, gritando al arma a cada uno de sus disparos: «¡Bravo! ¡Bravo, "Pequeño FAI"!» y parecía que el cañoncito entendía y estimaba con orgullo las felicitaciones de su jefe, pues a cada disparo, que se repetía como réplica al vocerío de los cañones adversarios, el ladrido del cañón del 7,5 era más fuerte y parecía a los ojos de los milicianos combatientes que el «Pequeño FAI» se crecía hasta convertirse en el cañón más grande y poderoso de la Tierra. Y a cada disparo le gritaban con entusiasmo, por tan valerosa y ejemplar eficacia en el combate: «¡Bravo! ¡Bravo, "Pequeño FAI"!»

Hasta que, de pronto, inesperadamente, las bocas de los cañones enemigos, que no acertaban a alcanzar con sus incesantes dentelladas en el aire el cuerpo del pequeño cachorro para acallarle definitivamente, dieron con él. Un proyectil cayó casi a su lado; sonó el tremendo estampido y todo estalló a su alrededor en una espesa nube de piedras, ramas de arbustos y polvo. Los milicianos se habían pegado a la tierra y cuando levantaron la cabeza creyendo encontrar la pieza destrozada, con admirado estupor, la hallaron incólume, en su cureña, mientras que el teniente Nieto, alcanzado mortalmente por la metralla, yacía destrozado a los pies del «Pequeño FAI». Pero el cañoncito no quedó solo, porque, al punto, otro valiente, un hombre llamado Carracedo, ocupó, con igual arrojo y decisión, el puesto dejado vacante por el valeroso teniente Nieto. De nuevo, esta vez más furioso, como si el arma hubiese advertido la muerte del oficial, el «Pequeño FAI» volvió a ladrar, con más ahínco y rapidez, contra los perros más fuertes que él; la

jauría enemiga se dio cuenta de que el cañoncito del 7,5 continuaba manteniéndose fiel en el cumplimiento de la misión para la que había sido construido.

Igual lucharía, con el mismo tesón que en Gredos, en la Casa de Campo llegado el momento, en Teruel y el Jarama, en Trijueque y Brihuega, hasta que, en su modestia inapreciable de cañoncito heroico, el «Pequeño FAI», agrietado y vetusto de tanto luchar, pero siempre valeroso, fue retirado del servicio.

\*

Desde el día 3 de agosto, el Ejército Expedicionario de África, con las columnas de Asensio Cabanillas y de Castejón, ambas al mando del coronel Yagüe, comenzaron su avance por Andalucía penetrando unos 74 km casi a paso de maniobra sin encontrar clara resistencia.

El rápido avance se iba extendiendo como una mancha de sangre por toda la amplia zona que ocupaban legionarios y regulares, con las bayonetas de los fusiles por delante, aniquilando los pequeños núcleos de resistencia, al mismo tiempo que iban encuadrando elementos civiles en sus filas, en milicias mandadas con mano férrea por oficiales disciplinados, en tanto que en la retaguardia, pueblos y ciudades, la Guardia Civil velaba con firmeza y celo peculiares por la seguridad del territorio que se iba ocupando. El día 12 de agosto, las tropas de Franco, vadeando el Guadiana, entraban en Mérida después de enlazar, sin gran esfuerzo y apenas sin pérdidas, la zona Sur con la del Norte nacionalista. Conquistada Mérida, las tropas sediciosas, cuyos efectivos alcanzaban ya los 8.000 hombres, se plantaban ante Badajoz. La plaza estaba defendida por el

teniente coronel Ildefonso Puigdengolas, el mismo que había dirigido la conquista de Alcalá de Henares y de Guadalajara, y por el coronel Cantero Ortega, jefe del Regimiento nº 3, de Infantería, así como también por un contingente de milicianos sin experiencia bélica. El día 14 de agosto, las fuerzas de África, con los 3.000 legionarios del teniente coronel Yagüe, se apoderaban de Badajoz, a lo que siguió una espeluznante acción de represalia como réplica a la dura resistencia que se les había ofrecido. El coronel Puigdengolas, con algunos otros fugitivos, consiguió pasar la frontera y refugiarse en Portugal, donde les concedieron asilo hasta que en un barco portugués fueron devueltos a la España republicana.

El avance de las tropas nacionales prosiguió sin obstáculos. Los regulares ocuparon sin resistencia la región de Lagartera. Castejón, Tella y Asensio vieron reforzadas sus tropas por otras dos columnas mandadas por el teniente coronel Delgado Serrano y una tercera al mando del teniente coronel Barrón. Ocuparon Naval Moral y Peraleda de la Mata, dirigiéndose todas las fuerzas a la toma de Talavera de la Reina, como nuevo jalón importante en su camino hacia Madrid, que el Ejército de África se proponía conquistar a toda costa. El 3 de septiembre caía Talavera de la Reina, después de una desconcertante retirada de las fuerzas milicianas de la República, que arrastraron en su desbandada a las disciplinadas tropas de guardias de Asalto. El día 9 de septiembre, los dos Ejércitos, el del Norte y el del Sur, convergieron en la sierra de Gredos, en Arenas de San Pedro. Unidos estos dos Ejércitos, emprendieron juntos el avance hacia Madrid para lanzarse a su conquista, como se había anticipado en anunciar a los madrileños el general Francisco Franco, el 25 de agosto, cuando los aviones que sobrevolaron Madrid arrojaron millares de octavillas invitando a los habitantes de la capital de España a la rendición, pero que, por las advertencias que incluían, soliviantaron a la población

frentepopulista de Madrid:

«Se ha dado ya comienzo a las operaciones aéreas precursoras de la ocupación de Madrid, que se hará en fecha próxima.

»Hasta ahora, los bombardeos habían sido dirigidos contra los aeródromos militares, fábricas de material de guerra y fuerzas combatientes. Si se persistiese en una suicida terquedad, si los madrileños no obligan al Gobierno y a los jefes marxistas a rendir la capital sin condiciones, declinamos toda responsabilidad por los grandes daños que nos veremos obligados a hacer para dominar por la fuerza esa resistencia suicida.

»Sabed, madrileños, que cuanto mayor sea el obstáculo, más duro será el castigo por nuestra parte.

»El croquis adjunto, que demuestra cómo las tres cuartas partes del territorio nacional está en nuestras manos, debe abriros los ojos más que cualquier largo discurso.

»Madrileños, el día de vuestra libertad está muy próximo! Si queréis salvar la vida y evitaros perjuicios irreparables, entregaros sin condiciones a nuestra generosidad. General Franco.»

\*

Pero a principios de aquel mes de agosto en que cayeron sobre las casas y calles de Madrid aquellas octavillas amenazadoras, 1.000 hombres encabezados por Cipriano Mera, salieron de Chamberí, para doce horas más tarde unirse a las Milicias Condeferales de la «Columna Del Rosal».

El batallón de Mera se había adentrado en la sierra de Gredos, avanzando por los pueblos de La Adraja, Casavieja, Sotillo y Pedro Bernardo, donde Mera estableció su puesto de mando, a la vez que enviaba distintos grupos de exploradores para que recorrieran los pueblos en misión de reconocimiento a fin de saber si alguno de ellos estaba ocupado por las fuerzas adversarias. La columna prosiguió su avance en punta de lanza, introduciéndose en terreno ocupado por el enemigo, hasta Arenas de San Pedro, sorteando las laderas de las montañas, descendiendo luego hasta las llanuras toledanas, unas veces por carreteras de tercer orden y otras a través de caminos de herradura, hasta que alcanzaron Lanzahita, cuando ya Talavera de la Reina había sido tomada por el adversario el día 3 de setiembre. Alertado el enemigo de las proximidades de las fuerzas milicianas de Cipriano Mera, lanzó a su encuentro a la caballería mora, con el propósito de cazar a los pocos cientos de combatientes de infantería.

Al divisarlos, los escuadrones se alinearon rápidamente preparándose para lanzar una carga mortal. Pero Mera diseminó velozmente a sus hombres entre las rocas de las laderas que flanqueaban la llanura donde quedaron protegidos. Se parapetaron en aquel lugar y emplazaron apresuradamente las pocas ametralladoras de que disponían. Ya galopaban los moros a lomos de sus caballos en creciente y ensordecedora avalancha por la parda llanura. Avanzaban dando gritos salvajes contra los milicianos. De un momento a otro caerían sobre ellos.

Los milicianos ya comenzaban a ser combatientes curtidos en otras luchas anteriores de las que habían sobrevivido. Aguardaban con los fusiles preparados. Las máquinas estaban dispuestas sobre sus trípodes y los tiradores y sus ayudantes sentados en el sillín metálico, con las cintas de balas a punto.

Mera, lo mismo que una serpiente venenosa, endiablado y

violento, pero con la mente apasionadamente lúcida, vivía inmerso en cada instante que transcurría. Con la cara cubierta de arrugas y el ceño fruncido cruzaba miradas con sus hombres que semejaban relámpagos de su poderosa energía interna retransmitida a todos ellos. De pronto, clavando los ojos en la masa de caballos y jinetes que ya estaban a tiro, gritó la orden de fuego. Su vozarrón sonó como la explosión de un trueno, a la vez que con un gesto violento de su brazo señalaba en dirección al enemigo.

Las ametralladoras comenzaron a ladrar con furia desde los distintos puntos donde habían sido emplazadas, y entre cada una de ellas los fusileros contestaron con descargas cerradas a la provocación del enemigo. El fuego ya no cesó. La masa rodante de caballos que iba a echársele encima de un momento a otro acusó el efecto de los disparos, como segada por una invisible y poderosa guadaña. Caían los jinetes derribados de sus monturas. Los animales relinchaban despavoridos. El aire se llenaba de estampidos, de gritos, de polvo; los caballos se desplomaban pesadamente en tierra, entorpeciendo la carrera de los que les seguían. Detenida la furiosa carga mora, se entremezclaron desordenadamente unos con otros y volvieron grupas, para emprender una alocada retirada. La caballería acabó por desaparecer entre la espesa polvareda, dejando sobre la llanura caballos muertos y heridos, mientras les seguían los gritos de los milicianos y sus maldiciones y disparos desenfrenados:

-¡Cabrones! ¡Volved! ¡Volved! Por su parte, Mera chillaba desaforadamente, ebrio de entusiasmo por el triunfo conseguido. -*¡El dios que los batanó!* ¡Acabemos con ellos! ¡Fuego, muchachos! ¡Fuego! Parecía un diablo gesticulante y gritador, pero era todo un hombre.

La carga de la caballería había fracasado. Los milicianos enarbolaban los fusiles en el aire, gritaban y reían fuera de las rocas.

\*

Sin embargo, en las duras jornadas que siguieron, los milicianos de Cipriano Mera tardaron poco en pagar su triunfo inicial.

El Alto Mando, desde Madrid, había trazado una operación combinada de tal forma que, presionando por diversos sectores, convergieran en un decidido ataque para recobrar Talavera de la Reina. La «Columna Del Rosal», con sus seis batallones, «Ferrer y Guardia», «Orobón Fernández», «Manuel Pau», «Juvenil Libertario», «Noi del Sucre» y «Rafael Casado», tenía como misión descender hasta el llano y lanzarse al ataque. Se les proveyó de suficientes municiones y, llegado el momento, los batallones de la columna entraron en acción.

Mera, a la cabeza de sus hombres, dirigió el ataque. (Posteriormente, Federica Montseny, en Valencia, le rogaría que no expusiera innecesariamente su vida, a lo que Mera contestaría mirándola en silencio unos segundos y luego encogiéndose de hombros: «Pero ¿no ves, mujer, que hay que ir delante para que los demás te sigan?».) Como siempre haría en toda la guerra, Mera adelantó el brazo y, avanzando hacia donde ordenaba ir a sus hombres, se puso en cabeza y gritó con su voz áspera y rotunda: «¡Adelante! ¡Al ataque!»

Mera parecía ser arrastrado por el gesto de su brazo y su figura seca y de mediana talla se acrecentaba, como si por su carácter fuese un coloso de energías directoras. ¿Qué poseía aquel hombre, el albañil, «el Chimeno», rudo y violento, poco comunicativo, tan pronto de mal talante como dado a la broma y a la risa que, con su violencia apasionada, ejercía tal poder de sugestión y mando indiscutible sobre los hombres

que le seguían ciegamente? Al dar sus órdenes se despersonalizaba físicamente y todo en él era la orden misma que vibraba imperativa y convincente.

Se lanzaron todos al ataque como un solo hombre, corrieron arrolladoramente cubriendo el llano desplegados, con el fusil por delante y las bombas de mano en el cinto, dando gritos con los que se animaban a sí mismos. Como fieras escapadas, alcanzaron las lomas y las limpiaron a bombazo limpio de las ametralladoras que habían abatido a muchos de los que habían subido a por ellas. Los moros fueron atrapados y muertos a bocajarro. Siguió el avance. Tomaron Buenaventura y seguidamente Navamorcuende. Ya el crepúsculo se extendía sobre los muertos que se contaban por decenas. Al día siguiente prosiguieron avanzando hacia Talavera.

Y se encontraron con los tanques que les esperaban para barrerlos. Y entonces apareció en el aire la aviación adversaria y surgieron las formaciones de «Junkers» y su escolta de escuadrillas de caza. Comenzó el bombardeo sobre las tropas milicianas. En tierra todo explotaba; era suelo que hervía y cada explosión era una burbuja que estallaba entre los pies de los milicianos que saltaban por el aire. Descendieron los cazas a continuación en vuelo rasante, disparando sus ametralladoras. Las cadenas de los carros de combate anunciaron su avance barriendo con las ametralladoras de las torretas a los infantes de la «Columna Del Rosal» y a los hombres de Mera. La ofensiva sobre Talavera se convirtió en un terrible y caro fracaso de vidas. Arrollados, los milicianos supervivientes retrocedieron a la desbandada, y pronto los moros, con sus sucias chilabas, pasearían por Santa Olalla.

Pero todavía los combatientes de la «Columna Del Rosal» siguieron la lucha manteniendo un largo frente en el que quedaba diseminada y sangrada su anterior potencialidad. Era un frente en el que los combatientes carecían del

municionamiento necesario para defenderlo debidamente. Así hasta que, una vez se hubo agotado la resistencia de aquellos hombres, fueron retirados de la línea de fuego y trasladados a Madrid para reorganizar la diezmada columna. De los varios centenares de milicianos que partieron con Mera para el frente, sólo volverían unos sesenta. La columna no tardó en ser reorganizada porque había más hombres de la CNT que fusiles en sus manos.

Los fusiles que empleaban los confederales eran todavía los mismos que habían sacado de los cuarteles de Madrid en los primeros días de la lucha. Muchos de ellos ya no disparaban bien, pues algunas veces se encasquillaban y otras, inexplicablemente, estallaba el cartucho en la recámara. La mayor parte de las ametralladoras estaban estropeadas, pues las armas checas que llegaban, los fusiles ametralladores y también algunas ametralladoras de origen ruso pasaban a poder de las fuerzas del Partido Comunista, como ocurriría también posteriormente con los envíos de material ruso.

En esta situación se encontraban las fuerzas confederales cuando se produjo el momento crítico de Casavieja. Faltaban hombres para cubrir los frentes y la cuña del enemigo tenía demasiada proyección. A las protestas del Comité de Defensa pidiendo mejores armas y un abastecimiento más abundante de municiones para las columnas de la Confederación, el Ministerio de la Guerra en Madrid daba promesas verbales de una solución inmediata que jamás se resolvía. Hasta que un día Cipriano Mera, con Del Rosal, entró violentamente en el despacho del ministro de la Guerra exigiendo lo que se precisaba para proseguir la lucha. Todo fue en vano.

A pesar de todo, las fuerzas confederales siguieron defendiendo sus posiciones, no obstante la escasez de elementos adecuados. En tanto que otras fuerzas se desmoronaban en retiradas de kilómetros quedando a merced de las tropas atacantes, en la Sierra y en Toledo, las

tropas de los batallones confederales de la «Columna Del Rosal» siguieron retirándose escalonadamente en La Iglesuela, Pedro Bernardo, Casavieja y Sotillo. Sólo se abandonaba una posición, un parapeto o una trinchera cuando no quedaban municiones para defenderla. La situación se mantuvo así hasta finales de septiembre. Las tropas nacionales habían llegado a las mismas puertas de Toledo, donde en el mismo día que fue tomado moriría José Antonio Senderos, uno de los fundadores de las Juventudes Libertarias, director del semanario «Juventud Libre» y al mismo tiempo combatiente. Las tropas del general Franco avanzaron por la carretera de Extremadura, ocupando Valmojado y Méntrida. Para frenar su avance, se levantaron las compuertas del embalse del Alberche. El agua, en su furioso y arrollador alud, arrastró a las tropas enemigas, pero, pasados sus efectos, éstas prosiguieron hacia adelante, cuando se había creído, con exagerado optimismo, que la medida sería suficiente para anular el peligroso avance del enemigo. Pero no había ocurrido lo que el Alto Mando en Madrid había planeado, ya que las fuerzas de Mangada se vieron obligadas a abandonar Navalperal de Pinares, situado a una distancia relativamente corta de Méntrida. Inesperadamente, la caballería mora logró infiltrarse por las riberas del Alberche dejando aisladas a la «Columna Del Rosal» y a la catalana que mandaba López-Tienda. Las dos columnas de la Confederación estaban cercadas a pesar de que en Madrid el Comité Confederal había advertido del peligro al Ministerio de la Guerra. Los moros habían avanzado desde Méntrida a San Martín de Valdeiglesias. Aunque en aquellos momentos todavía las dos columnas no estaban totalmente dentro del cerco, éste no iba a tardar en completarse. La línea del Alberche se encontraba completamente en poder del ejército enemigo. Las dos columnas acabaron por quedar aisladas sin ni siquiera la posibilidad de recibir órdenes del Alto Mando. Los jefes de las dos columnas se reunieron en Sotillo para deliberar sobre la

grave situación. Allí estaba López-Tienda con algunos de sus mejores oficiales. También Cipriano Mera, acompañado de Verardini, Eusebio Sanz, Isabelo Romero, Souza, todos jefes de batallón en la columna. También se encontraba allí Ángel de Guzmán, como periodista y combatiente. Del Rosal no estaba presente por haber sido destituido como jefe de la columna pocos días antes a causa de sus protestas al no ser atendidas las peticiones de sus fuerzas.

La situación de ambas columnas no podía ser más grave. Finalmente, Cipriano Mera decidió que la única solución era lanzar todas las tropas sobre un solo punto para romper el cerco a menos que prefirieran ser exterminados o vencidos.

La propuesta de Mera fue reconocida como la más realista, aunque sumamente audaz y aventurada. Había que actuar rápidamente. El punto elegido para lanzarse a romper el cerco fue Cebreros, pueblo que se suponía ya ocupado por el enemigo pero del que se ignoraba si había sido fortificado en el poco tiempo desde su ocupación. Las órdenes para emprender la marcha se cumplieron a rajatabla. La columna de Mera se puso en camino totalmente formada. Cipriano iba en cabeza de la fuerza en un coche ligero. Seguían los camiones con los milicianos dispuestos para disparar desde los vehículos en marcha. Las ametralladoras estaban emplazadas firmemente sobre las cabinas de los conductores y los servidores de las máquinas prestos a lanzar cortinas de plomo a ambos lados de la carretera o al frente, tan pronto como asomara el enemigo. El avance prosiguió a toda marcha, abriendo fuego cada vez que la infantería enemiga, al sorprender a la columna, intentaba cerrarle el paso. Los que lo intentaban eran exterminados desde los camiones con un fuego graneado de fusilería y ráfagas de ametralladora. Nada consiguió detener el avance de aquella columna que se había motorizado a sí misma por la fuerza de las circunstancias. Tras romper el cerco con el ímpetu de su arrojó, llegaron a Cebreros. Las fuerzas enemigas,

contrariamente a lo sospechado, todavía no habían ocupado el pueblo. Mera se les había adelantado con su rápida y audaz determinación. Tan sólo media hora de vacilación o de demora en aceptar la proposición de Cipriano Mera y hubiesen encontrado Cebreros en manos del enemigo. Ahora, sin embargo, las fuerzas enemigas permanecían en los alrededores disparando contra el pueblo, pero sin atreverse a bajar a ocuparlo. Pero tampoco Mera podía permanecer allí con sus hombres, sino que para ultimar la retirada a tiempo, antes de quedar definitivamente cercadas sus fuerzas, debía proseguir adelante hasta alcanzar Robledo de Chavela, 15 kilómetros más allá, donde ya estarían a salvo del enemigo. La retirada se efectuó ordenadamente y con la máxima seguridad. Había que evitar que se perdieran unos millares de vidas y se salvaran otros tantos fusiles, así como un buen número de ametralladoras que tan necesarias iban a ser en futuros combates. Por fin llegaron a Robledo de Chavela. El cerco había sido roto y las dos unidades puestas a salvo fuera del territorio enemigo. La «Columna Del Rosal» y la de «López-Tienda» regresaron del frente, ante el silencioso asombro del general José Asensio Torrado, Subsecretario de Guerra, quien había respondido fríamente a las solitudes de socorro hechas por Eduardo del Val:

-No hay nada que hacer. Hemos recibido noticias de que esta tarde, a las cuatro, las fuerzas fascistas han entrado en Cebreros.

Lo cual no era verdad.

¿Por qué el general Asensio había adelantado una afirmación que no se había visto confirmada por la realidad, privando con esta decisión de una ayuda necesaria a dos columnas que sólo se salvaron gracias al valor y audacia de Cipriano Mera?

A causa de las grandes pérdidas humanas sufridas, la «Columna Del Rosal» fue retirada a Cuenca a descansar y

reorganizarse.

En las últimas luchas de aquel mes de octubre había muerto en combate, valerosamente, el joven periodista de «La Libertad» Ángel de Guzmán, que formaba parte de la «Columna Del Rosal», y tenía 25 años de edad.

\*

Los milicianos, impulsados por su valor personal, arrojo y entusiasmo, pero desconocedores de las más elementales nociones militares, dotados de armamento escaso y defectuoso y faltos, en muchas ocasiones, de un eficaz servicio de municionamiento -a veces saboteados por partidismos políticos-, sólo podían ofrecer la generosa entrega de sus vidas para detener a las columnas del Ejército adversario que avanzaban sobre Madrid con las vanguardias de sus tanques, desde Talavera de la Reina hasta Carabanchel.

Sin embargo, los 100 km que mediaban de un punto a otro iban a representar, además del tiempo invertido en recorrerlos, un obstáculo insalvable a la tenaz resistencia de las columnas de Milicias, débilmente organizadas y patentes en ellas todos los defectos de su carácter popular. Pero en los sesenta días que iban a invertir las tropas enemigas en llamar a las puertas de Madrid con el tronar de sus baterías, se iba a fraguar el duro metal de un ejército nuevo renacido y la evolución de las primeras tropas milicianas.

El día 15 de octubre se había hecho público un Decreto por el que se declaraba la creación del Ejército Popular Regular de la República, siendo nombrados los primeros jefes de las

seis Brigadas Mixtas terminadas de organizar, así como los nuevos símbolos correspondientes a las distintas graduaciones militares para distinguirlas de las anteriores en el Ejército español y que se seguían ostentando en las distintas armas del enemigo. El saludo de la mano levantada a la altura de la visera o del gorro fue sustituido por el mismo gesto, pero con el puño cerrado a la altura correspondiente de la cabeza o el puño levantado en alto si la cabeza estaba destocada. Las estrellas de seis y ocho puntas fueron cambiadas por barras de oro horizontales, delgadas para tenientes y capitanes, dos para el grado de teniente y tres para el de capitán, siendo más anchas para los comandantes y jefes superiores. Encima de las barras campeaba una estrella roja de cinco puntas. Se creó el uniforme del soldado del Ejército Popular, con pantalones bombachos y gorro con visera, y la anterior guerrera fue sustituida por una chaquetilla corta. El nuevo uniforme modernizaba al anterior y, por su concepción, facilitaba perfectamente los movimientos del infante. Se regresó al hábito del saludo obligatorio con objeto de recobrar en el seno del Ejército la perdida disciplina y, en adelante, se procuró dar importancia primordial a los conocimientos técnicos dejando pospuestas las ideologías políticas.

El día 4 de setiembre se había hecho cargo de la Jefatura del Gobierno, Largo Caballero, sustituyendo a José Giral, asumiendo a la vez que la Presidencia del Consejo de Ministros, la cartera de Guerra, que al comenzar la guerra había estado en manos del general José Castelló y después del general Hernández Saravia. Largo Caballero ordenó inmediatamente la organización de un Ejército que debía ser ante todo militar y que, en adelante, todas sus unidades quedaran subordinadas y dependieran de las órdenes que emanaran del Ministro de la Guerra o Jefe Superior del Ejército. Por consiguiente, en lo sucesivo, las órdenes del Mando Superior, para ser válidas, deberían llevar la firma del

Ministro de la Guerra.

El día 15 de octubre se creó, por Decreto, la organización del Comisariado Político. La organización confederal, advirtiendo prontamente que tales medidas iban a mermar su influencia en el Ejército, y que, a causa de su ideología antiautoritaria, verían sus cuadros de mando ocupados por oficiales procedentes de las Academias Militares de nueva formación, muchos de cuyos oficiales serían de procedencia comunista, decidieron no sólo la aceptación de las graduaciones que por sus empleos en las columnas respectivas les correspondían, sino que, además, cuando a partir del 4 de noviembre entraron a formar parte del Gobierno, por primera vez en la historia del anarquismo, ministros anarcosindicalistas, como Federica Montseny, en la cartera de Sanidad; Juan Peiró, en la de Industria, y García Oliver en la de Justicia, este último se apresuró a crear la Escuela de Guerra *Salas*, donde se formaron en lo sucesivo todos los oficiales pertenecientes a la militancia confederal que luego prestaron eficazmente sus servicios en las grandes unidades integradas por militantes de la CNT.

Por su parte, Federica Montseny dictó la Ley del Aborto. García Oliver creó asimismo las Escuelas de Guerra de Cataluña y la Popular de Paterna (Valencia), para oficiales del Arma de Artillería. Nombró también para el cargo de Director General de Prisiones a Melchor Rodríguez, obrero anarquista del Ramo de los Carroceros, cargo que desempeñó con gran competencia, demostrando además una gran humanidad en el trato dado a los presos. Pero en tanto se tomaban todas estas nuevas medidas, las nuevas columnas que constituían las fuerzas de ataque del Ejército adversario llegaban a las puertas de Madrid y se detenían cubriendo todo un largo frente de 50 km que iba a ser un dogal de fuego para el pueblo madrileño. Los ojos del mundo miraban a la capital de España. Desde Sevilla, el general Queipo de Llano anunciaba desde la emisora de radio que el día 8 de noviembre se

cantaría un tedeum en la catedral madrileña, y el poeta Pemán fue designado para que preparase una composición poética celebrando la toma de Madrid, pero el brillante estro poético del aeda tuvo que dedicar la celebración de la efemérides a otras victorias menores, pues serían necesarios tres largos y heroicos años de defensa para que la rendición de Madrid fuese una realidad. A finales de aquel octubre de 1936, el miliciano Cipriano Mera regresaba a Madrid como delegado general de la CNT, en la columna del comandante Palacios. Todavía tenía mucho que combatir.

## Capítulo IV

### Madrid, trágico y heroico

En los primeros días de noviembre de 1936, la situación del pueblo madrileño no podía ser más angustiosa.

Los días 1 y 2 de noviembre, el enemigo había ocupado Sevilla la Nueva, Brunete y Pinto; el día 3, Villaviciosa de Odón y Móstoles; el 4, Alarcón, Getafe y Leganés; y el 5 y 6, el Cerro de los Ángeles, Villaverde, Carabanchel Alto y Campamento.

Las tropas de Yagüe habían establecido su Cuartel General en Leganés. El grueso de ese potente ejército estaba dividido en dos poderosos arietes dispuestos para, en su momento, arremeter furiosa e implacablemente contra el inconexo frente madrileño extendido en una longitud de unos 40 km. Las tropas que se disponían para el gran ataque sobre Madrid

formaban nueve pequeñas columnas, cada una de 3 batallones, compuestas en total por unos 12.000 soldados de Tabores Regulares, Banderas del Tercio, Tiradores de Ifni y escuadrones de Caballería al mando de Monasterio; Artillería, compañías de Carros de Combate, Sanidad, Intendencia y la eficaz e importante colaboración del Arma de Aviación. La toma de Madrid parecía inevitable.

Cuando los días 5 y 6 tomaron el Cerro de los Ángeles, Carabanchel y Campamento, al anochecer del día 6, al despedirse el Gobierno republicano para emprender viaje a Valencia, fue nombrado comandante de la Defensa de la plaza el general José Miaja Menant, para lo cual se le entregó un sobre cerrado de iguales características a otro que recibió a su vez el general Sebastián Pozas, comandante del Ejército del Centro, cuyo Cuartel General debía instalarse en Tarancón.

A pesar de la gravedad de los momentos que Madrid estaba atravesando, se había ordenado que estos sobres no se abrieran hasta el amanecer del día 7. Sin embargo, esta demora no fue cumplimentada.

El general Miaja era un hombre de unos cincuenta y ocho años, de estatura más que mediana, de complexión robusta y abundantes carnes, tirando a la obesidad, por lo que parecía que su uniforme fuese a reventar. Su cabeza, sin pelo, mostraba un color de la piel como de marfil antiguo y brillante; carilleno, de ojos pequeños y vivaces que miraban con alegre penetración a través de los gruesos cristales de sus lentes. Su figura no expresaba aspereza ni adustez algunas. Parecía hombre de carácter fácil al buen humor, pero no carente de firmeza y con sentido del cumplimiento del deber como militar profesional. Daba la impresión de un padre de familia al que la gravedad de las circunstancias obligaban a convertirse en héroe popular, correspondiendo él a la confianza que le había depositado el pueblo madrileño, esforzándose para no defraudarle.

Serían las siete de la tarde de aquel 6 de noviembre, cuando pasaron aviso al general de que el Subsecretario de Guerra, general Asensio, le llamaba urgentemente a su despacho, al que se trasladó de inmediato en la seguridad de que debía tratarse de algo grave.

Como para no prolongar la entrevista, el general Asensio, hombre joven, apuesto y protocolario, le recibió de pie y le hizo entrega de un sobre cerrado con el nombre del destinatario, debajo del cual se había escrito a máquina: «Para abrir a las seis de la mañana», «Personal y reservado».

Después de cuadrarse rígidamente, el general Miaja preguntó al Subsecretario de Guerra si tenía alguna otra orden que darle. Ante su negativa, se despidió y salió del despacho sin que el primero le diera oportunidad alguna para una explicación más concreta.

El general Miaja regresó a su despacho sumamente preocupado por el contenido de aquel sobre que llevaba en el bolsillo y por la indicación de que no podía abrirse hasta las seis de la mañana del siguiente día 7.

Eran las ocho de la noche. Se encerró en su despacho sumiéndose en profundas cavilaciones, en tanto no quitaba la mirada del sobre cerrado que tenía ante sí sobre la mesa de despacho. Releía una y otra vez el sobre: «Personal y reservado», «Para abrir a las seis de la mañana».

El general se decía que, a las seis de la mañana del día siguiente, dada la gravedad de las circunstancias, a aquella hora posiblemente el enemigo estuviera ya en las calles de Madrid. El general Miaja, solo en su despacho, abrumado por la preocupación que aquella orden echaba sobre sus espaldas, no apartaba la mirada de aquel sobre que no debía abrir hasta las seis de la mañana del día siguiente.

Eran las ocho de la noche.

\*

El pueblo madrileño sabía que aquella noche, lluviosa y fría, el Gobierno se disponía a abandonar la capital, huyendo del peligro que la proximidad del enemigo suponía. El Gobierno huía abandonándolo todo a su suerte frente a las tropas enemigas. Los políticos, habladores y lenguaraces, escapaban dejando en su puesto al pueblo y a los hombres que, con noble sentido de la milicia y del honor, preferían seguir luchando.

Pero el Gobierno huía a Valencia.

El Presidente del Gobierno, Largo Caballero, a la vez Ministro de la Guerra, había manifestado que, debido a la proximidad de las tropas enemigas a la capital de España, el Gobierno se trasladaba a Valencia, donde podría seguir ejerciendo sus funciones con más eficacia y seguridad que en Madrid. A la vez, dado el caso, como así se preveía, de que el adversario tomara Madrid, el Gobierno dispondría del tiempo necesario para establecer una nueva línea defensiva, desde la cual se podría proseguir la guerra con más libertad de movimientos. De todo el Gobierno, los únicos miembros que se habían opuesto a que se abandonara Madrid habían sido los ministros de la CNT, Juan López, Federica Montseny, García Oliver y el sindicalista Juan Peiró. Al adherirse los demás ministros a la propuesta del Presidente del Gobierno, obligaron a los disidentes a ceder a la voluntad de la mayoría.

La huida del Gobierno hirió profundamente el amor propio de los que tenían su confianza depositada en él y de cuantos madrileños opinaban que habrían considerado indicada la misma medida de haberse decidido dos semanas antes, pero

no en momentos de tanto dramatismo e incertidumbre, en los que la marcha del Gobierno más semejaba una fuga precipitada que una medida de prudencia gubernamental.

Parecía, con ello, que el pueblo de Madrid se quedara «solo ante el peligro» y abandonado a su suerte. Pero el pueblo no iba a arredrarse por ello. Sabría defenderse lo mismo que en los grandes momentos históricos anteriores. Lucharía por su propia estimación, con Gobierno o sin él.

Aquella noche, mientras los cañones del Ejército adversario atronaban siniestros, taladrando la oscuridad con sus resplandores, en medio de la lluvia y el viento, negros coches que brillaban con la lluvia, aguardaban la llegada de los ministros y de los privilegiados que, siempre habladores, habían enmudecido ante el peligro y se afanaban en escapar en silencio y velozmente, escondidos en el interior de los cascarones de las carrocerías de los automóviles que, con los faros encendidos, lo mismo que manos temblorosamente abiertas, tanteaban en las sombras buscando el camino para su precipitada fuga.

Junto a los edificios oficiales, bajo la lluvia, grupos de hombres, con las cabezas torvamente agachadas por la indignación y el desprecio, miraban con silenciosa tristeza a los cobardes parlanchines que emprendían la huida de Madrid. Bajo la lluvia cayó en el arroyo, diluyéndose en el agua, un salivazo que resumía el menosprecio que aquella actitud provocaba.

Pero era mejor que los faltos de valor se alejaran cuanto antes porque, a partir de aquella noche, en Madrid sólo podrían permanecer los valientes, los hombres, las mujeres y los niños que, éstos también, en el Madrid heroico y mártir, tuvieron su puesto de honor. El ingenuo corazón del pueblo sollozaba al sentirse defraudado por aquellos que tanto hablaron de heroísmo pero que carecían del alma verdadera sustentadora de la columna vertebral del espíritu para

encararse con el peligro y con la muerte.

Los Ministerios se quedaban vacíos. El pueblo se daba cuenta de que los que hasta entonces los habían ocupado sólo eran simples marionetas. Los hombres, los ignorantes, los milicianos que no poseían otro patrimonio que la esperanza y la ilusión y el amor por la independencia viril, los que amaban de verdad a Madrid, se quedaban en ella para defenderla, como un hijo defiende a su madre.

Los coches de los ministros y sus pandillas se alejaban camino de Tarancón, corriendo en la noche bajo la lluvia y el viento.

Pero la noticia de la fuga había llegado a los hombres de la columna que mandaban Feliciano Benito y José Villanueva que se hallaban cerca de Tarancón.

Inmediatamente, Villanueva montó controles de carretera, formados por grupos de milicianos confederales armados.

Seguía lloviendo.

\*

Aquella noche aciaga, de regreso de su entrevista, el general Miaja se encontraba encerrado en su despacho, sumido en preocupadas reflexiones, teniendo ante él el sobre que le había entregado el Subsecretario de Guerra, cuando le fue anunciada la visita del general Pozas, al que le unía una sincera y firme amistad.

El general entró y, al ver sobre la mesa de Miaja el sobre cerrado, sacó entonces de su bolsillo otro igual y se lo mostró, quedando ambos sumamente sorprendidos.

El sobre del general Pozas mostraba idéntica observación que el del general Miaja: «Para abrir a las seis de la

mañana.»

Los dos generales sabían que las horas que faltaban hasta la indicada en los respectivos sobres eran más que suficientes, debido a la gravedad de las circunstancias, para que cuando los sobres fueran abiertos el enemigo ya se hubiera adueñado de Madrid y, consecuentemente, las medidas y órdenes que se incluyeran en los mismos resultarían inútiles por tardías.

Deducidas tales consideraciones a lo largo de la conversación que ambos generales sostuvieron, faltaban pocos minutos para las nueve de la noche cuando decidieron, sin atenerse a la disciplina, proceder a la apertura de los sobres y saber su contenido, ya que las extraordinarias circunstancias exigían todos los riesgos, máxime cuando ambos conocían la huida del Gobierno y, en consecuencia, sólo habían quedado en Madrid quienes se encargarían de defender la capital.

Al rasgar los sobres, surgió de los dos el primer motivo de asombro, pues el contenido estaba intercambiado. La carta dirigida a Pozas estaba en el sobre correspondiente a Miaja, y viceversa. El pliego destinado al general Pozas estaba en el sobre dirigido a Miaja.

Los dos generales se miraron sorprendidos. ¿Habían sido cambiados premeditadamente o, por el contrario, había sido un capricho del error y del azar, a veces decisivo para cambiar resultados históricos de consecuencias imprevistas? En aquel caso el azar había jugado dos veces, al decidir ambos generales cambiar impresiones y finalmente proceder a abrir los sobres.

El general Miaja desdobló el documento y leyó a continuación que el Presidente del Gobierno, Largo Caballero, le encomendaba la creación de una Junta de Defensa con representación de todos los organismos políticos que formaban parte del Gobierno y la responsabilidad de presidir

dicha Junta, corriendo al mismo tiempo con la defensa de la capital a toda costa. El Gobierno le facultaba igualmente para la coordinación total de los medios necesarios que podía llevar al límite y, en caso de que a pesar de toda resistencia se tuviera que abandonar la ciudad, era deber de la Junta salvar todos los elementos de guerra para que no pudiera aprovecharse de ellos el enemigo. Llegado a caso tan extremo, las fuerzas retrocederían hacia Cuenca, adonde indicara el general del Ejército del Centro, general Pozas, con quien debía el Presidente de la Junta y Jefe de la Defensa, estar en continuo contacto. El Cuartel General y la Junta de Defensa de Madrid se establecerían en el Ministerio de la Guerra. El documento llevaba fecha 6 de noviembre de 1936 y la rúbrica del Presidente del Gobierno y Ministro de la Guerra, Francisco Largo Caballero.

Los dos generales, después de leer sus respectivos pliegos, se miraron en silencio, sumamente pensativos. El general Pozas, según las instrucciones que se le encomendaban, debía reintegrarse de inmediato a su Cuartel General situado en Tarancón, y el general Miaja continuar en Madrid para organizar y llevar a cabo la defensa «hasta el límite».

Después de despedirse ambos generales con un fuerte abrazo, Pozas se marchó hacia Tarancón, mientras en la noche retumbaban los disparos de la artillería enemiga sobre Madrid.

Miaja se dirigió al llamado «salón grande», donde se hallaba la gran mesa de planos. Mientras los proyectiles estallaban sordamente, el general vio alrededor de la mesa a hombres como Segismundo Casado, Vicente Rojo, los coroneles Mena, Alvaro Coque, Prada, Azulgaray, y los tenientes coroneles Escobar, Bueno, Luis Barceló, Peral, Romero y, de los no profesionales, sólo David Antona y Líster. Se sabían solos, pero acompañados por su propio valor personal. Se hallaban todos inclinados sobre los mapas que, según palabras del Presidente Azaña, «algunos no

sabían leer», pero que en aquellos momentos cruciales y decisivos intentaban a toda costa interpretar para cumplir mejor la heroica tarea común de defender a una ciudad convertida al mismo tiempo en frente de guerra y en campamento.

El humo de los cigarrillos consumidos nerviosamente flotaba en la atmósfera cerrada del «salón grande», en tanto los hombres reunidos en él discutían con palabras que parecían cargadas de electricidad, como sus ánimos.

Poco después, el general Miaja convocó en el Ministerio de la Guerra a los Comisarios y a todos los Jefes de Columna y a todos cuantos fueron designados para formar parte de la Junta de Defensa de Madrid, cuyo Estado Mayor, la propiamente llamada Junta de Defensa y comandantes de Armas y Directores de Servicios fueron designados.

En la relación de Jefes de Columna o Gran Unidad aparecían, según el orden establecido por el teniente coronel Vicente Rojo Lluch, jefe de Estado Mayor de la Defensa, los nombres de los jefes y, en subrayado, los puestos designados a las fuerzas bajo su mando para la defensa.

En la lista figuraba Cipriano Mera con la pertinente indicación de mando de Unidad y designación de sector: «Mayor Mera: Puente de San Fernando.»

\*

Como el ferrocarril había quedado cortado en Villaverde, ya en poder del enemigo, sólo se disponía de la línea secundaria de Madrid a Tarancón y, en éste, los milicianos confederales de la columna de Feliciano Benito, al enterarse de que el Gobierno se estaba preparando para huir de la capital, bajaron de la serranía de Cuenca y, al mando y dirección del

militante Villanueva, establecieron controles de vigilancia para cerrar el paso de los coches de los ministros por la carretera. Con fusiles y bombas de mano, montaron sus puestos de control escalonados, decididos a capturar a los miembros del Gobierno que escapaban cobardemente.

La mayoría de los hombres de Villanueva eran combatientes duros, supervivientes de la toma de Sigüenza, y adornaban sus gorros con las iniciales CNT-FAI. Eran el polo opuesto de cualquier ministro.

A medida que la larga caravana de coches fugitivos iba llegando a los controles se encontraba con los fusiles de los milicianos que les apuntaban desde el centro y los lados de la carretera a oscuras, sólo iluminada por los faros de los coches. Se diría que todos aquellos vehículos eran la comitiva fúnebre con que los ministros querían enterrar a la República.

Pero al ver a los milicianos de gesto torvo y ojos de mirada vidriosa por la cólera y la determinación de sus intenciones, los ministros y funcionarios que formaban el séquito de cada uno palidecían al adivinar su muerte inmediata en manos de aquellos luchadores que, por serlo hasta la última consecuencia, les parecían forajidos:

-¡Alto!

Una voz engolada contestaba desde el interior de cada coche:

-¡Soy el ministro Tal!

-¿Adónde vais?

-¡Misión especial! Todos iban en misión especial. Los milicianos apuntaban al coche detenido. Uno gritaba:

-¡Pandilla de miserables cobardes! ¡Regresad a Madrid a menos que prefiráis quedar en la cuneta de la carretera!

El miedo les volvía insolentes. Sólo algunos conservaban

algo de vergüenza y, haciendo girar el coche, regresaban a Madrid, donde estaba su puesto.

El alcalde de Madrid, Pedro Rico, que pesaba 130 kg, huyó dominado por el miedo, no deteniéndose hasta llegar a Albacete, donde se presentó al vicepresidente de la República, Martínez Barrios, quien asombrado de la deserción del alcalde, le increpó duramente ordenándole que regresara inmediatamente al Ayuntamiento madrileño y continuara en su puesto. El voluble alcalde, asustado de las amenazas de Martínez Barrios, volvió en el acto a Madrid. Cuando se personó en el Ayuntamiento, su desconcierto y espanto llegó a lo superlativo al comprobar que en su ausencia habían nombrado a otro alcalde como su sucesor. Dominado por el pánico, Pedro Rico corrió a refugiarse en una Embajada extranjera, donde grotescamente se encontró con otros refugiados que eran simpatizantes o adictos al bando enemigo.

El Subsecretario de Guerra, general Asensio Torrado, fue más afortunado por astuto. El general era hombre de maneras almibaradas, distante en el trato, frío y decorativo en su porte. Al ser detenido su coche en uno de los controles de Tarancón, vio, impávido, cómo uno de los milicianos miraba por la ventanilla al interior del coche, empuñando en la mano una pistola ametralladora. Pareció reconocerle cuando denunció con reproche:

-¡Tú eres Asensio! El general miró fríamente al miliciano y, sin inmutarse, finamente, le respondió:

-Yo soy su ayudante. El general viene detrás en otro coche. El miliciano parpadeó. Se apartó de la ventanilla y, dejándole paso libre, declaró:

-¡Ah! Siendo así, siga adelante.

Aquella noche, el general Asensio Torrado se salvó como tantos otros que no lo merecían, usando, como siempre hicieron, la malicia de su inteligencia con la que burlaron,

una vez más, la ingenuidad y buena fe del pueblo.

Mandaba los grupos de control José Villanueva, hombre joven y resuelto, que perdería la vida en los combates de Teruel. ¡Había sido uno de los que asaltaron el cuartel de la Montaña, entraron en Guadalajara y en Sigüenza, compartiendo el mando de la columna con Feliciano Benito.

En la oscuridad de la noche brillaban de nuevo las luces de los faros de una nueva caravana que escapaba de Madrid. Villanueva hizo una seña a sus hombres, los cuales cortaron la carretera. Los vehículos se detuvieron. Asomaban caras de irritado asombro por las ventanillas. José Villanueva mandó

-¡Que se apeee de los coches todo el mundo!

Se oyeron voces confusas de extrañeza y protesta. Uno de los que se habían apeado a la fuerza de los automóviles avanzó unos pasos, resuelto y despechado, al encuentro de Villanueva. Gritó:

-¿Qué es lo que pasa? ¿Quién es el responsable?

-¡Yo!

-¿Por qué se nos ha parado?

-¿De dónde venís?

-De Madrid.

-¡Ya! ¡Huyendo como las ratas del barco que hace agua!

-¡Soy el ministro de... ! ¡Voy a Valencia por... !

Un miliciano que estaba cerca, se burló:

-Va Valencia a por naranjas... Quiere cambiar de aires!

-Y soltó una carcajada que corearon los demás.

El ministro, rabioso y desconcertado, miró furioso a los del control y, al ver sus rostros y los cintos de los que colgaban las bombas de mano como frutas, palideció. Y más cuando uno de ellos sugirió:

-¡Villanueva, vamos a freír a todos esos cobardes a balazos!

Villanueva ordenó que fueran conducidos todos a una casa cercana donde tenía un teléfono con línea con Madrid. Desde allí llamó a Eduardo Val, que se encontraba en Madrid:

-Tengo aquí a media docena de ministros que han escapado de Madrid. ¿Puedo fusilarlos?

Eduardo Val, lo mismo que José Villanueva y Feliciano Benito y Mera, detestaban a los que huían cuando más presencia de ánimo debían demostrar, al menos para no desmoralizar a los que luchaban, pero respondió inmediatamente:

-Villanueva, suelta a esos cobardes. Deja que se vayan de Madrid. Pero quítales las armas, que no necesitan para nada.

Villanueva se mostró escandalizado, replicando a voz en grito, mientras los ministros, pendientes de la conversación telefónica, palidecían acobardados por el cariz inesperado que los acontecimientos habían tomado para ellos.

-¿Qué es lo que dices, Val? ¿Soltar a esa chusma cobarde? Por lo menos debería mandarlos mañana al frente y colocarlos en primera línea. ¡Es lo que merecen!

La voz de Val ordenó tajante:

-¡Dejarlos libres! ¡Que se vayan a Valencia! ¡Mejor!

Villanueva replicó:

-No puedo hacerlo sin una orden tuya por escrito. Cuando me la traigan firmada de tu mano, lo haré. Debo salvar mi responsabilidad.

-Te mandaré una orden firmada. Puedes retenerlos hasta entonces, Villanueva. Haré que te lleve la orden un motorista del Ministerio de la Guerra. Cuando Villanueva recibió la orden por escrito, después de leerla, miró con desprecio a los ministros y les dijo en tono burlón:

-Os habéis salvado gracias a Eduardo Val. Por mi parte, ya estaríais en la cuneta de la carretera para escarmiento de otros. Podéis largaros. Los ministros subieron a sus automóviles y éstos emprendieron la marcha. Desde una de las ventanillas, uno de los ministros miraba con odio a José Villanueva. Murmuró entre dientes:

-Si puedo, te ajustaré las cuentas algún día, *cenetero*.

Cuando los coches de los últimos fugitivos del Gobierno de Madrid hubieron desfilado, José Villanueva mandó subir a sus hombres a los camiones y decidió:

-Compañeros, Madrid nos necesita... vayamos a defenderla! Los camiones se pusieron en marcha, y llenos de hombres que eran fusiles, partieron en sentido opuesto a los ministros, por la carretera de Tarancón hacia la capital de España. (3)

\*

El general Miaja conocía el propósito del Mando Superior del Ejército, el cual, antes de partir para Valencia, había dado a entender que la defensa de Madrid debía prolongarse cuando menos una semana a toda costa y al precio que fuese, con objeto de dar tiempo al Mando Superior para preparar una maniobra de contraataque desencadenada sobre la retaguardia enemiga por el valle del Jarama, lográndose cortar las comunicaciones del enemigo con Toledo y Extremadura (Vicente Rojo). Pero la situación para el comando responsable de la defensa de la capital no podía ser más angustiosa. Existían dos empeños de la misma magnitud para ambos ejércitos beligerantes, siendo para el atacante la conquista de Madrid y para el otro la defensa obstinada y al mismo tiempo inteligente de la plaza.

En el salón grande del Ministerio, el teniente coronel Vicente Rojo, con sus colaboradores, estaba entregado a un trabajo ímprobo por lo difícil de su cometido. Se ignoraba concretamente la situación de las distintas fuerzas y de los efectivos que cada columna disponía, ya que el número era relativo, con oscilaciones desconcertantes, lo mismo que ocurría con los pertrechos y municiones. A su vez, la escasez de gasolina entorpecía el servicio de municionamiento a las posiciones, que, por otra parte, fluctuaban de un punto a otro, según los ataques enemigos que las obligaban a retroceder o a buscar lugares más adecuados para la defensa. Los servicios de comunicaciones fueron sustituidos por abnegados ciclistas, con frecuencia muchachos, que generosamente se habían brindado para tan peligrosos servicios de enlace y que iban y venían desde los puestos de combate al Comando de la Defensa en sus bicicletas, sorteando, en numerosas ocasiones, las explosiones de los proyectiles de artillería que caían sobre las casas y calles de Madrid y a veces resultando víctimas de la artillería enemiga.

Alrededor de la mesa de planos se encontraban Servando Marengo, Jefe de Milicias, antiguo miembro del Comité Revolucionario de Lérida; Eduardo Val, Gutiérrez de Miguel, todos discutiendo en el mismo afán de salvar a Madrid del ataque de las tropas que iban cerrando su dogal en torno a su cuello. Vicente Rojo, sereno, en silencio, mesurado, escuchaba las opiniones de unos y otros, mirando a cada uno de aquellos hombres calmosamente a través de los cristales de sus gafas. Por su preparación militar, era el más frío y a la vez el más lúcido, entre tantos hombres temperamentales. Si alguna que otra vez asomaba en sus pupilas un fulgor sonriente al escuchar alguna de las opiniones emitidas, no era debido a un reflejo de oculta superioridad, sino de la comprensión y estima que le merecían algunos de aquellos hombres que, faltos de la necesaria preparación militar, el mismo impulso generoso de su ayuda y desmedida entrega a

la lucha les hacía tanto o más respetables por su abnegado valor.

Por fin se tomaron las decisiones pertinentes derivadas en órdenes de combate. Todo jefe respondería con la vida si permitía la huida de alguno de sus hombres. Aquel que abandonase su puesto en el combate sería fusilado inmediatamente sobre el terreno.

La orden general se resumía a pegarse sobre el terreno sin retroceder y responder siempre a los ataques con el contraataque. Cada puesto vacío dejado por una baja sería inmediatamente ocupado por otro combatiente. La consigna era morir por Madrid, y al mismo tiempo equivalía a la medida más eficaz para impedir que el esfuerzo de las columnas enemigas consiguiera abrir una brecha irreparable en la defensa de la plaza. Resistir sacrificándose todas las vidas necesarias con objeto de producir el cansancio de las fuerzas atacantes y dejarlas desprovistas del impulso físico inicial y restarles psicológicamente la certeza de la rápida conquista de la capital. Desde el momento en que el espíritu de la consigna corrió por donde quiera que hubo combatientes decididos a la defensa de la capital, la tenaza de unos 40 km que amenazaba a Madrid se encontró con sus aguerridas fuerzas enfrentadas a una verdadera alambrada erizada de bayonetas, al frente de las cuales se encontraban frecuentemente no militares formados en Academias, sino en la lucha diaria, de la que habían surgido verdaderos jefes guerrilleros, como aquel albañil, el hijo del «tío Chimeno», llamado Cipriano Mera, quien unos años antes de la guerra compartía su jornal con su ayudante -peón de mano-, para que los dos cobraran igual; el mismo hombre que durante las huelgas había soportado estoicamente los encarcelamientos y que, en un mitin obrero, había advertido a todos los españoles:

«Con objeto de que a España no le ocurra lo que a Italia y Alemania, no nos basta abandonar este local totalmente

convencidos: hay que prepararse para la gran batalla. Y como sea que nuestra Organización no cuenta con los medios económicos necesarios para todos, cada uno de por sí debe alcanzarlos como pueda. De la misma manera que guardáis unas pesetas para un traje o unos zapatos, podéis reunir las para armas. La batalla contra el fascismo se acerca y hay que estar prevenidos... »

Mera no se había equivocado en sus previsiones. Madrid era un horno donde se cocía, con vidas españolas, el inmediato futuro de Europa.

En la defensa de Madrid, Cipriano Mera y Enrique Líster se enzarzaron en la peregrina discusión sobre los medios más eficaces en la construcción de fortificaciones. Ninguno de ellos era técnico en la materia, pero sí relacionados ambos profesionalmente con la construcción, pues Líster había sido cantero y Mera buen maestro albañil. Los dos se encontraban dentro de una trinchera discutiendo, cada cual sosteniendo un criterio opuesto al del otro, posiblemente sus diferencias de criterio procedían más de la rivalidad ideológica que de la forma más idónea de construir una trinchera. Si Líster era comunista marxista, Cipriano Mera, por el contrario, era anarquista y ferviente admirador de Bakunin.

El frente estaba en calma, como solía -hasta en los momentos más peligrosos- ocurrir en los intervalos en que la misma fatiga de las armas imponía descanso para luego proseguir con más enconado brío la lucha. En aquel sector de la Ciudad Universitaria, parecía que el enemigo estaba dormitando con un ojo cerrado y el otro abierto. Como quiera que Líster y Mera no llegaban a un acuerdo en sus distintos puntos de vista, de pronto Líster saltó fuera del parapeto, cerca del cual había un árbol de grueso tronco, cuyas ramas habían sido destrozadas por la metralla. Mera, al ver que, desde el pie del árbol, Líster le hacía una seña para que se acercara, saltó a su vez fuera de la trinchera, por encima de los sacos terreros y avanzó hasta el árbol, donde Líster,

abriendo su navaja, comenzó a trazar en la corteza unas líneas para demostrar gráficamente lo que había sostenido ante Mera, reanudando las explicaciones, dándole a entender a Cipriano Mera que él podía manejar muy bien «el palustre», pero que en cuanto a la construcción de trincheras y fortificaciones no sabía nada de su técnica.

Cipriano Mera le escuchaba en silencio, con su natural expresión adusta y al mismo tiempo con las cejas fruncidas y un leve asomo de socarronería en las comisuras de la boca. Los milicianos, desde el parapeto, miraban perplejos a los dos hombres que se exponían con tal indiferencia a ser fáciles dianas para el enemigo. En efecto, los soldados, desde las trincheras enemigas, les vieron fuera del parapeto y comenzaron a disparar contra ellos. La distancia era excesiva para precisar el tiro, pero el peligro igualmente cierto. Los milicianos dieron voces de alarma, pero Líster, sin prestarles atención, continuó dando explicaciones, que acompañaba con la punta de la hoja de la navaja indicando los trazos realizados en la corteza del tronco. Mera, sin parpadear, oía silbar cada vez más próximas las balas. Una de ellas rozó el tronco del árbol arrancándole una pequeña astilla. Líster, enarcando sus gruesas cejas, soltó una carcajada y echó una rápida mirada a «la cara de palo» de Mera, que seguía imperturbable y mirándole a su vez sin siquiera parpadear. Casi cuarenta años más tarde, al referirlo y recordarlo, descargó el peso de su puño cerrado sobre la mesilla de madera blanca y soltó su expresión habitual, exclamando: «*¡El dios que lo batanó!*» No cabía la menor duda de que Líster quería probar su valor ante los milicianos y posiblemente esperaba que Mera, perdiendo su habitual flema y su autodomínio, le abandonara saltando de nuevo dentro de la trinchera en busca de seguridad y refugio. Pero Mera aguantaba por amor propio la exhibición de aquella temeridad necia y sin objeto. Sin embargo, aquel comportamiento de Líster era un reto a su hombría y no iba a

echarse atrás. Las balas continuaron silbando. Silbaban cerca de los dos hombres en pie y al descubierto, pero sin dar ni a uno ni a otro. Los milicianos comprendían que, al fin, una de ellas iba a derribar a Mera o a Líster. Comenzaron a darles voces de que se retiraran. Entonces, Líster llevó la cosa a extremos insensatos por su torpe vanidad. Gritó a uno de la trinchera que le echara una silla. El miliciano se la arrojó desde los sacos terreros. Líster la colocó al pie del árbol y tomó asiento en ella, prosiguiendo la conversación con Mera, mirándole de hito en hito, provocativamente. Una bala pegó en tierra, junto a las patas de la silla, y otra silbó muy cerca. Ni Líster ni Mera se inmutaron. Cipriano Mera frunció el ceño y la frente se le cubrió de profundas arrugas; los labios se le distendieron en una línea apretada y firme. Fríamente, lanzó una mirada a Líster, sacó la petaca y el librito de papel de fumar; arrancó una hoja, la abarquilló entre el pulgar y el índice de la mano izquierda y, parsimoniosamente, sin que le temblara la mano, vertió en el leve canalón formado por el papel, poco a poco y despacio, el tabaco por un ángulo de la petaca, como un consumado fumador. Se guardó la petaca y, entonces, mirando fijamente a Líster, lió el cigarrillo con tranquilidad, se lo llevó a los labios y a continuación lo encendió. Expulsó la primera bocanada de humo sobre el rostro de Líster. Éste mostró una leve sonrisa y, en silencio, tras ponerse en pie, decidió, tirando la silla al otro lado del parapeto: «Volvamos a la trinchera.»

\*

El 7 de noviembre, tan pronto como la noche cedió el paso a las luces grises antecesoras del alba, las columnas del Ejército nacional se lanzaron al ataque. Cuando comenzaba a clarear el día, la artillería inició su incesante cañoneo. Fuego

y metralla cayeron sobre Carabanchel Bajo, Usera, Puente de Segovia, Plaza de Toros y los barrios periféricos madrileños. En el aire ronronearon los motores de los bombarderos volando en grandes formaciones para descargar su mortífera y destructora carga sobre Madrid. El cañoneo de las baterías de 75, 105 Y 115 mm armonizaban con el ruido de los motores y cadenas de los carros de asalto «Fiat», marchando en vanguardia de la Infantería que avanzaba por las carreteras de Toledo, Leganés y Extremadura para converger, como tres puntas de lanza mortales, en el mismo corazón de Madrid.

La Infantería de Yagüe avanzaba desplegada a través de los campos: legionarios, moros, falangistas y tropas regulares. Marchaban a paso seguro y rápido, con una elevada moral de victoria hacia los puntos que la Aviación y la Artillería estaban machacando para destruir toda resistencia y facilitarles la ocupación de las posiciones republicanas. La Infantería esperaba encontrar las trincheras destruidas y voladas por las explosiones, los defensores diezmados y los supervivientes prestos a la huida a la vista de las columnas desplegadas en orden de combate. Los moros comenzaban a agitar sus armas y prorrumpían en terribles gritos.

Madrid, sin que los atacantes lo sospecharan, se había transformado en un cinturón de cuchillos y en una alambrada de afiladas púas para el enemigo que quisiera hincarle el diente. La defensa seguía las ondulaciones de un frente a veces discontinuo, era una especie de reptil en movimiento ondulante a cada dentellada de los proyectiles de Aviación o Artillería que lo desbarataban el tiempo preciso empleado por los hombres en reemplazar a los que caían.

Francisco Galán y el comandante Palacios se encontraban en la Casa de Campo, Burillo en Carabanchel, Ortega, "El Campesino» y Romero en el sector de la Ciudad Universitaria, donde también se habían situado las «milicias

vascas», Y en el Puente de los Franceses estaba Cipriano Mera con Azulgaray y Martínez de Aragón.

La comandancia del «Quinto Regimiento» había incitado a la población madrileña a que llenase botellas de gasolina para arrojarlas sobre los que osaran pisar las calles de la ciudad.

En aquel histórico 8 de noviembre de 1936, los teléfonos que el general Miaja había mandado instalar en el «salón grande» sonaron incesantemente, en conexión con el puesto central de transmisiones que se hallaba instalado en la parte alta de la rotonda de la Cárcel Modelo, en comunicación con los puestos de mando de las unidades emplazadas en cada sector.

Las llamadas de aquel día más que en ningún otro posterior fueron todas apremiantes, unas veces angustiosas, reclamando hombres y municiones. En otras se indicaba enérgicamente el peligro inminente de perder la posición que se estaba defendiendo contra la peligrosa acometividad del enemigo y la escasez de medios para repelerlo.

Otras veces, el valor superaba lo exigible a la resistencia humana y equivalía a una abnegación y entereza impresionantes por su sacrificio. A veces, por el teléfono, la voz de un mando concretaba que la posición estaba siendo atacada ferozmente, pero también que en modo alguno sería abandonada y que se resistiría en tal postura hasta lo sobrehumano.

Por su parte, el Comando de la Defensa de Madrid, habiendo hallado la documentación de un oficial de tanques muerto en el avance, donde se indicaba el planteamiento y direcciones del ataque, aprovechando la afortunada coincidencia, procedió a la distribución de sus fuerzas a fin de desbaratar el ataque enemigo. Con ello se esperaba ganar el tiempo suficiente que permitiera aguardar la llegada de tropas que se esperaban en Madrid, entre otras las de las

Brigadas Internacionales, que se había asegurado estaban en camino procedentes de Albacete, así como también las Milicias Catalanas, entre las que formaban las fuerzas de la «Columna Durruti», al mando del mismo.

La dificultad esencial consistía en resistir al menos siete días, tal como se indicaba en las órdenes dadas por el Gobierno al general Miaja en el sobre que se le había entregado a manos del Subsecretario de Guerra, general Asensio Torrado. Pero ¿podrían resistir los defensores de Madrid a las fuerzas de Varela hasta la llegada de la prometida ayuda?

## Capítulo V

### De miliciano a comandante

Las fuerzas de Cipriano Mera, como jefe de la columna «CNT», estaban en el Puente de San Fernando.

Por fin habían llegado a Madrid las tan esperadas Brigadas Internacionales, pero los combates más dramáticos tuvieron lugar cuando se daba por segura la entrada de las tropas enemigas en la capital. Tal como reconocieron posteriormente Pietro Nenni y el general Vicente Rojo, el pueblo castellano y los de otras regiones de España que se encontraban por aquellos días en Madrid fueron los que impidieron la conquista de la capital. El primer contingente de internacionales que llegó fue de unos 2.000 hombres.

Las fuerzas de Cipriano Mera se hallaban junto a las de la XI Brigada Internacional, mandada por Kleber y el comisario político Nicoletti, y a las de las columnas de Perea, Enciso y Barceló.

Los combates en este sector, ya desde las primeras jornadas, se habían caracterizado por su virulencia.

Los asaltantes disponían de una fuerte ayuda artillera y aérea, pero en todos sus intentos jamás consiguieron quebrantar la resistencia que se mantuvo a costa de un elevado precio de bajas, pues los defensores de las posiciones republicanas caían antes de retroceder un palmo y, en cuanto se presentaba la ocasión, cumpliendo las consignas recibidas, contraatacaban furiosamente. La lucha era denodada, encarnizada y a muerte, enfrentándose en muchas ocasiones a los carros, como en el caso del marinero

Antonio Coll, que a pecho descubierto y a bombazos destruyó cuatro tanques, muriendo días después al repetir el mismo hecho.

Se había evitado mencionar las segundas líneas de defensa para evitar que, en el fragor de los espantosos combates que se desarrollaban aquellos días en Madrid, los defensores de la plaza se sintieran psicológicamente seducidos a ampararse en tal posibilidad de defensa que habría facilitado el abandono del puesto que debían sostener a toda costa. Esto daba lugar a la reacción a veces suicida, pero no menos eficaz en algunas ocasiones, pues el combatiente reaccionaba y pasaba inmediatamente al contraataque.

El mismo desgaste de energías y de bajas en los efectivos durante la lucha produjo, en el enemigo que atacaba Madrid, una fatiga que le impidió aprovechar la ganancia lograda sobre el terreno y usar de la misma en los instantes de su logro para abrirse camino hacia El Pardo por la Zarzuela y el Puente de San Fernando, donde se encontraba la columna «CNT» al mando de Cipriano Mera.

El general Vicente Rojo refirió que la recuperación del Puente de San Fernando, cuya defensa, como se ha dicho, corría a cargo de Mera y sus hombres, fue uno de los episodios más difíciles y sangrientos de aquella fase de la guerra en la defensa de Madrid.

Las fuerzas habían luchado valerosamente, conservando todavía su organización miliciana, cortando la maniobra de las tropas de Varela, al frente de los cuales estaba el general Orgaz.

Fue tal la dureza, dificultad y el número tan elevado de bajas sufridas en la defensa de las posiciones confederales que en el ánimo de muchos de ellos se operó un cambio radical, reconociendo decididamente la ineludible necesidad de una estructura firmemente disciplinada en el Ejército ateniéndose a normas estrictamente militares y de ciega

obediencia al mando superior inmediato.

Los combates librados tan crudamente en el Puente de San Fernando entre el 10 y el 15 de enero de 1937 habían terminado hacia la medianoche de una de aquellas fechas con gran número de bajas por parte de ambos bandos, pero la columna de Mera había sido diezmada en la defensa de las posiciones que las tropas adversarias habían tenido que abandonar en su obstinación mortal de tomarlas.

Cuando Cipriano Mera se dirigió, pasada la medianoche, al Ministerio de la Guerra y compareció ante Vicente Rojo, su determinación respecto al completo encuadramiento de las fuerzas milicianas bajo una firme disciplina, ya estaba tomada, y así iba a plantearlo en el despacho de Rojo, tal como el propio general refirió en su obra La defensa de Madrid:

«Hacia las dos de la madrugada se presentó en mi despacho uno de los jefes de las unidades de milicias, que actuaron como tales en el combate. Era de la organización sindical más reacia a la reorganización que se estaba operando. También fue su unidad de las que más enérgicamente se habían batido en el choque y de las que habían sufrido mayor número de bajas.

»Se percibía en él al hombre agotado por el esfuerzo físico y moral de la jornada. Pidió permiso para sentarse. Sabía yo que era un hombre enérgico, duro, valiente, de pocas palabras, reflexivo, simple y radical en sus determinaciones; inspiraba a sus subordinados, como principal "responsable" de la Columna, extraordinario respeto, y le teníamos gran estimación en el Cuartel General porque conocíamos la recta intención que ponía en todos los actos de su conducta.

»Me preparé para resistir las reclamaciones que pudiera hacer; muy frecuentes en aquel tiempo. Parecía abrumado.

Guardaba silencio. Su actitud hosca y su mirada incierta, excepcional en él, no permitían descubrir su pensamiento. Le tiré de la lengua:

»-Duro lo de esta tarde, ¿eh? Sé lo bien que os habéis portado y lo sabe el general, al que he informado. Por mi parte, te felicito.

»-No he venido a esto, mi teniente coronel...

»-Dime, pues, qué te ha traído aquí a estas horas, cuando aún pueden ocurrir "cosas" en tu sector.

»-Necesitaba verles en seguida. Allí ya no pasa nada, ni puede pasar. Se les ha escarmentado. Vengo a que me haga algo, a que me dé un grado cualquiera. Hágame sargento. Póngame unos galones, una estrella; quiero mandar como mandan los militares; mandar y que me obedezcan, así, a rajatabla. Yo ya no soy el "responsable" M; quiero ser el sargento M, o lo que sea; y si soy el sargento M no volverá a pasar lo de hoy...

»-Lo de hoy ha sido un éxito para ti y un triunfo para tu unidad.

»-Sí. Pero ¡a costa de qué trabajo, de cuántas bajas! Si yo hubiera sido el sargento M, habrían sucedido las cosas de otro modo. No me diga más, mi jefe; hágame sargento, por favor.

»-Serás más. Tu columna sólo la puedes mandar tú, y es mucho más que una Sección, que es lo que mandan los sargentos ...

»-Mi columna no debe ser columna. Me he convencido hoy y le pido que la convierta en Batallón, en Brigada, en lo que sea, como las demás, pero que tenga un jefe, un buen jefe...

»El imperativo implacable de las leyes tácticas le había quitado la venda de los ojos a aquel luchador, tan apasionado y terco en la defensa de sus convicciones políticas y sindicales, como valiente y tenaz en su conducta militar.

»La resolución psicológica del incidente no podía diferirse. Le llevé a presencia del general, que se retiraba en aquellos momentos a descansar. Y el «responsable» M salió del Cuartel General aquella madrugada con el nombramiento de Mayor. Los políticos habían regalado muchos grados, ipero lo de ahora no era un regalo!

»Quince días después, ya recuperada, reorganizada e instruida, tuve la satisfacción de comprobar que la nueva unidad militar estaba rehecha y montada disciplinadamente. Sería en seguida una de nuestras más brillantes unidades de choque, y su jefe -madera de los pequeños caudillos de nuestra guerra de la Independencia de 1808-, uno de los más sobresalientes en el Cuadro de Mandos salido del primitivo ejército miliciano.»

Este es el retrato que hizo del «Mayor M» el general Vicente Rojo.



Tal evolución en Cipriano Mera, que también se operó en otros jefes y libertarios, destacados como sobresalientes dirigentes sindicales, desde siempre por raíz ideológica, terminantemente reacios a una militarización de las milicias obreras de estructura federalista en su constitución, fue un índice claramente significativo de un proceso de cambio y adaptación extraordinaria a las circunstancias cambiantes desde el inicio de una Revolución que se había transformado en guerra. Tal actitud en un hombre tan realista y a la vez

sincero como Cipriano Mera, no podía atribuirse a ambiciones personalistas, a las que desde siempre se había mostrado tan ajeno.

Su cambio de actitud quedaba patente en las declaraciones que justificaban su determinación, con las siguientes palabras:

«La sangre vertida por mis propios hermanos en la lucha hizo que cambiaran mis puntos de vista. Entonces me di cuenta de que, si no quería sufrir una derrota, no nos quedaba más remedio que construir nuestro propio ejército... , un ejército disciplinado, organizado para la defensa de los trabajadores. En lo sucesivo no vacilé en remachar a todos los compañeros la necesidad de someterse a nuevos principios militares.»

Sin embargo, es preciso puntualizar que la actuación de los anarquistas españoles a lo largo de la guerra civil fue de colaboración y de pérdida paulatina de las ventajosas posiciones alcanzadas en los primeros días de victoria por la CNT-FAI, reconociendo, desde las primeras jornadas, la imposibilidad inmediata del establecimiento del comunismo libertario a no ser de una manera dictatorial tan en contradicción con la ideología. Por lo mismo, será siempre motivo de polémica insoslayable y de encontrados puntos de vista la actitud que adoptaron, mas sin duda alguna advirtieron que, de alcanzar la victoria, la República subsiguiente a la guerra que el país había sufrido sería una República totalmente distinta a la de la anteguerra, con una proyección social de profunda renovación a todos los niveles y por ello valía la pena para los libertarios de colaborar con ella para conseguir la victoria. Así, García Oliver, sobreponiéndose a las críticas del anarquista francés Sebastián Faure, a causa de la participación en tareas gubernamentales por la CNT, en flagrante desacuerdo con los principios fundamentales de la AIT, opiniones que expuso en su visita a España, tuvo que aclarar su actitud abiertamente

militarista ante los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo y de los miembros de la Federación Anarquista Ibérica en la conferencia dada en Barcelona, el 24 de enero de 1937, con el título «El fascismo internacional y la guerra antifascista española», razonando su comportamiento:

«El pueblo, si tiene armas, jamás pierde una Revolución; pero el pueblo que no pierde una Revolución puede perder una guerra si no tiene el instrumento adecuado para la guerra, que es la técnica militar y el Ejército puesto al servicio de la Revolución.»

Una argumentación casi bolchevique en la que Jacinto Toryho enjuiciaría la actitud de la CNT-FAI, interpretándola desde los comienzos de su intervención triunfante y decisiva por las grandes posibilidades revolucionarias para los anarquistas españoles con las siguientes palabras: «La Revolución no tuvo carácter para incautarse del Poder, sin excluir de él a los republicanos, el mismo día del alzamiento.»

Por su parte, el escritor y libertario argentino Pacheco, combatiente en la guerra de España, en uno de sus artículos de entonces, recogidos en el libro *Carteles*, criticaba la justificación dada a su vez por Diego Abad de Santillán, en «Tiempos Nuevos», revista de la que él mismo era director. Dijo Abad de Santillán:

«Fuimos al Gobierno porque teníamos una preocupación dominante: poner todos los recursos, todas las energías, todas las posibilidades del país al servicio de la guerra, a la que considerábamos sagrada, por ser una guerra del pueblo contra aquellos que se habían sublevado para reducirlo a una esclavitud peor que la ya sufrida.»

«Esto es lo más sabroso del trabajo -comentaba el anarquista González Pacheco en "Carteles"-, y éste también el móvil y el fin de cuantos fueron, no solamente ministros - ¡ay!-, sino hasta carceleros. Fueron porque tenían una

preocupación dominante: ganar la guerra... Pero ¿es que estamos en lo mismo de siempre, entonces? ¿Estamos en 1914, cuando Kropotkine, Malato y Grave alegaban, para colaborar con los aliados contra Alemania, la razón de cultura contra barbarie? ¿Y los anarquistas qué ganamos, ganándola? El bolchevismo en Rusia y a Mussolini en Italia.»

Indiscutiblemente, la postura más rotundamente intransigente y consecuente con toda su actuación de antes de la guerra, entre los anarquistas españoles, fue, con independencia de las posibilidades de aplicación y éxito, la de Buenaventura Durruti, cuando declaró abiertamente sus propósitos a un periodista extranjero que le entrevistaba:

«Hemos vivido siempre en míseros barrios, y si destruimos, también somos capaces de construir. Fuimos nosotros quienes construimos en España, en América y en todas partes, palacios y ciudades. Nosotros, los trabajadores, podemos construir ciudades mucho mejores todavía; no nos asustan las ruinas. Vamos a convertirnos en los herederos de la Tierra. La burguesía puede hacer saltar por los aires y arruinar su mundo antes de abandonar el escenario de su historia. Pero nosotros llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones.»

José Peirats, en su enjuiciamiento de la Revolución española, con sus palabras daba valor a las de Durruti, cuando se lamentó filosóficamente:

«¡Pobre de la Revolución que para salvar su finalidad se devora a sí misma! ¡Pobre de la Revolución que aguarda el triunfo final para realizarse!»

\*

Para oponerse por todos los medios a la conquista de

Madrid, obstaculizando en todas las formas posibles el asalto a la ciudad, habían sido minados los puentes que daban acceso a ella y sólo atendiendo a razones en contra y sobradamente justificadas se había desechado por considerarlo bárbaro, como los comunistas habían propuesto, el minar las alcantarillas de la ciudad.

Entre los primeros latigazos de la furia que iba a azotar a la población madrileña durante meses enteros, se abatió una tempestad de hierro y llamas a causa de los ataques aéreos y artilleros a que el enemigo sometió a la capital con objeto de precipitar su rendición. Durante aquel mes de noviembre histórico y numantino, algunos días el número de proyectiles de artillería y aviación lanzados sobre Madrid llegó, según se dijo, a las ochocientas bombas y proyectiles. La capital aparecía envuelta en negras nubes de humo, llamas y ruinas. Las calles saltaban por los aires al ser destrozados sus adoquines por las explosiones que dejaban grandes fosos abiertos.

Federica Montseny, como asimismo García Oliver, habían regresado a Madrid, y en el Ministerio de la Guerra, la socialista Margarita Nelken, se movía activamente como si fuese ella quien dirigía la guerra y no Miaja y Rojo. Unos días más tarde, Federica Montseny tuvo que desplazarse de nuevo a Valencia. Muchos otros, en su desmedido afán de colaboración, se volvían inoportunos y se excedían en el cumplimiento de sus funciones. Los buenos modales quedaban ahogados por los gritos imperativos, con frecuencia innecesarios e ineficaces. Miaja, en cierta ocasión, tuvo que detener las voces temperamentales de aquellos que se extralimitaban y, bromista y jocosos, pero con tono de firmeza que no dejaba lugar a dudas, les espetó:

-¡Señores... ! ¡A mí no me grita más que mi mujer y... a lo que veo, no está entre ustedes, amigos míos...!

En los días siguientes al ataque inicial no disminuyó la

dureza de los combates. Los ataques se repetían, aunque eran repelidos a costa de grandes bajas, pero con desesperación y creciente encono de las fuerzas lanzadas al asalto, todo su vigor y resistencia se frustraban tanto a causa del valor de los defensores como por la fatiga y despecho de cada nuevo fracaso.

Mientras tanto, fueron llegando a Madrid las Brigadas Internacionales. Al primer contingente de 3.500 combatientes siguió la XII Brigada, mandada por Luckas y el comisario Luigi Longo. También llegó a Madrid la «Columna Durruti».

Una mañana aparecieron en la capital, en camiones, las Milicias Confederales que habían estado combatiendo en Aibarracín, y que el día 13, a requerimientos de Cipriano Mera, habían recibido la orden de acudir a Madrid, a las que se unieron los combatientes que en Tarancón habían aguardado la llamada, comandados por Feliciano Benito y José Villanueva. Acudieron asimismo los combatientes del batallón «Toledo» y la batería confederal «Sacco y Vanzetti», con un total de 3.000 hombres.

Desfilaron por el Paseo de San Vicente, con las banderas rojinegras desplegadas, el paso firme y en las gargantas el himno de la Confederación. Pasaron por la cuesta de la Dehesa de la Villa, cruzaron la Puerta de Hierro y el Manzanares y desaparecieron en la frondosidad de la Casa de Campo a ocupar su puesto en las trincheras, en unas jornadas en que luchar era prepararse para morir por Madrid.

En los días precedentes, se habían dado toda clase de situaciones insólitas e imprevistas. Súbitos ramalazos de pánico que, al generalizarse, se transformaban en desbandada general y, al mismo tiempo, la reacción inmediata que llevaba a los combatientes al feroz contraataque hasta recobrar las posiciones perdidas con tal elevado espíritu de combatividad que, en ocasiones,

precipitaba a los luchadores a conductas suicidas.

El día 13, las tropas nacionalistas habían alcanzado la orilla del Manzanares, en el espacio comprendido entre el Puente de los Franceses y el Hipódromo, donde Durruti tuvo que establecer su puesto de mando, pero no llegaron a pasar el río. La XI Brigada Internacional estaba luchando en la Casa de Campo para impedir al enemigo abrirse camino. Las fuerzas de Durruti, todavía no ambientadas en aquel escenario bélico tan distinto al frente de Aragón, sufrieron en un momento dado el desconcierto y emprendieron una retirada irracional, circunstancia que aprovechó el enemigo para ocupar nuevas posiciones. Las fuerzas de Durruti habían llegado a Madrid después de un largo viaje y, sin descansar, aquella misma noche fueron distribuidas en el sector correspondiente, desconociendo por completo el terreno donde estaban combatiendo. Durante los primeros días de la estancia de las Milicias de Cataluña en Madrid, los contingentes de las mismas tuvieron el 60 % de bajas del total de sus efectivos.

El 19 de noviembre, pocos días después de su llegada a Madrid, Durruti fue herido mortalmente en el sector de la Moncloa, muriendo 24 horas más tarde en el Hospital de las Milicias Catalanas, establecido en el hotel Ritz madrileño.

Cipriano Mera concretó su versión personal, puntualizándole al autor su versión de la muerte del líder anarcosindicalista:

*Cuando Durruti acudió con los suyos a Madrid para participar con las Milicias Catalanas en la defensa de la capital, se le encargó la toma de la Casa de Velázquez. Me consultó. Yo le dije, gustosamente, y aconsejé como mejor conocedor del terreno: "Sí, hombre. Lo que tú quieras. Mira... no puedes ir con los hombres a un ataque frontal..." -*

*hizo una pausa y lamentó-: Murieron allí hombres de los mejores.*

*Después de la conversación sostenida con Buenaventura, quedamos en vernos al día siguiente por la tarde, a las cuatro, en el despacho de Eduardo Val. Pero él ya no pudo acudir. Una bala le había herido mortalmente. De cuanto se ha dicho sobre su muerte sólo es verdad lo que digo y es lo siguiente: Cuando Durruti se apeó en la plaza de la Moncloa, a la vista de los pabellones de la Ciudad Universitaria, vio a un muchacho que corría dando la impresión de haber abandonado el frente. Durruti le preguntó adónde iba. El muchacho respondió que por una camilla. La recogió de un lugar cercano y emprendió el regreso. Lo mismo hizo Durruti, que volvió a su coche.*

*Cuando llegaba al vehículo, de pronto cayó a tierra fulminado.*

*Una bala perdida, posiblemente disparada desde el pabellón del Clínico, le había alcanzado. Ésta es toda la verdad sobre la muerte de Durruti.*

El propio Cipriano Mera fue delegado para comunicar la noticia a Federica Montseny que se encontraba aquellos días en Valencia.

Aquella misma noche, Cipriano Mera, con el dolor en el alma por la muerte de Buenaventura Durruti, cruzó los campos de Castilla sumidos en las sombras y al amanecer su coche llegó a Valencia, yendo directamente al hotel Metropol, donde estaba alojada Federica Montseny que había salido de Madrid el día 19, el mismo día en que Durruti había sido herido de muerte y hospitalizado.

Cuando abrió la puerta de su habitación y se encontró ante el rostro de Mera, presintió alguna noticia grave. Preguntó, tras dejarle paso y cerrando de nuevo la puerta:

-¿Qué ha ocurrido, Cipriano?

-El estado de Durruti se agravó...

-¿Ha ocurrido algo irreparable?

Mera luchó consigo mismo una fracción de segundo. Luego, rudo y sincero, expuso la noticia con voz grave:

-Ya no hay nada que hacer, Federica. ¡Durruti ha muerto! Federica Montseny comenzó a llorar sobre la cama. Después, serenándose, quiso conocer pormenores de cómo había sucedido todo. Mera se lo explicó con sencillez. Cuando terminó, Federica Montseny le recomendó:

-¡Ten cuidado, Mera! ¡No te expongas demasiado! Estamos perdiendo a los mejores de nuestros hombres. Cipriano Mera la miró pensativo y después, encogiéndose resignadamente de hombros, explicó:

-¿Y qué quieres que haga? No hay más remedio que ir delante, si quieres que los demás te sigan. ¿Lo comprendes, mujer?

A partir de aquel día, la figura terrosa, áspera y dinámica de Mera, comenzó a adquirir relevancia en la defensa de Madrid, llegando al conocimiento popular sus intervenciones en tantos combates anteriores. En Campamento, Alcalá, Guadalajara, llegando hasta Alcolea del Pinar, su fulminante paso por la serranía de Cuenca, su actuación en Somosierra y en Gredos, pero no llegó a adquirir aquel carisma mítico que rodeaba la figura aureolada por la fama de Buenaventura Durruti. Pero el prestigio de Mera se fue agigantando día tras día. Iba a la cabeza de sus hombres, estaba en los parapetos en las situaciones más críticas y decisivas, y por ello, sus hombres le sentían gran respeto y le obedecían a ojos cerrados sujetándose voluntariamente a la más férrea disciplina.

Los combates se habían recrudecido hasta la ferocidad encarnizada; se luchaba a morterazos y a bombas de mano

en los edificios de la Ciudad Universitaria. Las fuerzas de Mera seguían peleando con dureza noche y día en la carretera de La Coruña, con los batallones «Ferrer», «Mora», «España Libre», «Orobón Fernández», «Toledo» y «Sigüenza», al mismo tiempo que «el Chimeno», el albañil Cipriano Mera, adquiría cada día mayor prestigio de integridad y eficacia como mando.

### Testimonio de Ricardo Sanz

Jefe de la «Columna Durruti» (División 26).

*Apreciado amigo:*

*Llegué a Madrid 48 horas después de la muerte de Durruti. Inmediatamente me presenté en el Estado Mayor, en el Ministerio de la Guerra, al entonces jefe de Estado Mayor, comandante Vicente Rojo, y al general Miaja, quienes ya sabían de mi llegada. Les entregué mi nombramiento.*

*Mi primer contacto con el Estado Mayor de la Defensa de Madrid fue excelente, estableciéndose en adelante, con el jefe comandante Rojo, una permanente relación personal que se transformó en una consolidada amistad acrecentada con el tiempo, hasta el punto, como caso curioso y único, de que la guardia montada a la puerta de su despacho en el Estado Mayor había recibido orden del propio comandante Vicente Rojo de no obligarme, como a todo el mundo, a dejar la pistola antes de entrar, trámite a que estaban obligados cuantos entraban en su despacho particular.*

*A mi llegada establecí inmediatamente contactos con los jefes de las fuerzas que enlazaban con «los chicos de Durruti», como había dado en llamar en sus crónicas de guerra Mauro Bajatierra a los combatientes de la «Columna Durruti», de la que me había hecho cargo a la muerte de*

*Buenaventura.*

*Las fuerzas del comandante Juan Perea Capulino se encontraban en línea a la derecha con un batallón de ametralladoras a lo largo del Manzanares. Se hallaban a la izquierda las fuerzas de Cataluña, y en el centro, las tropas de Cipriano Mera que eran las más numerosas y las mejor conocedoras del terreno.*

*Cipriano Mera tenía su puesto de mando en el Campo de Polo. Durruti lo tenía en el Hipódromo, muy cerca de Mera. Cuando me hice cargo del mando de las fuerzas de Durruti, pude comprobar en seguida la perfecta coordinación de los enlaces, así como la estrecha relación entre los Estados Mayores de las diversas Columnas.*

*Las acciones de las fuerzas confederales y agregadas se hacían siempre combinadas para obtener el mejor resultado, tanto en lo defensivo como en el ataque. Formaban todo un bloque que se movía perfectamente coordinado. Los Estados Mayores preparaban las acciones a desarrollar de conjunto para evitar los fallos en la acción.*

*Cipriano Mera, que ocupaba la parte más vulnerable del sector, disponía de una considerable masa artillera que mandaba el comandante Torrecilla, artillero muy competente. Las dos baterías del 10,5, de acompañamiento de las fuerzas de Durruti, que mandaban los capitanes Domingo y Jesús del Prado, actuaban combinadas a las órdenes del comandante Torrecilla. El asesor técnico de Cipriano Mera era el comandante Palacios, profesional.*

*El frente de Madrid, desde finales de 1936 al mes de abril de 1937, estuvo en constante actividad. El período álgido, por su extrema gravedad, tuvo lugar entre los dos últimos meses de 1936 y comienzos de 1937. El enemigo estaba decidido a tomar la capital de España y para conseguirlo puso toda «la carne en el asador». Días después de haber marchado el Gobierno de Madrid, el 7 de noviembre, Burgos*

*anunciaba a todo el mundo que las «fuerzas nacionales» habían tomado la capital de España. Pero en aquellos meses no había tregua en la lucha; se combatía ojo por ojo y diente por diente. Pero Madrid no sucumbió porque había hombres como Durruti capaces de defenderlo a costa de su vida. Familiarizados con el peligro por cotidiano, la vida de campaña conllevaba también sus momentos agradables. Estando con Mera en su puesto de mando del Campo de Polo ocurrió un hecho que merece recordarse. Se encontraban presentes varios corresponsales de guerra, entre ellos García Pradas, Mauro Bajatierra y Eduardo de Guzmán, todos íntimos amigos. Verardini, jefe del Estado Mayor de Mera, había salido varias veces fuera de la casa y se le notaba preocupado.*

*Explicó que la razón de su estado se debía a la presencia en el aire de un avión enemigo de reconocimiento que evolucionaba por todo el frente y que de ello temía algún bombardeo aéreo o artillero.*

*No se equivocó Antonio Verardini en sus prevenciones. Poco después, los corresponsales se fueron a llevar sus reportajes a sus periódicos respectivos. Sólo quedó con nosotros Mauro Bajatierra, quien nos acompañó en la comida.*

*A eso de las tres de la tarde, la artillería enemiga comenzó a disparar, de manera muy espaciada aumentando la cadencia a medida que iba transcurriendo el tiempo. Hacia las cuatro de la tarde el cañoneo se había generalizado. Las baterías, con su fuego, marcaban a su aviación los objetivos a bombardear.*

*Una nube de «Junkers» apareció en el aire avanzando pesadamente. Eran cuatro escuadrillas con un total de doce «pavas». Cipriano Mera me miró y, sin levantar mucho la voz, con su manera muy madrileña y socarrona de decir las cosas que él tiene, declaró:*

*-Amigo Sanz, los "fachas" han soltado el palomar.*

*Estuve a punto de soltar la carcajada, por la forma como lo dijo, pero me contuve, considerando que la cosa no era para risas.*

*La defensa antiaérea republicana de todo el sector comenzó a disparar con tanto acierto que la compacta formación se dislocó, arrojando las bombas sin precisión alguna, algunas de las cuales, sin embargo, cayeron no muy lejos de donde nosotros nos hallábamos.*

*El compañero Mauro Bajatierra, que a causa de su sordera no se enteraba muy bien de lo que ocurría a su alrededor, tenía el bloc de notas en la mano y pluma en ristre, de vez en cuando, preguntaba:*

*-¿Qué... ? ¿Tiran? ¿Tiran?*

*Firmado: RICARDO SANZ.*

Los barberos madrileños habían organizado una columna que denominaron «Los Fígaros» que lucharon en el barrio de Usera codo a codo con la columna «Los Leones rojos». El comandante Puente estaba en Cuatro Vientos con la «Motorizada Socialista» de Prieto; en Carabanchel y Mataderos luchaban los hombres de Amadeo Granell, mientras que el comandante Palacios y Cipriano Mera estaban en la Casa de Campo. De vez en cuando y por sorpresa, el «tren blindado» cargado de «tiznados» por el humo de la locomotora irrumpía por su línea férrea, disparando contra los moros que huían espantados ante los súbitos avances y retrocesos del «Tren de la Muerte», llamado así por Mauro Bajatierra.

Un muchacho de diecisiete años, nacido en Aranda de Duero, llamado Eleuterio Cornejo, cuando los tanques avanzaban hacia el Puente de Toledo venciendo toda clase de

resistencia, de pronto se irguió solitario frente a ellos, como una estatua esculpida por el cincel de la raza, enfrentándose al peligro. Estaba solo en la calle vacía, en un extremo de la cual resonaban sobre el empedrado las cadenas del blindado que avanzaba en cabeza. El joven dinamitero, que empuñaba en su mano engarfiada una bomba de mano a punto de ser arrojada, de súbito se arqueó con habilidad y lanzó el explosivo contra las cadenas del tanque. Con rapidez automática, el muchacho se lanzó al suelo casi al mismo tiempo que estallaba el artefacto. Brotó una gran humareda de las entrañas del blindado. El carro obstaculizó a los que le seguían, y éstos, al tener que maniobrar para retroceder, impidieron a su vez el avance de la infantería que se protegía en los blindados. Los milicianos reaccionaron con fiereza ante la destrucción del tanque. Calando las bayonetas a los fusiles, se lanzaron al contraataque, transformando una vez más la segura derrota de imprevistas consecuencias de introducirse el enemigo por el Puente de Toledo, en una victoria clamorosa y estimulante.

Aquel mismo día, el joven de diecisiete años, Eleuterio Cornejo, recibía el espaldarazo oficial a su probado valor con el ascenso a sargento.

Un camión cargado de moros se dirigía a Madrid en la confianza de que había sido tomado. En la carretera se encontró con dos milicianos que, asombrados por la irrupción del camión, palidecieron ante su inferioridad numérica. Se detuvo el camión y, desde la cabina, uno de los moros preguntó dónde se encontraba en Madrid el cuartel de la «Quinta Columna». Uno de los dos milicianos indicó hacia el Puente de los Franceses, donde se hallaban fuerzas apostadas y les dijo que siguieran adelante. El camión partió de nuevo. Jamás encontraron el cuartel que iban buscando porque en el Puente de los Franceses, antes que pudieran hacer nuevas preguntas los barrieron a tiros.

Pasados los primeros meses de la defensa de Madrid,

cuando Mera había sido ascendido a mayor del Ejército, al apearse una mañana del coche, acompañado de su teniente ayudante, se cruzó en la calle con un hombre que le saludó militarmente.

Mera frunció el ceño al no reconocer a la persona que le había saludado. De pronto, dijo a su ayudante:

-Ve a ver quién es ése que me ha saludado. Pregúntale de qué me conoce.

El ayudante siguió al hombre, le llamó y habló unos momentos con él. Luego regresó junto a Mera y le dijo el nombre del sujeto. El rostro de Mera mostró su asombro al recordarle. Prosiguieron su marcha, y de súbito, Mera prorrumpió en una risotada, a la vez que exclamaba:

-*¡El dios que lo batanó!* ¡Logró salir con vida de Guadalajara! Era el oficial de prisiones con el que se había tropezado el día que entraron en Guadalajara.

Pero el funcionario de prisiones no sólo consiguió sobrevivir durante toda la guerra, sino que, terminada ésta, volvió a ingresar en el Cuerpo de Prisiones y, como antes de la guerra, siguió custodiando a los presos de la CNT que habían sido condenados a prisión, sólo que, tratándoles con más respeto.

\*

El 23 de noviembre, el enemigo lanzó sus fuerzas combinadas en un renovado ataque decisivo en su empeño de apoderarse de la capital. Pero fracasó una vez más.

El ataque comenzó hacia las siete de la mañana en el sector de Pozuelo, lanzando las fuerzas adversarias sus blindados contra la posición que defendía el batallón

confederal «España Libre». Los tanques fueron valerosa y decididamente rechazados. Seguidamente se precipitaron sobre la posición cuatro escuadrones de caballería mora con el propósito de asaltar los parapetos de la posición. No consiguieron llegar hasta ellos al ser barridos por el fuego de las ametralladoras servidas por tiradores que permanecieron firmes en sus puestos sin amedrentarse por la carga de la caballería que se les echaba encima. Los intentos acabaron al anochecer, sin que la posición fuera tomada, a pesar de los enconados y violentos ataques y de las cuantiosas bajas sufridas por ambas partes.

Sin embargo, la sangría efectuada en los efectivos de las Milicias Confederales durante aquel mes de noviembre fue terrible. Murieron gran número de sus más arrojados combatientes. Los tres batallones «Orobón», «Mora» y «Juvenil Libertario» sufrieron bajas elevadísimas, hasta el punto de que del último quedaron solamente unos 80 hombres y con los efectivos de los tres batallones no llegaron a formar uno completo. Por tal causa, tuvieron que ser enviados una vez más a Cuenca a descansar de la lucha y a reorganizarse de nuevo.

La batalla de Madrid, en su fase defensiva que había dado comienzo el 6 de noviembre, terminaba el día 26, cuando el general Franco, al quedar demostrada la inutilidad de los ataques lanzados sobre la ciudad, ordenó suspender las operaciones de este tipo sobre la ciudad. Sin embargo, la batalla no había tocado a su fin, sólo se había soldado uno de sus primeros eslabones. Los restantes corresponderían a la batalla del Jarama y a la de Guadalajara, en ésta con la participación de las tropas legionarias italianas, Comando di Truppe Volontarie, enviado a España por Mussolini.

Pero todo el esfuerzo combativo de las Milicias no había sido en vano, pues en la misma lucha habían aprendido sus supervivientes a ser auténticos soldados y se había realizado en todos una concienciación profunda de la necesidad de una

más fuerte y poderosa organización militar por la que desde tiempo se había afanado Eduardo Val. El resultado no se hizo esperar, porque en la segunda quincena del mes de enero las Milicias tocaron prácticamente a su fin, para dar paso al Ejército Popular Regular de la República ya sólidamente estructurado y con los mandos adecuados.

La que había sido X Brigada del comandante Palacios se transformó en la 39 Brigada Mixta al mando de Mauro Román, para pasar a formar parte de la V División mandada por el teniente coronel Perea, y figurando Carlos Sanz como Comisario de División.

Las columnas «España Libre» y «Espartacus», ésta totalmente formada por militantes de la CNT huidos de Andalucía, se convirtieron en las importantes Brigadas 70 y 77. La primera, mandada conjuntamente por Sabín y Acracio, aunque posteriormente fue su jefe José Luzón Morales. Estas dos brigadas, la 70 y la 77, constituyeron la célebre XIV División con su jefe Cipriano Mera y con Mariano Valle como Comisario.

Los batallones «Ascaso», mandados por Rafael Gutiérrez Cano, secundado por Mora, dieron lugar a la 149 Brigada Mixta y después a la 17. El primero, Gutiérrez Cano, pasó a mandar la XIV División, cuando Mera fue ascendido a jefe del IV Cuerpo de Ejército del Centro.

Al mismo tiempo, los diezmados y combativos batallones confederales originarios de la «Columna Del Rosal», «Teodoro Mora», «Orobón Fernández» y «Juvenil Libertario», que se habían reorganizado en Cuenca después de las cuantiosas pérdidas sufridas, una vez reconstruidos, se transformaron en las Brigadas 59, 60 Y 61, las cuales constituyeron la 42 División, cuyo comandante fue Marcelo y José Villanueva el Comisario de la División.

A su vez, a la «Columna Durruti» se le llamó la «26 División», siendo su jefe Ricardo Sanz y su Comisario Ricardo

Rionda Castro, obrero del Ramo del Vidrio de Badalona (Barcelona).

Así fue cómo de las originarias Milicias Confederales, formadas íntegramente por obreros de la CNT, nacieron cinco divisiones que iban a ser cinco de los más potentes y adictos puntales del nuevo Ejército de la República.

El hombre a cuyos afanes se debía la transformación y realización de las primitivas Milicias en Unidades militares perfectamente disciplinadas, eficientes y de valor ya probado en tantos combates, fue Eduardo Val, secundado por su secretario Gerardo López. Sesenta y cinco mil fichas de obreros milicianos de la CNT, archivadas en el Comité de Defensa, dieron testimonio de la participación confederal en la primitiva formación de las Milicias Confederales y de la elevada cifra de vidas que los anarcosindicalistas ofrendaron a lo largo de la guerra de España.

Cuando en el mes de febrero de 1937, las tropas de Franco desencadenaron la batalla del valle del Jarama, dos de las cinco divisiones confederales que defendían la República, la XIV División de Mera y la 26 División mandada por Ricardo Sanz, figuraban destacadamente en la epopeya: un total aproximado, entre ambas, de unos veinte mil hombres que obstaculizaron el avance de los tanques adversarios aguantando los horrores de la encarnizada lucha. Pero en esta batalla Cipriano Mera demostró toda su energía, sus extraordinarias dotes de mando, su valor y serenidad, consiguiendo que en lo sucesivo sus combatientes fueran reconocidos como los héroes de «El Pingarrón».

El carácter y la personalidad de Mera quedaban ya forjados por la experiencia bélica adquirida desde los comienzos de la guerra, convirtiéndole en uno de los militares surgidos de las Milicias que habían alcanzado merecido prestigio y respeto.

## Capítulo VI

### Guadalajara no es Abisinia

Hacia primeros de marzo de 1937, el Cuartel General de Miaja fue informado de algunos movimientos de fuerzas enemigas en la zona de la Alcarria, donde el coronel Víctor Lacalle, jefe de la 12 División en el sector de Guadalajara, tenía establecido su puesto de mando en el pueblo de Brihuega.

Al descubrir la concentración de tropas adversarias, se consideró como probable un nuevo ataque sobre Madrid que, además, tuviera como objetivo apoderarse de los embalses de Lozoya, de los cuales se abastecía la población madrileña, con lo que al faltar el precioso líquido se agravarían aún más los rigores del asedio. El general Miaja, en principio, creyó que, de llevarse a cabo el ataque, éste se desencadenaría por el sector de la Ciudad Universitaria, cuando en realidad el adversario había planeado, de acuerdo con el mando de las tropas legionarias italianas, realizar una poderosa pero arriesgada maniobra envolvente que completara el cerco de Madrid, obligándola finalmente a la rendición.

Una vez más, la propaganda nacionalista voceó anticipadamente un triunfo antes de conseguirlo, lo cual, sin embargo, era prueba evidente de la ilimitada confianza que se había depositado en el éxito de las operaciones proyectadas.

En Sevilla, el general Queipo de Llano anunció el 26 de

febrero de 1937 que la capital de España caería en poder del Ejército del general Franco el día 12 o 14 de marzo.

Todos los indicios que se iban acumulando hacían suponer que existían fundamentos para tales presunciones, pues el 7 de marzo, víspera de la ofensiva que se iba a desencadenar, el teniente coronel Estrada, jefe del Servicio de Información del Estado Mayor Central, remitió un informe a los jefes de División y Cuerpo de Ejército del Ejército del Centro, en el que se daba cuenta de la posibilidad de un ataque nacionalista proyectado por Guadalajara, donde se había observado concentraciones de tropas italianas, pero «en reducido número», información que dejaba de manifiesto su mediocridad en tan delicado y responsable servicio, pues el número de legionarios del llamado CTV (Comando di Truppe Volontarie) alcanzaba la cifra de 35.322 combatientes; una masa de artillería compuesta por 150 cañones de diferentes calibres; 26.000 fusiles; 1.170 fusiles ametralladores; 435 ametralladoras; 78 morteros; 108 carros de combate; 33 blindados; 500 camiones y 90 aviones.

Todos estos efectivos, con las fuerzas combatientes legionarias, estaban al mando del general Mario Roatta, que se hacía llamar «Mancini», y estaban subdivididos en cuatro divisiones.

Tres de estas divisiones estaban integradas por «camisas negras», voluntarios de la organización fascista de la época, y sólo la 4ª División por soldados del Ejército italiano, también voluntarios.

La División «Dio lo vuole», mandada por el general Rossi; la 2ª División, «Fiamme Nere», al mando del general Coppi, y la 3ª División, «Penne Nere», mandada por el general Luigi Nuvolomi.

La División «Littorio», llamada indistintamente 4ª, estaba integrada por jefes, oficiales y tropa del Ejército regular, al mando del legendario general Bergonzoli, conocido como

«Barba eléctrica», apodo que le aplicó elogiosamente Mussolini, después de la batalla de Guadalajara.

Cada División de «camisas negras» estaba compuesta por tres grupos de Banderas o Regimientos de Infantería. A su vez, cada Regimiento por tres Batallones con tres Compañías de fusileros más la correspondiente Compañía de ametralladoras, una Compañía de Ingenieros y Servicios y el complemento de una batería del 65.

Por su parte, la División «Littorio» constaba de dos Regimientos de Infantería con tres Batallones cada uno y dos grupos de Artillería del 65, un Batallón de ametralladoras y una Compañía de Ingenieros y Servicios. La Artillería del Cuerpo de Ejército legionario comprendía dos grupos del 75, cuatro del 100, dos del 105 y dos más del 149. Por añadidura, contaba con dos grupos más de Banderas equivalentes a dos Regimientos, la 5ª y la 4ª, a las órdenes de los cónsules Enrico Francisci y Francesco Guidoni, y cuatro Compañías de carros de combate con lanzallamas, sendas Compañías de autoametralladoras y motoametralladoras, así como también de dos baterías de autotracción de 20 mm., y dos más de 75 mm. En total, 170 piezas, cifra en aquel entonces no igualada. El mando del CTV estaba a las órdenes del general italiano Mario Roatta, «Mancini». Y todo aquel gigantesco e impresionante cúmulo de fuerzas y efectivos estaban destinados a una batalla en que la misión militar italiana se disponía a asombrar al mundo con la puesta en práctica del nuevo método de combate: la aplicación práctica y arrolladora de la *blitzkrieg* (guerra relámpago) que había escogido como escenario bélico y experimental las tierras españolas de la Alcarria, con objeto de dar al Ejército del general Franco una magistral lección militar aplicada al menospreciado Ejército gubernamental.

Aquella impresionante fuerza de maniobra con el dispositivo militar reseñado, contaba con el apoyo, a su izquierda, de las tropas del general Moscardó, con un total de

15.000 a 20.000 hombres. En total, los atacantes hispano-italianos disponían de más de 50.000 hombres, unas 1.800 ametralladoras, 140 carros y blindados, 120 aviones, unos 250 cañones y 5.000 camiones.

Las fuerzas gubernamentales sólo contaban con la XII División de Infantería al mando del coronel Víctor Lacalle Seminario, jefe de la zona de Guadalajara elegida para la batalla, con 10.000 hombres, cuando el día 8 de marzo dio comienzo la operación arrolladora de la *blitzkrieg* italiana. La desproporción era evidente y, por tanto, a todas luces, lógicamente indudable que el triunfo debía inclinarse por los atacantes. Sin embargo, aunque hubo desde los comienzos por parte de las fuerzas gubernamentales una asombrosa ignorancia de lo que se estaba fraguando, los atacantes también sobreestimaban sus propias fuerzas con desprecio de las posibilidades combativas y de reacción del Ejército gubernamental, así como un desconocimiento incomprensible de las características del terreno que se había elegido como teatro de operaciones.

Igual negligencia en la estimación de las condiciones climatológicas. Exagerada confianza en el planteamiento de las operaciones en confrontación con el peligro real de que los movimientos de las fuerzas, después de la rotura del frente adversario, marcharan sincrónicos hasta coincidir con las otras columnas en los puntos señalados como objetivos para enlazar y proseguir el avance. Supuestos infalibles en la práctica de no contarse con la existencia de un enemigo que ofreciera obstáculos. Por todo ello, parece que el CTV menospreció excesivamente al enemigo en el planteamiento de su operación. Quizá debido a que entre los mandos de las tres divisiones, con las que posteriormente iban a enfrentarse, tres de sus jefes, Enrique Líster, Valentín González «El Campesino» y Cipriano Mera, eran,

respectivamente, el primero cantero de profesión, el segundo contratista de carreteras y el tercero maestro albañil, pero valerosos mandos intermedios con quienes realmente iban a enfrentarse las tropas legionarias de los generales Rossi, Coppi, Nuvolomi, Bergonzoli («Barba eléctrica») a las órdenes, todos ellos, del general Mario Roatta.

El ataque se llevaría a cabo moviendo las dos masas de fuerzas, la nacional e italiana. La maniobra consistiría en atacar, siguiendo después de la ruptura violenta del frente, en dirección opuesta a Sigüenza, con el eje de marcha de las fuerzas hacia Guadalajara y Alcalá de Henares, protegido el flanco derecho de las tropas motorizadas de Roatta por las hispanomarroquíes del general Moscardó. Una vez conquistados los escalones montañosos, que no disponían de grandes defensas, seguiría la División Marzo hacia el pueblo de Hita y por la carretera de Almazán a Taracena hasta Torre del Burgo. Toda la *blitzkrieg* sería propulsada velozmente por el cuerpo motorizado de divisiones italianas que avanzaría por la meseta alcarreña delimitada por los ríos Henares y Tajuña. Posiblemente, se habían desdeñado las características del terreno, muy arcilloso, pero al que las lluvias convertirían en un terrible barrizal, en el que quedarían bloqueados los vehículos de todo tipo. A pesar de la baja temperatura de aquellos días, de las numerosas nubes y de que todos los indicios meteorológicos no auguraban facilidades para el despegue de la Aviación legionaria situada en campos lejanos, las operaciones no se aplazaron, quizá debido a que las divisiones italianas, fiadas en su acometividad y rapidez de acción motorizada, creían que la ofensiva se realizaría sin tener que salir de las carreteras.

Por otra parte, la comparación entre las fuerzas contendientes y los respectivos armamentos era tan desigual que aseguraba anticipadamente el triunfo del bando que disponía de mejor despliegue de hombres y mayor cantidad

de material bélico. Según datos del teniente coronel Enrique Jurado Barrio, al empezar la batalla, la 12 División del coronel Lacalle, que era la que guarnecía la zona de Guadalajara, sólo contaba con unos 10.000 hombres, 7.500 fusiles, 220 fusiles ametralladores, 180 ametralladoras pesadas, 50 morteros, 22 cañones del 7,65 y 30 aviones. Inicialmente, éstas fueron las fuerzas y material contra las cuales se lanzó todo el poder atacante de las cuatro divisiones italianas. Una vez conseguida por las tropas italianas la fácil ruptura defensiva y originado el caos, la inmediata reacción gubernamental se traduciría en la rápida reorganización de aquel frente creando el hasta entonces todavía no existente IV Cuerpo de Ejército del Centro, pero la creación del mismo correspondió con la segunda e inmediata fase del ataque italiano, pues cuando éste se llevó a cabo lanzando todo el despliegue de material y hombres, sólo se encontraba en el sector la 12 División al mando del coronel Víctor Lacalle Seminario, cuyo puesto de mando estaba situado en Brihuega. Sin embargo, el éxito de la operación del ataque relámpago estribaba en su propia rapidez basada en sus fuerzas motorizadas y en el aprovechamiento instantáneo de la ventaja conseguida por la ruptura de las líneas enemigas sin dar tiempo para que acudieran nuevas fuerzas de refuerzo, y en caso de hacerlo que sólo fueran tropas del sector y de ningún modo procedentes de otros puntos ajenos al frente de combate. Mas no ocurrió tal como se había planeado, produciéndose diversos fallos, tales como la falta de sincronización en el avance de las divisiones italianas de acuerdo con el horario establecido; estos diversos contratiempos retardaron el avance de muchas unidades, que vieron bloqueado su progreso y no pudieron seguir hacia Guadalajara. Contribuyeron por igual en el fracaso del planteamiento y desarrollo práctico de la operación factores que, por fortuitos y al parecer nimios, incidieron notablemente en el resultado, tales como el encuentro casual de una patrulla de reconocimiento del

Batallón «Garibaldi» (Brigadas Internacionales) con una avanzadilla de la columna motorizada de la III División «Penne Nere», del general Nuvolomi, avanzadilla que, habiendo salido de Brihuega, se disponía a seguir hacia Guadalajara. Como quiera que los «garibaldinos» hablaban italiano los legionarios italianos creyeron que eran de los suyos, les preguntaron si conocían el camino que conducía a Brihuega con objeto de orientarlos, puesto que ellos procedían de aquel pueblo. El jefe de la patrulla de internacionales cayó en la cuenta del error sufrido por los italianos y les pidió que se acercaran. Sin sospechar lo que les esperaba, los legionarios cayeron en la trampa que les tendían y fueron hechos prisioneros por la patrulla de reconocimiento, con la consiguiente sorpresa. Figuraba entre los prisioneros un jefe de batallón, el comandante Luciano, quien en los interrogatorios posteriores demostró saber mucho más que lo que según su graduación era de esperar. En su cartera de campaña se encontraron documentos que explicaban detalladamente todo el plan de Roatta. Aquí, una vez más, lo imprevisto se repetía como en el caso de la defensa de Madrid, en los primeros días de noviembre que precedieron al poderoso ataque nacional para tomar la capital y en los que el coronel Trucharta halló en la documentación de un oficial de tanques muerto en el comienzo del ataque todo el plan de la ofensiva que las columnas sediciosas iban a desencadenar y los puntos por donde se realizaría el ataque. Otro factor desmoralizante en las filas italianas fue el no menos casual cambio de dirección de la flecha indicadora del poste de la carretera de Torija que había sido derribado por un coche y, al ser colocado de nuevo, inadvertidamente, la flecha quedó señalando en dirección opuesta, por lo cual las fuerzas italianas avanzaron quedando a merced y al descubierto del fuego artillero republicano que les produjo cuantiosas bajas. Todo ello, por tanto, iba a influir notablemente en el curso y desarrollo final de la batalla de Guadalajara.

Por añadidura, debía existir la razonada incertidumbre en un tipo de operación que mostraba claros peligros sobre su eficacia práctica, puesto que dependería de la perfecta sincronización de las velocidades de marcha entre las fuerzas italianas y las de las españolas del coronel Marzo, pertenecientes a la II Brigada de Moscardó, como ya se ha indicado. El remate de la maniobra ítalo-española consistía en el enlace de las dos fuerzas con las nacionales que se encontraban en el sector del Jarama, para el total acoplamiento, y seguidamente el avance general para converger aunadas en el objetivo elegido.

El mal estado del tiempo se había agudizado desfavorablemente, lo que motivó que los mandos nacionalistas aconsejaran a los italianos un aplazamiento de las operaciones, ya que las lluvias y las nevadas sobrevenidas habían inundado los campos de la Alcarria. Pero los italianos no quisieron retrasar la acción.

El día 7 de marzo llovió y nevó sin interrupción convirtiendo los campos en verdaderos barrizales. La temperatura había descendido notablemente. Debido a las condiciones climatológicas, el Ejército legionario no podía utilizar su Aviación, cuyos campos de aterrizaje se encontraban lejos, aparte de que las condiciones meteorológicas les eran desfavorables.



Mera en la batalla de Guadaluajara

El ataque se desencadenó a las siete horas del día 8 de marzo, comenzando las operaciones que habían de derivar en una de las batallas más resonantes de la guerra española.

Todas las piezas de la artillería legionaria entraron en acción iniciando la preparación al ataque que seguidamente se iba a desarrollar. A pesar de que la acción artillera, debido a las condiciones atmosféricas imposibilitaba la labor de los observatorios artilleros disminuyendo su eficacia, demostró en estas desfavorables circunstancias una gran precisión de tiro.

El fuego artillero, por su gran intensidad, sorprendió a las tropas gubernamentales que emprendieron la retirada ante la contundencia de las baterías legionarias.

Inmediatamente, la *blitzkrieg* se lanzó al ataque de manera arrolladora y fulminante, ocupando de inmediato, ante la desbandada republicana causada por el implacable fuego de la artillería, los pueblos de Alaminos y Hontanares.

Las tropas nacionales compuestas por marroquíes ocuparon, a su vez, con las agrupaciones de Sotelo y Pita, los pueblos de Castejón de Henares y Mirabueno, deteniéndose, sin embargo, al alcanzar los siguientes objetivos previstos en el avance, Los Quemados-Nava-Aljimar, debiéndose su detención a que las tropas legionarias italianas no habían ocupado por su parte, como se había planeado, Almadrones, al encontrar resistencia inesperada por parte del adversario. La sincronización de tiempo y espacio, por tanto, acusaba sus primeros fallos, en una demora causada por obstáculos imprevistos. Hasta el día 9 no fue tomado Almadrones. El estado del tiempo seguía empeorando. Las tropas del coronel Marzo ocuparon Cogollar y Masegoso y el puente sobre el río Tajuña, y, al mediodía del día 9, la 3ª División italiana del general Nuvolomi, explotando el éxito de la ruptura del frente enemigo, se lanzó por la carretera general y avanzó hasta

llegar a las proximidades de Brihuega, cometiendo, sin embargo, la negligencia de no proceder a la limpieza del bosque en el que se habían refugiado gruesos contingentes enemigos y cuyas consecuencias posteriores iban a ser graves. Hacia la izquierda fue ocupado el pueblo de Abánades.

En la madrugada del día 10, el 5º Grupo de Banderas ocupaba Brihuega, haciendo algunos prisioneros, pero sin poder evitar que algunos de los fugitivos volaran los depósitos de municiones, ni que el coronel Víctor Lacalle, obedeciendo órdenes del Cuartel General de Miaja, abandonara rápidamente el pueblo ante el súbito ataque desencadenado.

Mas en opinión de los expertos no se aprovechó debidamente la toma de Brihuega, ya que no se estableció sobre el Tajuña ninguna cabeza de puente, y desde el bosque, ocupado por las tropas gubernamentales, comenzó el castigo de Brihuega -pueblo de unos 3.500 habitantes-, que por su situación en la hondonada recibía los impactos de los proyectiles disparados por las piezas de artillería gubernamentales, situadas en la orilla izquierda del Tajuña, y asimismo quedaron bajo su fuego los legionarios italianos cuando erróneamente confundieron una carretera que no llevaba a Torija. Los legionarios, por tan casual o fatídico error, quedaron al descubierto y al alcance de las piezas gubernamentales, que les causaron cuantiosas bajas y la consiguiente desmoralización.

El tiempo era sumamente crudo y las temperaturas muy bajas, que, añadido a la deprimente visión del paisaje alcarreño, tenía que afectar psicológicamente la moral de los legionarios italianos, en su mayoría sin experiencias bélicas anteriores y por añadidura lanzados a una campaña en un país extranjero en el que no podían por menos que sentirse intrusos, ya que en modo alguno conquistadores.

A la ocupación de Brihuega por el CTV, siguió la de Trijueque. Por su parte, el coronel Marzo, en su sector, arrollaba con sus fuerzas al adversario y les perseguía. A continuación tomó Miralrío, conquista importante por tratarse de un nudo de comunicaciones. La agrupación de Ibáñez de Aldecoa cruzó el Henares y logró ascender por el dificultoso escalón rocoso del sur del río y apoderarse de Jadraque, Bujaraloz y Castilblanco de Henares. Aquélla fue una brillante jornada por los resultados conseguidos, pues la agrupación Sotelo tomó Valfermosa de las Monjas, Ledanca y Villanueva de Argesilla, persiguiendo al enemigo fugitivo y desconcertado hasta Casa de San Galindo. Las fuerzas gubernamentales, desde la iniciación del ataque motorizado desarrollado por el CTV, habían sufrido graves descalabros en toda la zona de Guadalajara, pero lo que el adversario no había previsto era la extraordinaria capacidad de reacción con que muy pronto iban a replicar procediendo a la rápida reorganización de sus tropas, ya que la 12 División había quedado prácticamente destrozada por el arrollador ataque de los italianos.

Las condiciones meteorológicas no habían mejorado durante aquellos días de lucha tan desigual entre fuerzas tan dispares. Por el contrario, la temperatura seguía siendo bajísima, el suelo estaba embarrado a causa del agua caída y el lodo inundaba los caminos por todas partes. La niebla era baja y espesa, dificultando con ello la tarea de los observatorios artilleros para situar las posiciones del enemigo. Por añadidura la aviación legionaria no podía volar debido al mal tiempo reinante. El día 11 se desencadenó una nueva tempestad de agua y nieve. El mando del CTV decidió atacar de frente al enemigo y a la vez envolverlo por la izquierda. Sin embargo, algo había cambiado en el comportamiento del adversario respecto al factor sorpresa del ataque durísimo de que había sido objeto en las anteriores jornadas. Las tropas gubernamentales, a partir de

aquel día, se pegaron tenazmente al terreno, al par que las que se encontraban en el bosque de Brihuega obstaculizaron, desde su peligroso emplazamiento, la progresión de las tropas italianas colocándolas en una situación delicada y a la vez imprevista, hasta que se convirtió en grave realidad.

Se daba un nuevo factor surgido como resultado de la misma fogosidad del ataque italiano. El Ejército gubernamental había reaccionado al ataque por sorpresa y con superioridad numérica y de todo tipo de los atacantes. A partir de ahora ya no iba a ser posible obligarle a emprender la retirada retando al CTV a combatir en el terreno que a él le convenía.

En pleno ardor de la batalla, los mandos republicanos se habían apresurado a reorganizar sus fuerzas y así fue cómo se constituyó, el día 11 de marzo, el 4.º Cuerpo de Ejército al mando del teniente coronel Enrique Jurado Barrio, que absorbía a la 12 División del coronel Víctor Lacalle, quien, enojado por no habersele confiado la jefatura del nuevo Cuerpo de Ejército creado en aquellas excepcionales circunstancias, pidió su baja por enfermedad, siendo sustituido en el mando de la 12 División por Nino Nanetti, quien mandaba la 35 Brigada Mixta. El puesto de Nanetti fue ocupado por el sindicalista Liberino González, compañero incondicional de Cipriano Mera, quien, dos años después, a finales de marzo de 1939, iba a desempeñar un papel decisivo en la lucha entablada entre el Consejo Nacional de Defensa creado por Segismundo Casado, al oponerse violentamente a las tropas comunistas, hecho que decidió el fin de la guerra en Madrid. Liberino González mandaría entonces la famosa XIV División, perteneciente al 4º Cuerpo de Ejército, del que a finales de la guerra fue jefe Cipriano Mera, mientras que la XIV División sería mandada por el sindicalista Rafael Gutiérrez Caro. El último jefe de la XIV División sería otro afiliado a la CNT, Joaquín Martínez.

Sin embargo, el día 16 se decidió la reestructuración

definitiva del 4.º Cuerpo de Ejército, asesorado militarmente por el general ruso Dimitri Paulov, pero al mando de Jurado, militar estricto sin filiación política de ninguna clase y con total independencia en sus decisiones ni sometimiento a ninguna organización como tantos otros jefes. Jurado, a diferencia de Miaja, no admitía que se le catalogara como adicto a partido alguno, pues era un militar nato, con lo que evitaba correr el riesgo de recibir una contestación parecida a la que obtuvo el general Miaja por parte del sindicalista Manuel Salgado cuando el general solicitó ingresar en la CNT, en 1936, a lo que Salgado le contestó que «la CNT no disponía de sindicatos de generales».

La nueva estructura del 4º Cuerpo de Ejército contaba con las fuerzas siguientes: La 12 División, mandada por Nanetti, estaba integrada por la 49 Brigada Mixta, al mando de Macona, subdividida en 4 Batallones; la 50 Brigada Mixta, al mando de Barceló, con 4 Batallones; la 71 Brigada Mixta, al mando de Rubio, con 4 Batallones, y la 35 Brigada Mixta, mandada por Liberino González, con 4 Batallones.

La 11 División, cuyo jefe era Enrique Líster, integrada por las Brigadas Mixtas siguientes: la IX, mandada por Panda, con 4 Batallones; la 11, al mando de Hans, con 3 Batallones; la 12, al mando de Luckas, con 4 Batallones, y la Brigada Móvil, de Valentín González «El Campesino», con 4 Batallones.

La 14 División, mandada por Cipriano Mera, integrada por las siguientes Brigadas Mixtas: la 65, mandada por Fernando Recio Andreu, con 5 Batallones; la 72, al mando de Valdés, con 4 Batallones, y la 70 Brigada, al mando de Eusebio Sanz.

En reserva quedaron un Batallón de Zapadores, otro de Ferrocarriles y dos Grupos de Asalto. Quedaban afectas al 4.º Cuerpo de Ejército la 33 Brigada Mixta mandada por Mulet, con 4 Batallones; 6 Batallones de Fortificaciones Y el 1º Regimiento de Caballería formado por 3 Escuadrones. La

Brigada de Tanques del general Dimitri Paulov, compuesta por 3 Batallones y un Batallón blindado.

\*

En la noche del 12 al 13 se llevó a cabo el relevo de las divisiones legionarias italianas, según se había establecido previamente en el plan de operaciones del Mando, pero también a causa de la fatiga y la desmoralización creciente entre las tropas legionarias del CTV.

El relevo de la División «Littorio», llamada también la 4ª, se efectuó desordenadamente Y más que un relevo parecía tratarse de una retirada, ya que el cambio de tropas se realizó bajo la presión del enemigo que atacaba con dureza en tanto la «Littorio» corría con la defensa del tramo y cruce de carretera entre los kilómetros 83 y 84, teniendo a sus espaldas Trijueque. El Ejército gubernamental había realizado varios ataques de gran intensidad, precisamente mientras se efectuaba el relevo, lo que afectó profundamente la moral de las fuerzas de refresco, ya contagiadas de la baja moral de las que habían sustituido. Por contraste, el adversario mejoraba en su combatividad y espíritu de lucha, sobre todo a causa de la reorganización de sus fuerzas. A las veinte horas, o sea, a las ocho de la tarde del día 13, las fuerzas gubernamentales habían recobrado Trijueque, debido a que el pueblo se encontraba abandonado.

Entre los días 14 y 17, los internacionales de la XII Brigada Internacional, mandada por Luckas, los «garibaldinos», de Pacciardi, quien estaba en París, expulsaron después de una dramática lucha a sus compatriotas, que se negaban a rendirse defendiéndose valerosamente en el Palacio Ibarra.

Las fuerzas gubernamentales se iban reforzando y

adquiriendo una más alta moral combativa, imbuidas ya del denodado propósito de derrotar a los legionarios del CTV.

El súbito cambio operado en el frente de Guadalajara, la reorganización del Ejército republicano en su poderoso 4º Cuerpo de Ejército y, como contraste, las bajas cada vez más numerosas en las fuerzas legionarias italianas, su baja moral y el mal estado del tiempo, fueron las causas que impulsaron al mando nacional, en la entrevista celebrada en Salamanca entre el general Franco y el general italiano Mario Roatta, a la suspensión momentánea de las operaciones, con objeto de proporcionar el necesario descanso a las tropas, a la vez que se esperaba un cambio en las condiciones climatológicas que favorecieran la reanudación de las operaciones, por lo cual se decidió reanudarlas el día 19. El tiempo desempeñaba un papel decisivo en los combates, afectando extraordinariamente la moral de las tropas italianas, ya que seguía el temporal de lluvia y las temperaturas eran gélidas. El CTV había sufrido en los últimos días unas 3.000 bajas. A la vez, como respuesta a las disposiciones tomadas por el mando nacional, el día 16 de marzo, 70 aviones gubernamentales bombardearon Brihuega sembrando el terror entre los italianos.

Según Miaja, las fases de la Batalla de Guadalajara fue ron tres. La primera comprendida entre el ataque de la fulminante «guerra relámpago» o *blitzkrieg*, a partir del día 8 hasta el 11, que produjo la ruptura del frente y la total desorganización de los republicanos; luego, a partir del 11, en que se constituyó el 4.º Cuerpo de Ejército, siguió una etapa de contención y defensa, hasta el 18, en que se desencadenó el contraataque y la derrota de los legionarios del CTV y que culminó el día 23 con la destrucción del enemigo. El relevo definitivo del castigado «Comando di Truppe Volontarie» comenzó el día 26 de marzo, dándose por terminada una batalla que tanta resonancia adquirió y en la que la propaganda realizó una extraordinaria labor para

elevar la moral de los combatientes republicanos. Precisamente los hechos adversos sirvieron para consolidar definitivamente la hasta entonces insegura armazón del que ya se había definido como el Ejército Popular del Gobierno de la República.

Lo único que demostraron los italianos en la nueva modalidad de maniobra de la *blitzkrieg* fue cómo no debía realizarse, no la eficacia de la misma que en su momento sabrían aplicar los alemanes en la II Guerra Mundial con éxito demoledor.

Relato de Cipriano Mera al autor, referente a su participación en la toma de Brihuega, el día 18 de marzo de 1937

«Como le dije en cierta ocasión a un periodista que vino a visitarme: "Yo, la única batalla que he ganado en mi vida ha sido la de la paleta" -me dijo con su habla pausada, esmaltada de un deje de socarronería. Y después de una leve pausa, apoyando los codos en la mesilla, prosiguió-: Mi puesto de mando, antes de la toma de Brihuega, estaba situado en el mismo vértice de "Monte Mayor", a la altura de la bifurcación de las carreteras de los pueblos de Budia a Brihuega, apoyándose en el río Tajuña. Los nombres de los dos tenientes de milicias que actuaron como enlaces en la Batalla de Guadalajara, eran Artemio García y José Muñoz.

Me encontraba en mi puesto de mando el día 17 por la mañana cuando me dieron aviso de que uno de los dos paisanos huidos de Brihuega quería hablar conmigo. Le hice pasar. Era un hombre joven, que me dijo pertenecer a la CNT y que había escapado del pueblo para unirse a nosotros. Entonces le pedí detalles sobre la situación de las fuerzas adversarias que ocupaban Brihuega. Le indiqué algunos puntos de los alrededores de Brihuega donde sospechaba que

el enemigo había apostado fuerzas. El terreno, comparativamente, era como una cazuela de barro y dentro de ella, en su centro, estaba el pueblo. (Para demostrarlo mejor cogió su servilleta de encima de la mesa por los cuatro picos, y me la mostró de manera que, al dejarla de nuevo sobre la mesa, quedó como si, con sus picos, pliegues y arrugas y profundidades en la tela, fuese la panorámica del teatro de operaciones.) Le pregunté al muchacho si en una de las alturas, entre los peñascos que dominaban Brihuega, había apostada vigilancia o alguna tropa.

Me contestó que no. "¿Estás seguro?", le pregunté, con el ánimo alerta ante esta posibilidad, pues me sorprendía tal negligencia del enemigo. Y me ratificó su negativa. "Bien, muchacho -le dije satisfecho por la información que me había dado-. Puedes marcharte."

Cuando hubo salido, llamé a los dos tenientes ayudantes y les ordené que llevaran a cabo un reconocimiento sobre el terreno para comprobar los informes del fugitivo de Brihuega. Salieron a cumplir su misión, regresando dos horas después. En efecto, en aquel escalón o almenar rocoso no había fuerza alguna enemiga. No perdí tiempo en colocar gente de la mía en el lugar desguarnecido, encargando que a toda costa se evitara que el enemigo cayera en la cuenta de la colocación de tropas. También distribuí fuerzas en la orilla del Tajuña, ordenando el más absoluto silencio y que las tropas se mantuvieran escondidas todo el tiempo que fuese necesario con objeto de que el enemigo no las descubriera. Dispuse el resto de las Brigadas en los puntos previstos por mi jefe de Estado Mayor, Verardini.

Al día siguiente, 18 de marzo, acudió Casado a mi puesto de mando y me preguntó por la distribución de las fuerzas. (Las cuatro Brigadas de la XIV División de Mera, la 65, la 70, la 48 y la 72, formaban trece Batallones y, además, disponían de 17 piezas de artillería.) Le indiqué los puntos de posición en un amplio gesto del brazo, añadiendo:

"Compruébalo tú mismo". Se llevó los prismáticos a los ojos y observó atentamente, verificando la situación de las fuerzas. Sin duda echó de menos la tropa que tenía apostada y escondida en la ribera del Tajuña, porque me preguntó: "¿Dónde has colocado las demás fuerzas?" Sonreí en silencio y le miré a mi manera, dando a entender que era una sorpresa que me tenía reservada. Me conocía. Casado sobreentendió, decidiendo al mismo tiempo que daba por terminada la inspección y se marchaba: "Tienes la batalla ganada, Mera".

Aquel mismo día 18, mi jefe de Estado Mayor, Antonio Verardini, me comunicó la orden recibida del general Paulov en la que ordenaba la toma del pueblo de Brihuega. Mi amigo Verardini estaba conmigo desde que Arderius, mi anterior jefe de Estado Mayor, por haber sido destinado al mando de la 5ª División, dejó vacante su puesto y él lo ocupó. Poco después del mediodía, la Aviación republicana arrojó toda su carga sobre calles y casas de Brihuega. (En el bombardeo murió el general Luizzi al explotar una bomba incendiaria. Luizzi suplía al general Mario Roatta en el mando, quien el día 18 se encontraba en Salamanca para entrevistarse con Franco con el propósito de pedir la ayuda de las tropas de Orgaz, debido al cariz negativo que había adquirido la batalla para los italianos. Mera fue relatando lo que sigue): Una vez hubo terminado el bombardeo, entonces mis hombres se descolgaron de las peñas y se lanzaron al ataque con entusiasmo. Los que habían permanecido ocultos y en silencio en la orilla del Tajuña se dispararon con las demás fuerzas de la División. Tomamos Brihuega. Eusebio Sanz mandaba una de las Brigadas de vanguardia en el ataque. ¿Qué es lo que habría sido de los que tuve en la orilla del Tajuña de no haber salido bien las cosas? Pues, ¡hombre!, me los hubiesen tirado al agua los italianos. Las cosas no pueden ser de otra manera: o salen bien o mal. ¿Que cómo había yo evolucionado hasta adaptarme a la disciplina

militar? Pues en cuanto disponía de tiempo y sosiego leía y estudiaba libros militares. Así me orientaba y no andaba ciego en la materia... Pues por la noche de aquel día, cuando ya estábamos dentro de Brihuega, di la orden estricta de no dejar entrar ni salir a nadie del pueblo. La orden era tajante. En esto, unos que estaban montando guardia en una ametralladora oyeron el petardeo de una moto que se acercaba. Era "El Campesino" que llegaba a Brihuega en una moto con sidecar. Pero los de la ametralladora, ¿cómo iban a saberlo? Tenían orden de disparar y así lo hicieron con varias ráfagas de ametralladora. Al ser recibido a tiros, el conductor de la moto giró rápidamente y se alejaron, él y "El Campesino", creyendo que todavía Brihuega estaba en poder de los "fachas". (Mera rió al recordar el hecho.) Al día siguiente me llamó por teléfono Jurado diciendo que "El Campesino" había asegurado que en Brihuega estaban los italianos. Jurado me preguntó qué era lo que había ocurrido para que se disparase contra "El Campesino". Yo le respondí tranquilamente que mis hombres habían cumplido mis órdenes de disparar tanto contra quien saliera del pueblo como contra quien quisiera entrar en él, y que de noche todos los gatos son pardos, y nadie podía saber que el que llegaba en la moto era "El Campesino". (Hace una pausa y luego a mi pregunta contesta con sencillez): Sí, claro que conocí a "El Campesino". ¿Que cómo era? También a Modesto y a LÍster. Modesto era más inteligente que los otros dos, pero "El Campesino", valiente por los tres. No, al general Paulov no le conocí. "El Campesino" servía para mandar un Batallón, pero no sabía hacer maniobrar a una Brigada. (Mera se puso en pie, adelantó el brazo y alcanzó de una pequeña alacena del muro cubierta con una cortinilla de cretona uno de los tomos de la obra de Ramón Salas, titulada *Historia del Ejército Popular Regular de la República*, obsequio dedicado del autor. Mera colocó uno de los tomos sobre la mesa y lo hojeó despacio. Me mostró una de las páginas en la que aparecían dos fotografías: arriba, la suya

con la guerrera desabrochada y dejando ver un jersey de punto muy grueso, de cuello alto hasta la mandíbula. Le observé que aquella fotografía la había visto antes en algunas publicaciones y que precisamente la recordaba por el jersey. Mera, sonriendo satisfecho, indicó con el pulgar a Teresa, su esposa, que estaba en la habitación y que, ante la alusión de Mera, sonrió alegremente, mientras él iba hablando.) Sí, el jersey me lo hizo ella a mano. Hacía un frío terrible en Guadalajara. Y aquí, en el pie de la fotografía de "El Campesino", lea lo que dice de él el autor del libro y también lea el pie que acompaña a la mía. (Y se rió divertido, a su manera, porque el texto a "El Campesino" le tildaba de "brutal" y a él, sin embargo, de hombre íntegro, calificativo que se advertía le complacía sin ensoberbecerle. Luego, devolvió el volumen a la estantería colocándolo entre los otros tres. Tomó asiento de nuevo frente a mí, encendimos un cigarrillo y proseguimos conversando hasta que me despedí de los ancianos esposos, sobre las seis de la tarde.)»

Favorecidas las fuerzas gubernamentales por una mejoría del tiempo, fue más fácil la intervención de la artillería y de la aviación.

El ataque de los hombres de Mera a Brihuega provocó la huida de la División de Coppi, que abandonó la defensa dando lugar con su retirada a que se abriera una brecha, circunstancia que aprovechó Líster para realizar un movimiento envolvente contra la «Littorio», lo que obligó al general Bergonzoli a dar la orden de repliegue que se transformó en una desordenada desbandada. En este caso, la misma prodigalidad de medios de locomoción con los que contaba el CTV fue la causa de su aparatosa derrota. Los soldados italianos, presa del pánico, al contagiarse de la desbandada de sus compañeros, se apelotonaron en las cajas de los camiones para escapar más rápidamente. Sin

embargo, para agravar más la situación, los caminos, debido a las lluvias torrenciales, se habían convertido en barrizales intransitables, en los cuales se atascaban las ruedas de los vehículos, aumentando el desconcierto y la angustia de los que huían. En las carreteras que formaban la retaguardia del CTV se formó un gigantesco atasco de vehículos de todo tipo: camiones, tanquetas, motos, piezas de artillería. Todo un conjunto de medios mecánicos de transporte que se había colapsado, entremezclándose los vehículos y ocasionando una desconcertante y dramática confusión. El ametrallamiento de la aviación republicana y el fuego de la artillería desencadenaron la catástrofe hasta la derrota final. La espectacular retirada italiana a través del terreno enfangado, perseguidos los infantes del CTV por los combatientes republicanos que una semana antes habían sufrido la arrolladora y fulminante embestida de las legiones de Mussolini, representaba un triunfo inenarrable. Era tal el entusiasmo de las tropas gubernamentales que prosiguieron su avance hasta que tuvieron que detenerse agotadas. Todo el áspero paisaje de la Alcarria aparecía desnudo, árido e infinito, como aplastado por un cielo opaco, oscuro y denso, bajo el cual las tierras encharcadas y fangosas aparecían salpicadas por lejanas manchas de soldados fugitivos, que dejaban a sus espaldas los cadáveres de sus infortunados compañeros de armas. Por doquier se encontraban grandes cantidades de material bélico abandonado.

Uno de los sucios combatientes de la XIV División se detuvo en su marcha, sorprendido ante lo que veían sus ojos: un cañoncete derribado a un lado, por habersele saltado una de las ruedas. Los ojos del soldado brillaron de alegría en su rostro sucio de barro y de barba crecida. De pronto, sonrió, murmurando con emocionado recuerdo, señalando el cañoncito a uno de sus compañeros:

-¡Míralo... ! ¡Míralo! ¡Allí está...! ¡Es «el Pequeño FA!»!

En efecto, aquel cañoncito del 7,5 que yacía sobre el barro,

como herido en la batalla, era «el pequeño FA!» que había cumplido su último servicio en la batalla de Guadalajara y al que Eduardo de Guzmán iba a elogiar en sus páginas dedicadas a la guerra de España.

\*

El triunfo gubernamental que supuso una victoria moral para el Ejército de la República, representó también un fracaso y un descrédito para la Italia fascista que afectó directa y personalmente a la vanidad de Benito Mussolini.

Prácticamente, las operaciones de la batalla de Guadalajara quedaron ultimadas por las fuerzas gubernamentales el día 26 de marzo.

Por su actuación durante la batalla de Guadalajara al mando de la XIV División, su comandante, Cipriano Mera, por decreto del presidente de la República, don Manuel Azaña, con fecha 4 de abril, fue ascendido al empleo inmediato de teniente coronel.

Asimismo, «El Campesino» había sido ascendido, adaptándose la proporción de los ascensos a una exigencia mantenida por la rivalidad entre las organizaciones políticas y sindicales, tema sobre el que insistieron los dirigentes de la CNT, como protesta por el favoritismo con que eran tratados los mandos afiliados al Partido Comunista en su deliberado propósito de apoderarse del máximo número de puestos en la jefatura del Ejército, como paso previo para apoderarse posteriormente del Gobierno y establecer la dictadura del proletariado en España, de acuerdo con las directrices dictadas desde Moscú.

Por tal motivo, con fecha del 10 de agosto de 1937, Mariano R. Vázquez (Marianet), secretario nacional de la

CNT, se dirigió al doctor Negrín, en una carta en la cual expresaba sus quejas por las prerrogativas y facilidades dadas a los mandos comunistas en el Ejército con desigual proporción de oportunidades para los oficiales procedentes de la sindical CNT. Sobre lo mismo insistió, a su vez, el subcomisario general del Ejército en representación de la Confederación Nacional del Trabajo, Miguel González Inestal, en carta dirigida al Comisario General del Ejército de Tierra, Ossorio Tafall. Por todo ello, y debido a la parcialidad existente en favor de los miembros del PC, el Comité Nacional de la CNT puso estos hechos en conocimiento de las regionales en una circular del 25 y 26 del mismo mes.

Ulteriormente, la actividad de Mera se desarrolló a primeros de abril en los ataques a Pinar de Alcolea, con el asesoramiento de Arderius, de nuevo éste como jefe de su Estado Mayor.

Al frente de las secciones de la Agrupación figuraban el antiguo periodista César Ordax, que había comenzado la lucha al lado de Mera en la «Columna Del Rosal», como asimismo Teodoro Mora, muerto en Mijares el 12 de setiembre de 1936; David Antona, que fue nombrado gobernador de Ciudad Real, llamada desde la guerra Ciudad Leal, y Mauro Román Urquijo, todos ellos cenetistas. En las demás secciones ostentaban el mando Raimundo Serrano y el ingeniero anarcosindicalista, amigo de Cipriano Mera, Antonio Verardini. Era jefe de artillería de la Agrupación de Mera el coronel Valcárcel. Actuaron en la serranía de Cuenca, intentándose infiltraciones en el sector enemigo, como ya se había procurado sin éxito anteriormente por el propio Mera, en el mes de setiembre. Los combates duraron cinco días, desde el 1 hasta el 6 de abril, cuando, comprobado el fracaso, se disolvió la fuerza de maniobra.

De nuevo Mera tomó el mando de la XIV División, de la que se había hecho cargo como jefe accidental el coronel Valcázar.

En la batalla de Brunete, la participación de la XIV División como fuerza de refresco no podía, en modo alguno, decidir una situación que era de fracaso. Si la actuación de la XIV División de Cipriano Mera no fue brillante, tampoco se distinguió por méritos propios la 11 División de Líster, cuyas fuerzas, después de resistir un duro castigo del enemigo, acabaron perdiendo la moral y emprendieron la desbandada. La desmoralización se contagió a las fuerzas de Mera, que a su vez se retiraron desordenadamente. Después de la retirada se comprobó que, en los contraataques desencadenados en los días 25 y 26, las bajas, a pesar de ser muy elevadas, lo fueron sólo en heridos, por lo que se pudo comprobar que la anormal desproporción había sido provocada por la retirada.

José Luzón Morales, que mandaba en la batalla de Brunete la 70 Brigada Mixta de la XIV División, dio parte al jefe del Ejército del Centro de que Valentín González «El Campesino» había difamado a sus tropas acusándolas públicamente de cobardía. Hubo que suavizar el rencor entre ambos mandos, resentimiento que procedía, aparte de aquellos acontecimientos infortunados, del enfrentamiento de sus opuestas ideologías, ya que «El Campesino» era comunista y Luzón anarcosindicalista convencido y uno de los más leales colaboradores de Cipriano Mera.

Cuando se procedió a la reorganización del XVIII Cuerpo de Ejército quedó vacante el mando del IV Cuerpo de Ejército que había desempeñado el teniente coronel Enrique Jurado Barrio, en el que tenía como jefe de Estado Mayor al coronel Muedra y figurando como Comisario del mismo Sebastián Zapirain. El mando del IV Cuerpo de Ejército fue entregado a Cipriano Mera como expresión de reconocimiento al duro castigo sufrido en Brunete por su XIV División y a los méritos de Mera. Cipriano Mera fue ascendido a jefe de Cuerpo de Ejército en octubre de 1937.

Era la primera vez que un anarcosindicalista, procedente de las Milicias, llegaba a jefe de un Cuerpo de Ejército.

## Testimonio del teniente coronel José Manuel Martínez Bande

Servicio Histórico Militar.

*Mi estimado amigo:*

*Siempre es difícil juzgar a los hombres, nunca seres de una sola pieza y sujetos constantemente a circunstancias exteriores complejas. La dificultad aumenta cuando el hombre en cuestión no es conocido de modo personal y sí sólo por una serie de actos, apenas perfilados.*

*Cipriano Mera, a través de su general referencia, tiene su historia «antigua», de albañil de oficio, anarquista y agitador. Nada más sé de él en esta etapa.*

*Su historia «media» arranca del 18 de julio de 1936. A partir de ese día, el agitador peligroso, el hombre de acción, sigue su línea, es decir se va al frente. (Pudo seguramente enroscarse en la retaguardia y sestear en política, como García Oliver, pero no lo hizo.) Pelea por tierras de Cuenca, Toledo, Somosierra, Gredos, y luego en Madrid en los días duros de noviembre de 1936; finalmente queda en tierras de Guadalajara -batalla de este nombre-y ya casi sin interrupción hasta el final de la lucha. Manda la XIV División y luego el IV Cuerpo de Ejército.*

*Para mí es muy delicado valorar el comportamiento de los jefes del Ejército profesional español que estuvieron en el bando revolucionario, pues carecieron de medios para actuar, de fuerzas regulares auténticas, con solera, instrucción y eficacia, no siendo difícil adivinar su final hoja de servicios de*

*haber estado en el otro bando; pues Juan de Herrera no hubiese podido levantar El Escorial sin haber tenido canteros, carpinteros, herreros u otros artesanos.*

*Tratándose de jefes procedentes de milicias, la dificultad sube de punto. ¿Qué podían hacer? Apenas si lucir y explotar bien unas condiciones innatas de hombres de guerra, si es que las tenían, y el perfeccionamiento de las mismas en los años de «práctica» de una lucha de verdad. Ello no quiere decir que entre los mandos de base miliciana no hubiera algunos que alcanzaran indudable brillantez.*

*Cipriano Mera supo evolucionar dentro de lo posible y comprender que un Ejército es organización, disciplina y sacrificio ante todo. Ese tuvo que ser, sin duda, su mérito principal. En la batalla de Guadalajara no ejerce un papel estelar, pero cumple a la perfección su cometido. En Brunete no tiene tiempo de intervenir, aunque se le haya echado en cara su pretendida pasividad. Ello es inexacto y en mi libro sobre dicha batalla creo haber puesto los puntos sobre las «íes». Modesto ha sido aquí su principal acusador, pero Modesto era comunista y, como tal, políticamente parcial y tendencioso, y ello trae aquí a colación el contraste entre dos comportamientos, en lo que sí quiero explayarme. Tan alejado estoy de una como de otra mentalidad, no niego que el anarquismo tiene una cierta apreciación de la persona humana, ausente en el marxismo. De aquí que un anarquista pueda estimar determinadas calidades personales, entre ellas el culto a la verdad, atropellada sistemáticamente por el marxismo y los marxistas (llámense sinceramente comunistas o ambiguamente socialistas). Los comunistas españoles que han escrito sobre nuestra guerra han sido implacables con sus enemigos. Cerdán, Modesto, Líster, la Ibarri están de lleno en esa línea, clásica entre ellos. Si alguno puede parecer sincero es porque realmente dejó de ser comunista (Tragüena). Los otros ignoran a quienes siendo un día camaradas renegaron de su pasado, aunque se*

*portaron bien en las batallas; y si no los ignoran, los cubren de Iodo. Este último es el caso de «El Campesino»; y dentro de la táctica de la ignorancia, pongamos a Castro Delgado. Por contraste, el autobombo o el bombo al compañero ortodoxo que no se desvía de las líneas del Partido es absoluto. Cipriano Mera es todo lo contrario de esto. Deja España, se establece en París, trabaja en su oficio como un obrero más, vive austeramente y desdeña el oropel. Es su historia «moderna», según mis vagas noticias, ya que carezco de otras, salvo una que citaré.*

*Cuando decidí escribir mi libro Los cien últimos días de la República tropecé con una anécdota algo extendida que me pareció, por lo menos, no verosímil. Según ella, Cipriano Mera se encontraba en Madrid cuando la sublevación de Casado y el inmediato contragolpe comunista, y ante la situación gravísima en que quedó la Junta de Defensa, casi prisionera y realmente cercada dentro de la capital, decidió, en un rasgo de audacia y de valor extraordinario, llegar a tierras de Guadalajara donde estaban «los suyos» del IV Cuerpo de Ejército, poderoso y de absoluta confianza, a fin de que avanzara sobre Madrid para aplastar a los comunistas. Se vistió de paisano y atravesó por dos veces las líneas enemigas. ¿Cómo? Esto era lo casi inverosímil.*

*Para dar con la realidad, escribí a Cipriano Mera a París. Estoy seguro de que un marxista hubiese aprovechado la ocasión para alzarse aquí un pedestal y subirse a él; pero Mera no lo hizo. Me escribió una carta muy sencilla, con caligrafía más sencilla aún, negando el hecho. No; él no había llevado a cabo semejante proeza.*

*Ha pasado el tiempo y los hombres de la guerra -que forman «mi» mundo, el mundo en el que trabajo desde hace tantos años, aquel que me rodea de continuo-se han ido o ya se van yendo. Cipriano Mera acaba de fallecer cuando escribo estas líneas. Ha vivido en París, con su retiro de albañil y su modestia personal tan sincera. Quiero adivinarle más allá de*

*todo recuerdo de la guerra, de todo revanchismo, tan comunista. No sé si acertaré. Pero yo, dentro de ese «mi» mundo de que hablo, encuentro un cierto placer cuando veo que algún combatiente español -del bando que sea-es fiel a unos valores humanos, ya que éstos son siempre supremos. Es un afán personal, que desearía tuviesen todos aquellos que entre 1936 y 1939, «jugamos» trágicamente a matarnos.*

*Firmado: JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ BANDE.*

### Testimonio de Fidel Miró

*Autor, entre otras obras, de El anarquismo, los estudiantes y la Revolución; Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades.*

*Estimado amigo: ¡Qué más quisiera yo que poderte hacer un buen retrato moral, tal como ese pequeño gran hombre merece! No rehúyo tu encargo, pero es que no estoy en condiciones de hacerlo. Sé de Mera lo que casi todo el mundo conoce. Yo lo conocí en París en 1959. Antes no había tenido ocasión de tratarlo. Después lo he visto tres o cuatro veces más, en mis viajes de los últimos cincuenta años, pero lo traté poco, muy poco. Mera es uno de esos, no pocos, de los muchos militantes que dieron prestigio, grandeza moral, consecuencia ideológica y ejemplo individual con su permanente disposición a sacrificarlo todo por la causa de los trabajadores, por las ideas y por el mejoramiento humano.*

*Fue uno entre los más destacados de esos hombres que no vivían para ellos sino para los demás, dispuestos en todo momento a cualquier clase de sacrificios, sin miedo a ofrendar la propia vida, y bien a menudo la libertad personal,*

*por servir a la causa de emancipación a que se habían entregado en cuerpo y alma.*

*Pequeña estatura y gran corazón, de la mejor calidad humana y un valor personal a toda prueba. Relativa, por no decir escasa, cultura. Autodidacta como tantos de nosotros. Cultura hecha a base de quitarle horas al descanso y en las estadías en las cárceles de España. Como tantos y tantos otros. Siempre en primera fila de combate sin esperar recompensa personal alguna. Sencillo, modesto en grado sumo, en todo momento, aun después de la famosa batalla de Guadalajara, en cuya victoria tanto contribuyeron él y los hombres que le seguían, la mayoría de ellos de igual condición que él, simples trabajadores manuales, del taller, el campo o la mina, inspirados por las mismas ideas, por idénticas ansias de redención social y humana, por su predisposición al sacrificio impulsado por el ardiente anhelo de libertad, dignidad y bienestar para todos.*

*En múltiples ocasiones dio prueba de ese temple de luchador idealista. Cuando en los campos de concentración del Norte de África fue a verle un delegado del J.A.R.E., Ossorio Tafall, para brindarle la oportunidad de sacarlo de ahí y llevarlo a Francia o América, teniendo en cuenta su condición de teniente coronel, a lo que Mera le contestó: «Eso fue; mas hoy vuelvo a ser uno más entre todos éstos, sin más mérito que cualquiera de ellos y, por tanto, también sin más derechos. Por tanto, me quedo.»*

*Firmado: FIDEL MIRÓ.*

## Capítulo VII

### El último combate de Cipriano Mera

A últimos de febrero de 1939 se celebró en Madrid un pleno restringido de la CNT, al que asistieron los militantes de más relevancia y adictos a la Confederación. La convocatoria fue hecha por Eduardo Val y la invitación a la asistencia al pleno equivalía casi a una orden debido a la gravedad de los temas que se tratarían en relación con la que iba a ser la fase final de la guerra. Los reunidos alcanzaron, aproximadamente, la cifra de un centenar, y según testimonio de Gregorio Gallego, por aquel entonces teniente coronel y jefe accidental del Estado Mayor de la 50 Brigada Mixta, asistieron asimismo los representantes de la Prensa libertaria, García Pradas, director del órgano «CNT» y su compañero de tareas periodísticas Manuel Villar, el de «Castilla Libre» y «Frente Libertario».

Entre otros jefes militares se encontraban en el pleno el jefe del IV Cuerpo de Ejército, Cipriano Mera; el jefe de la XIV División, Rafael Gutiérrez Caro, y José Luzón Morales, que estaba al mando de la 70 Brigada Mixta.

El pleno fue convocado para dar cuenta de la misión llevada a cabo por tres comisionados a los que se había encargado ponerse en contacto con el Comité Nacional de la CNT, buscándole primero en Cataluña y después en Francia, adonde el Ejército, después de su derrota, se había refugiado. Los tres comisionados, en representación de las tres ramas del Movimiento Libertario, la CNT, FAI y Juventudes Libertarias, habían sido Juan López, Manuel Amil y Eduardo Val.

Juan López, en nombre de los otros dos, hizo uso de la

palabra después de un breve preámbulo de Gregorio Gallego, como secretario, y de Manuel López. El comisionado Juan López expuso, entre otros puntos, algo que, por inusitado pero permanente en el subconsciente de los más, provocó en los reunidos el mismo efecto de un rayo en su descarga en muchos de aquellos temperamentos de dinamita. La revelación del suceso fue el que había referido Manuel Amil, el cual, viajando en el avión de regreso con unos militares del PC, había sorprendido en su conversación el comentario sobre los propósitos del doctor Negrín de dar un golpe de Estado y quitar del Ejército a todos los mandos militares que no pertenecieran al PC o no resolvieran afiliarse a su organización.

Se desencadenó de inmediato ante tal supuesto una tempestad de exaltadas polémicas. Independientemente de la veracidad de la sospecha del receloso e intrigante Manuel Amil, de quien así opinaba el propio Gregorio Gallego en su artículo publicado en la revista «Historia y Vida»: «La CNT acuerda sublevarse contra el doctor Negrín», la información del caso puesto en conocimiento de la militancia asistente al pleno irritó a todos los presentes, reavivando su rencor contra los comunistas. La posibilidad, hipotética todavía, de que los comunistas se apoderaran totalmente de los mandos del Ejército, maniobra y táctica que venían desarrollando concienzudamente desde la fundación del «Quinto Regimiento» por el comunista Castro Delgado, con paulatina exclusión de los jefes de origen anarcosindicalista, presuponía la inmediata puesta en práctica en Madrid del establecimiento de la dictadura del proletariado, sistema político que llevaba implícita, entre sus primeras y drásticas medidas, el exterminio técnico de todos los anarquistas, como así había sucedido en la Revolución rusa. El pleno, en consecuencia, se transformó en una caldera a punto de explotar por exceso de presión. Se desataron las más enconadas opiniones que degeneraron en la bizantina

discusión de considerar qué régimen era más implacable para la libertad humana, puestos a elegir entre una dictadura fascista y una dictadura marxista estalinista. García Prada, el periodista exaltado y a veces casi demencial por hiperbólico apasionamiento demagógico e inmoderado, gritó que la misión que a todos les tocaba llevar a cabo era, primeramente, la de acabar con los comunistas y después colocar la garganta en el filo de la espada de los vencedores franquistas. Quizá sólo fueran sus palabras fruto emocional desenfundando la fantasía metafórica y oratoria y que, con el paso de los días y la desesperanzada realidad de la gran ilusión perdida, acabara resignándose a salvar la vida, siempre estimable, hasta para aquellos que supieron darla generosamente.

El pleno decidió, por mayoría abrumadora, oponerse y rechazar por principios ideológicos todo sistema dictatorial que tratara de aniquilar la facultad del libre albedrío del ser humano en su búsqueda de la libertad personal en el desenvolvimiento de su emancipación humana, moral e intelectual.

Estaban, por tanto, todos dispuestos a librar la última batalla no por la victoria imposible, sino por dar fe de permanencia de una Idea, ya que no de la realización posible de su ensueño de la Libertad.

Posteriormente, terminado el pleno, los jefes militares de la Confederación se reunieron de nuevo en la sede del Comité de Defensa, en la calle Serrano, a donde se había trasladado desde su anterior residencia en la calle de la Luna.

En aquella segunda reunión convinieron todos, dirigentes y mandos militares, que la resistencia había tocado a su fin. Llegar al paroxismo de una defensa numantina pareció al sentido común de todos ellos un inútil y brutal sacrificio de vidas humanas totalmente estéril. Pero se decidió evitar a toda costa que Negrín entregase el poder a los comunistas y

de no poderse evitar tan nefasto suceso, opinó Eduardo Val, que, entonces, se enfrentarían con las armas a los que quisieran implantar la dictadura del proletariado que en Rusia se había transformado en dictadura sobre el proletariado. La consigna dada a los presentes fue la de estar atentos a la noticia próxima de la constitución de una Junta de oposición a los designios de Negrín. Llegado el instante decisivo, los jefes militares deberían apoderarse de los mandos de las unidades y apresar a los «negrinistas» sin vacilaciones. En el momento de tomar tales decisiones y dar por terminada la reunión, todo el Movimiento Libertario quedaba alerta y formando un solo bloque en sus tres ramas de luchadores, en pie de guerra para librar el último combate por la Libertad.

Para ensombrecer las perspectivas y contribuyendo a irritar los ánimos de los confederales se había averiguado que los comunistas disponían de 700 toneladas de dinamita en la capital, con el propósito de volarla a la entrada de las tropas de Franco, y presentar, después de su destrucción, a la capital de España como víctima del fascismo internacional, destrucción que se habría llevado a cabo en cuanto se produjera la ofensiva final para la conquista y toma de Madrid, a la que se había reservado un final atroz y apocalíptico. Y todo esto no estaban dispuestos los anarcosindicalistas a tolerarlo en modo alguno.

Aunque durante el mes de febrero se había comentado mucho la entrevista celebrada por Mera, en su puesto de mando de Alcohete (Guadalajara), con el presidente del Gobierno, doctor Negrín, Cipriano Mera, con su habitual reserva, no había facilitado una sola palabra sobre la misma ni a sus más incondicionales. Lo que Mera le dijo a Negrín fue revelado más tarde, terminada la guerra, por el propio Mera, en carta dirigida al «SERE», cuando se encontraba confinado, como refugiado político, en el campo de Morand, en el norte de Africa. La conversación sostenida con el doctor Negrín, presidente del Gobierno de la República, fue como el mismo

Mera escribió, del tenor siguiente:

«Días antes de la sublevación comunista solicité, por medio del coronel Casado, una entrevista con el presidente del Gobierno, señor Negrín, por no caer en un hecho de indisciplina, cosa que siempre fue mi anhelo. La entrevista tuvo lugar en mi puesto de mando de Aícohete (Guadalajara). El señor Negrín venía acompañado de su secretario particular, y del señor Julián Soly, ayudante de Modesto del PC. Nos reunimos el señor Negrín, el coronel Casado, Feliciano Benito y un servidor.

»Expuse a todos el motivo de la entrevista, recordándole al señor Negrín que el día 6 de setiembre de 1938 le envié un informe particular denunciándole las traiciones que venían cometiendo en las unidades del Ejército los elementos pertenecientes al PC.

»Me manifestó haberlo recibido y que ordenó abrir una investigación, cuyos resultados no han sido conocidos por el jefe del Ejército del Centro ni por mí. En este momento le entregué una copia del referido informe que recibió el señor Negrín sin comentario alguno.

»Le dije al señor Negrín que iba a hablarle como un hijo habla a su padre.

»Si usted, le dije, sigue siendo socialista, deberá ser el primer convencido de los propósitos que abraza el PC, que no son otros que apoderarse de todos los mandos del Ejército, dar un golpe de Estado y conseguir dar la sensación al mundo de que el PC resistía hasta el último momento y que anarquistas, socialistas y republicanos y demás sectores políticos eran agentes provocadores. Si para la salvación de España -continué- es necesario el sacrificio personal de los hombres destacados, me pongo a su disposición. Considero grave error decir al pueblo que resista cuando se tiene la

seguridad de que todo está perdido. Y lo demuestra el hecho de que los que más gritaban a la resistencia ponían a salvo sus familias y capitales enviándolos al extranjero. Hay que añadir a esto el mal alimento y la derrota moral del Ejército.

»Para que no creyera que estas manifestaciones eran hijas de la pasión, le invité a visitar las líneas que teníamos establecidas, perfectamente fortificadas, refugios seguros, polvorines subterráneos, etc.

»En el transcurso de esta entrevista con el señor Negrín, le indiqué que a mi juicio sólo había tres soluciones para salvar a España, si no de una manera total, por lo menos moralmente, y eran: la del coronel Casado, que la expuso seis meses antes en la Agrupación de los Ejércitos (en Valencia), que consistía en crear una línea apoyada en el río Segura para tener siempre un puerto a nuestra disposición y hacer una selección de todo nuestro Ejército que no excediera de 80.000 hombres y, como es natural, acumulando el abastecimiento que todo este Ejército precisara, tanto en material bélico como en abastecimientos. La segunda era la de quien esto suscribe: consistía en despertar la moral de nuestro Ejército a base del rompimiento de todos los frentes y pasar del Ejército organizado, a la creación de las grandes guerrillas, acumulando todas las reservas en un sitio estratégico para caer sobre el punto donde se hubiera operado con mayor éxito. No me creo precisado a extenderme en consideraciones porque creo que habéis vivido la guerra. La tercera consistía en que el Gobierno, con plena responsabilidad, parlamentara con el enemigo sin necesidad de valerse de emisarios extranjeros, con objeto de salvar el mayor número de vidas del proletariado militante.

»Pasemos por alto el silencio con que respondió el señor Negrín a todo lo expuesto y cuya única réplica fue el querer dar un golpe de Estado para anular a todos los que no comulgábamos en el comunismo político y presentarnos a la

faz del mundo como agentes provocadores.

»Como el señor Negrín, autor de la política nefasta que dio al traste con la guerra y con infinidad de buenos compañeros, es el mismo que maneja y dirige la política del "SERE" es por lo que renuncio, no sólo a los beneficios personales, sino incluso al trato de todo aquello que se relacione con mi persona.

»Para terminar, soy el refugiado político número 111 del Campamento de Morand, campo donde hace unos días nos ha visitado Ossorio Tafall (comisario general del Ejército de Tierra), con quien he sostenido una corta conversación. Empezó extrañándose de que me encontrara en este campo y con una serie de tonterías, a las que di término contestando que deben darse cuenta los del "SERE" de que los millones en oro que éste posee y, principalmente Negrín, son del pueblo español, que luchó por su independencia, regando con su sangre el suelo patrio, y no de cuatro avisados que sólo merecen el desprecio de toda persona de conciencia recta.

»Nada, pues, me une al "SERE". Me debo a mi sindical y a mis ideas, de cuyo Comité Nacional recibiré todas las instrucciones y todo lo relacionado con mi persona, como hombre y como refugiado. Con el "SERE"... ni una palabra.

Firmado: CIPRIANO MERA.»

\*

Segismundo Casado, coronel jefe del Ejército del Centro, sostuvo durante el mes de diciembre de 1938 una entrevista con el cónsul inglés al objeto de conocer la opinión internacional respecto a la guerra de España. Con idénticos motivos, facilitándoselos con el pretexto de una comida

ofrecida en Jaca a M. Stevenson, Vandervelde, Attlee y al famoso escritor antifascista Romain Rolland, expuso, para tantearles, su pesimismo sobre el resultado de una guerra que, como militar, desde hacía tiempo había considerado perdida.

Con anterioridad y por mediación del comandante Orencio, de ideología socialista pero merecedor de toda su confianza, le envió a realizar una inspección al Ejército del Sur y observar cuál era el punto de vista de los combatientes sobre la prolongación de la guerra, cuyo futuro era cada vez más sombrío. Los resultados que le facilitó el emisario, como fruto de su recorrido, fueron que por tierras de Extremadura y Andalucía, el 80 % de los combatientes deseaban ardientemente la terminación de la contienda.

De todo ello y de su propia decisión, el coronel Segismundo Casado fue madurando en su espíritu la idea primero y luego el proyecto y el propósito, cada vez más firme, de dar fin a una guerra que daba por perdida y cuyas dramáticas consecuencias se acrecentarían cuanto más se prolongara.

La pérdida de Cataluña acabó por decidir como razón culminante y decisoria a Casado que, al mismo tiempo, coincidía en sus propósitos con otra personalidad que desde los comienzos de la contienda había tratado, en toda ocasión, de evitar que prosiguiera. Se trataba de don Julián Besteiro, quien sufriendo por la lucha fratricida de los españoles quería terminar con una guerra que consideraba irracional. Las circunstancias que implicaban la importante pérdida de Cataluña, la huida del Gobierno y la dimisión del presidente de la República, don Manuel Azaña, habían sido hechas públicas por los periódicos el día 2 de marzo. Derrotado el Ejército con la pérdida de Cataluña y huido el Gobierno a Francia, el doctor Negrín, de acuerdo con Alvarez del Vayo, había regresado a España con Dolores Ibarruri, «La Pasionaria», y Enrique Lister. El mismo día 10 de marzo se

celebró Consejo de Ministros con motivo de la dimisión del presidente Azaña, dándose a su terminación la noticia a los periodistas sobre la dimisión presidencial, que se publicó el siguiente día 2. Añadiéndose a la noticia que «el artículo 74 de la Constitución de la República Española establece que el Presidente del Parlamento asumirá las funciones de la Presidencia de la República si ésta quedara vacante. En su virtud, ha pasado a ocupar la Jefatura del Estado el Excelentísimo Sr. D. Diego Martínez Barrios. El Gobierno estudia las medidas para el cumplimiento de lo dispuesto en los artículos 68 y 74 de la Constitución».

Los citados artículos 68 y 74 de la Constitución de la República determinaban que se convocarían elecciones presidenciales en el término de ocho días, las cuales habrían de celebrarse en el término de treinta días.

Sin embargo, a pesar de que el doctor Negrín requirió al señor Martínez Barrios para que ocupase la vacante de la Presidencia, éste se encontraba en el extranjero e hizo caso omiso a las reiteradas llamadas del doctor Negrín.

En estas circunstancias, el doctor Negrín abandonó Madrid con todo el Gobierno, trasladándose a Levante, quedando en la capital de España el coronel Casado. Sin embargo, se celebró una entrevista entre Negrín y Casado sin que concertaran acuerdo alguno, pues Casado se mostraba partidario de negociar la rendición con el enemigo con el solo objetivo, considerado por él como supremo, de conseguir la paz y fin de la guerra, esperando, no obstante, templanza en el comportamiento de los vencedores con los vencidos. Como consecuencia de los desacuerdos entre ambos, Negrín regresó a Valencia, donde se reunió con el Gobierno, decidiendo la destitución inmediata de Casado como jefe de los Ejércitos del Centro, así como también del general Matallana en la Agrupación de los Ejércitos, sustituyéndoles por los comunistas Líster y Modesto. Ni Casado ni Matallana se sometieron a la destitución, siguiendo, por tanto, Casado

mandando en Madrid como jefe absoluto.

Los acontecimientos abocaban a la precipitación de los sucesos ulteriores que, por su parte, Segismundo Casado ya tenía previstos. La ruptura con el Gobierno era, pues, un hecho y necesario hacerla pública. Casado, lo mismo que Matallana y Cipriano Mera, veían el fin de la guerra, la derrota y el triunfo de los vencedores, pero abrigaban la esperanza, falta de total objetividad y de sentido de la realidad en el conocimiento del adversario, aguardando por parte de éste cierta generosidad en compensación por impedir el triunfo de los comunistas. Por ello, todo cuanto hasta entonces se había hallado invisible y soterrado contra la creciente intrusión en los resortes del poder por parte del PC se materializaba y adquiría realidad para oponerse resueltamente a sus militantes mediante el golpe militar que había estado incubando Segismundo Casado. Iba a crearse el Consejo Nacional de Defensa, con el asentimiento de la Federación Regional del Centro, para desarticular el poderío comunista mediante el Comité de Defensa de la CNT, integrado por Eduardo Val, Manuel Salgado y García Pradas.

El día 5 de marzo de 1939, a las nueve menos cuarto de la noche, penetraron en el Ministerio de Hacienda Eduardo Val, García Pradas, Manuel Salgado, González Marín y Manuel Amil, quienes bajaron a los sótanos donde estaba instalado el Cuartel General del Ejército del Centro. Se encontraban allí periodistas nacionales y extranjeros, los cuales acudían todas las noches a recoger las últimas noticias. Como entre ellos se hallaran también periodistas de diarios comunistas, García Pradas, para evitar que lo que debía suceder dentro de poco fuera transmitido al exterior antes de tiempo, advirtió a Casado que era aconsejable prohibir terminantemente la entrada en el edificio o salida del mismo de ninguna persona a partir de aquel momento. Al mismo tiempo se prohibió hacer uso de los teléfonos. Casado obedeció la sugerencia de Pradas instantáneamente. También se encontraba aquella

noche histórica en los mismos sótanos el anciano general Martínez Cabrera, que paseaba arriba y abajo, nervioso y malhumorado. Al poco llegaron a reunirse con los anteriores conjurados Wenceslao Carrillo, Julián Besteiro y Miguel San Andrés. Reunidos todos a puerta cerrada con el coronel Segismundo Casado, se procedió a la creación del Consejo de Defensa, distribuyéndose los cargos de consejeros. Seguidamente se procedió a leer los manifiestos por el micrófono de «Unión Radio». Fue entonces cuando llegó Cipriano Mera, acompañado de su amigo y jefe de su Estado Mayor, el comandante Antonio Verardini. Inmediatamente ambos se presentaron a Casado, comunicando Mera que, a no tardar, llegaría la 70 Brigada de la XIV División para secundar la sublevación contra Negrín y para respaldar la creación y anuncio por radio a toda España y al mundo entero, de la formación del Consejo Nacional de la Defensa. Pero era peligroso proceder a la lectura por radio de los manifiestos respectivos sin contar con la 70 Brigada Mixta, que ya se estaba retrasando. Pero a las once y media de la noche llegaron los batallones confederales de la 70 Brigada, al mando de Bernabé López. Las fuerzas fueron distribuidas estratégicamente, y una compañía, al mando del capitán Septien, ocupó el Ministerio de Hacienda, pasando seguidamente a comunicarle a Casado el cumplimiento de la orden.

Cumplimentada ésta, se cerraron a cal y canto las puertas del Ministerio, y a las doce en punto, cuando se iba a dar el parte diario de guerra, fueron todos los miembros del recién creado Consejo Nacional de Defensa al departamento de los sótanos del mismo Ministerio donde se hallaba instalado el micrófono correspondiente al Cuartel General y que conectaba con «Unión Radio» y «Radio España». Era el locutor de «Unión Radio» Augusto Fernández Sánchez, comandante de carabineros. Había regresado a Madrid desde Alicante, donde había permanecido hasta entonces en la finca

de Negrín, pero le sorprendió la madrugada del 5 al 6 de marzo en la capital y, a la vista de los acontecimientos en los que el azar le había involucrado, consideró más prudente abandonar a Negrín y ponerse al lado del Consejo Nacional de Defensa. Quedóse mudo de asombro cuando al terminar de leer el parte de guerra, se retiró y se acercó al micrófono don Julián Besteiro, encorvado por el sufrimiento de su enfermedad y el peso de los años, y habló, dirigiéndose a todos los españoles, a los que anunció la creación del Consejo Nacional de Defensa, con voz emocionada y el rostro surcado por finas arrugas. Al término de su emocionada y enérgica alocución, Julián Besteiro lloraba.



Alocución de Cipriano por radio. Constitución del Consejo Nacional de Defensa

Seguidamente habló Miguel San Andrés; luego Mera y después Segismundo Casado. Cipriano Mera dijo:

«Trabajadores antifascistas, españoles con dignidad: Un hijo del pueblo, carne de su carne y sangre de su sangre, militar porque desde julio de 1936 siente y cumple con el deber ineludible de empuñar las armas para la defensa y la libertad de su patria, se dirige a vosotros con el corazón y la conciencia en los labios, para explicaros con toda sencillez la trascendencia de la actitud que con toda responsabilidad asume en este momento histórico.

»La derrota sufrida por las armas antifascistas en Cataluña me ha resultado, además de dolorosa, inexplicable, mientras no he tenido el convencimiento de que fue precedida por la traición de unos hombres dispuestos a vender a precio de oro y de orgía la sangre generosa del pueblo español. La traición aludida que nos hizo perder pedazos de nuestra Patria, que ha estado a punto de dar al traste con el movimiento obrero español y que ha puesto en peligro la dignidad del antifascismo que es nuestro interés moral de mayor valía, ha culminado en la actitud alevosa y criminal de Juan Negrín, gobernante indigno de los combatientes y de los trabajadores, cuya política personalista le ha hecho incompatible con los Ministerios de su Gabinete y no tiene más finalidad que la de hacer un alijo con los tesoros nacionales y huir, mientras el pueblo queda maniatado frente al enemigo.

»Durante las últimas veinticuatro horas ha sucedido todo lo que puede suceder donde hay gobernantes traidores a sus promesas, a su pueblo y a todos los principios ideológicos y morales. Esto nos ha creado una situación delicada, ante la cual, este militar que os habla, con la emoción que le produce el recuerdo de su vida austera y dura de trabajador manual, piensa que sólo se puede servir disciplinadamente a quien sirve a su Patria y que es indispensable enfrentarse con quien la roba, la vende o la traiciona. Las tres cosas ha hecho, como gobernante perjuro y desaprensivo, el doctor Negrín, y Cipriano Mera, albañil ayer y hoy uno de los jefes

del Ejército del Centro, pero siempre leal hijo del pueblo, al pueblo debe y quiere defender. Por eso se une a estos hombres de buena voluntad y de historia inmaculada, representantes del pueblo antifascista, que constituyen el Consejo Nacional de Defensa y por eso también con toda su gente sobre las armas, y el pensamiento en la dignidad antifascista y de la Patria, os grita desde Madrid, desde este noble corazón del mundo: a partir de este momento, conciudadanos, España tiene un Gobierno y una misión: la paz. Pero la paz honrosa, basada en los postulados de justicia y hermandad. Estas palabras no son para vosotros, sino para toda España, pero si, por desgracia para todos, nuestra paz se pierde en el vacío de la incomprensión, también os digo serenamente que somos soldados y como tales estamos en nuestro puesto hasta sucumbir defendiendo la independencia de España.

»¡Trabajadores y combatientes! ¡Antifascistas dispuestos a morir por el honor de nuestra causa! De cara, a los traidores y todos los enemigos. ¡Viva la España invicta, independiente y libre! Todos en pie de guerra por la vida y el honor del pueblo que nos dio la misión de defenderle. ¡Viva su Consejo Nacional de Defensa!»

El reto a los comunistas estaba lanzado. Cipriano Mera, aun en sus deseos de llegar a una paz honrosa, estaba dispuesto a proseguir la guerra si las condiciones no eran aceptables y en las que fundamentalmente se pretendía evitar una represión sobre la gran masa de la militancia confederal. De lo contrario, no hubiese vacilado en seguir luchando, ya que en caso de desacuerdo con Casado no le hubiese sido difícil asumir, con toda responsabilidad, la Jefatura de los Cuerpos de Ejército del Centro, pero prontamente Casado procuraría que toda la poderosa energía de Mera quedara neutralizada en el Ministerio de Marina, con

la orden de no abandonarlo en modo alguno.

De lo que se trataba, por parte de muchos de los miembros del Consejo Nacional de Defensa, era negociar rápidamente la paz con el enemigo y, mediante las oportunas gestiones, conseguir algunas ventajas que resultaron ilusorias, ya que los mediadores de Franco, en las negociaciones que siguieron, no admitieron otro trato que la rendición incondicional sometiéndose a la magnanimidad del jefe del Ejército vencedor.

El Consejo Nacional de Defensa había quedado constituido el 6 de marzo de 1939 por las siguientes personalidades, que desempeñaron las correspondientes carteras gubernamentales: Defensa, coronel Segismundo Casado; Gobernación, Wenceslao Carrillo; Instrucción Pública y Sanidad, José del Río; Justicia y Propaganda, Miguel San Andrés; Comunicaciones y Obras Públicas, Eduardo Val; Hacienda y Economía, José González Marín. El Consejo fue presidido al día siguiente por el general Miaja como cabeza visible del mismo.

El plan de Negrín, se había dicho, consistía en la retirada desde Madrid a Levante, dejando atrás solamente la destrucción como tierra ganada por el Ejército de Franco. Tan sólo ruinas era lo que debían encontrar los vencedores. Se afirmaba que Madrid iba a ser volada. Se había ordenado la preparación de recipientes donde colocar la dinamita para situarlos en el alcantarillado de la ciudad y dispuesto el reparto y colocación de potentes cargas en el subsuelo de la capital. De ser así, estas atroces medidas ofendían el cariño que tantos sentían por la ciudad y que deseaban, en contraposición a tales propósitos y como reacción a las mismas, precipitar la rendición antes que sentirse cómplices pasivos de planes tan siniestros y radicalmente destructivos.

El largo y complejo proceso que siguió a la constitución del Consejo Nacional de Defensa, incluyó todo el forcejeo

realizado por Negrín para llegar a un acuerdo, pero fue en vano y derivó en los sucesivos enfrentamientos entre fuerzas comunistas y del Consejo.

Inmediatamente de haber sido radiada la constitución del Consejo comenzaron a sonar los teléfonos desde todos los puestos de campaña, comunicando y mostrando su adhesión, jefes de Cuerpo de Ejército, de División y de Brigada pedían hablar con Mera para ponerse a sus órdenes y ofrecerle su adhesión incondicional. Las felicitaciones eran entusiásticas y unánimes, pues todo el mundo había oído las alocuciones y la resolución de Cipriano Mera. Mientras, había sido enviado a Cartagena el teniente coronel de artillería Pérez Salas con la misión de sofocar la rebelión. Salas aplastó la insurrección. Era el día 6 de marzo. En Valencia, a la media hora de haberse formado el Consejo, Burillo se había apoderado de la ciudad. Jesús Hernández se salvó saltando por el balcón a la calle y escapando así de ser apresado. «El Campesino» no pudo ser hallado en parte alguna, pero se averiguó que al día siguiente se hizo afeitar la barba para no ser reconocido, y con este ardid no fue apresado.

En el Cuartel General, Segismundo Casado no se apartaba del teléfono. La red telefónica era el sistema nervioso del Consejo Nacional de Defensa.

En la mañana del día 6, aparecieron en las calles de Madrid las fuerzas de la 70 Brigada Mixta; gentes adictas a la Confederación, de mirada resuelta y con los cintos repletos de bombas de mano y armados todos ellos hasta los dientes, hombres todos ellos afectos a Cipriano Mera y decididos a oponerse a las tropas de filiación comunista tan pronto como entraran éstas en acción.

Algunas baterías fueron emplazadas en distintos puntos estratégicos de Madrid.

Al mismo tiempo, las fuerzas comunistas se disponían para la lucha. En Alcalá de Henares se encontraba la 300 División

de Guerrilleros, al mando de Santiago Calvo y de José Perelló, quienes se opusieron al Consejo Nacional de Defensa, de acuerdo con Guillermo Ascanio Moreno, jefe de la 8ª División emplazada en El Pardo. Los guerrilleros de la 300 sublevaron a su vez a la Base de Tanques de Alcalá y todos juntos iniciaron la marcha sobre Madrid, marchando en cabeza de las tropas, tanques y blindados. Por su parte, Ascanio también marchó con dos batallones de sus Brigadas. Pero sus preparativos llegaron pronto a conocimiento del Consejo. Entonces, Casado llamó al teniente coronel Bueno para que se opusiera al avance de las tropas que mandaba Ascanio sobre Madrid, pero Bueno se unió a las tropas comunistas. La sublevación de las tropas comunistas cundió rápidamente, encabezadas por el teniente coronel Luis Barceló, jefe del 1<sup>er</sup> Cuerpo de Ejército, al que los comunistas ascendieron inmediatamente a jefe del Ejército del Centro. En Torrejón de Ardoz, la 5ª Brigada de Carabineros, al mando del coronel Ortega, se unió a su vez a los guerrilleros y a los tanquistas que avanzaban hacia Madrid. Poco después cercaron la posición «Jaca», en la Alameda de Osuna, situada en el kilómetro 13 de la carretera de Aragón, donde les salió al encuentro con intenciones conciliadoras el teniente coronel Joaquín Otero con el propósito de hacerles desistir. El jefe de guerrilleros simuló aceptar, ordenando volver atrás a los tanques y blindados que marchaban en cabeza, a la vista de lo cual, Otero se despidió alejándose. Cuando hubo desaparecido, la 300 División de Guerrilleros volvió a colocar los tanques en cabeza de las tropas y prosiguió su avance hacia Madrid. Una patrulla de reconocimiento que marchaba más adelantada sorprendió en su avance al teniente coronel Otero y lo fusiló expeditivamente. Los que defendían la posición «Jaca», después de una breve resistencia, acabaron uniéndose a los guerrilleros. Drásticamente, los comunistas fusilaron en la Alameda de Osuna, donde estaba emplazada la posición «Jaca», al teniente coronel Pérez Gazolo, segundo

jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro y al teniente coronel Fernández Urbano, jefe de la Sección de Organización, de la misma forma que lo había sido el teniente coronel Joaquín Otero Gómez por la patrulla que se había adelantado al grueso de la fuerza. Los cadáveres fueron trasladados a El Pardo, donde fueron enterrados, y posteriormente hallados por las tropas de Casado, una vez dominada la sublevación. El día 7 de marzo, los periódicos publicaron la huida de Dolores Ibarruri, «La Pasionaria», Jesús Hernández y Líster, quienes, en aviones del Ejército del Aire, se trasladaron a Orán. Por su parte, Negrín y Álvarez del Vayo habían abandonado España refugiándose primeramente en Toulouse. Las tropas de Barceló generalizaron la lucha, que fue secundada por los focos comunistas existentes en el interior de la ciudad. Los más importantes de tales focos opuestos al Consejo eran las tropas concentradas en los nuevos Ministerios, que sumaban alrededor de una Brigada y que desde aquí se extendieron por diversos puntos de Madrid, la Castellana, Correos, el Retiro, levantando barricadas en la Puerta de Alcalá. Poco a poco, las tropas comunistas se habían ido adueñando de la capital, dejando casi cercado al Consejo Nacional de Defensa. En tanto, Cipriano Mera seguía casi enclaustrado en el Ministerio de Marina, pues el carácter indeciso de Casado y del propio Besteiro temían las decisiones del expeditivo jefe militar de ideología anarcosindicalista y preferían neutralizar su capacidad decisoria e influencia sobre sus propias tropas, temiendo lo que hubiera podido significar la victoria sobre los comunistas de un jefe militar tan indisolublemente unido a la CNT y a la FAI. Besteiro temía que las posibles intenciones de represalia contra los marxistas se hicieran extensivas a los presos de filiación franquista recluidos en las cárceles y cuyas consecuencias posteriores podrían frustrar de manera irremediable su indeclinable propósito de negociar la paz con el enemigo sometiéndose a las condiciones que exigiera el vencedor.

La lucha se generalizó sañudamente durante los días siguientes hasta el 13 de marzo. El Comité de Defensa, situado en la calle Serrano, 111, se vio cercado e impotente para enfrentarse a los tanques de las fuerzas comunistas que les disparaban. Durante cuatro días, 50 hombres permanecieron recluidos en el Comité de Defensa de la CNT, fusil en mano. Entre ellos se encontraba una luchadora de Guadalajara, Mika Etchebéhère, que ostentó el grado de capitán al principio de la contienda. (4)

La situación del Consejo Nacional de Defensa llegó a ser crítica. Los combates dentro de Madrid se recrudecían y Cipriano Mera, como un león enjaulado, permanecía sin poder intervenir en el Ministerio de Marina, con la orden terminante del mismo Casado de no abandonarlo con ningún pretexto. El día 9, las fuerzas comunistas se lanzaron a un violento ataque para tomar el Ministerio de la Guerra que retenían en su poder las tropas del Consejo, fracasando en su intento cuando los defensores, en una atrevida salida, diezmaron a los atacantes, dispersándolos y teniendo que retirarse con sus tanques.

Por fin, Cipriano Mera fue requerido urgentemente por Casado. La situación era tan difícil que le hacía imprescindible para que les salvara de la crítica situación en que se encontraban. Era perentoria la rápida venida a Madrid de las tropas de Mera para que acudieran desde Guadalajara a salvar al Consejo Nacional de Defensa.

En el Ministerio de Hacienda, después de conferenciar Eduardo Val con Segismundo Casado, se decidió confiar el Estado Mayor del Centro al comandante Antonio Verardini Díaz, quien trazó inmediatamente un plan de lucha dentro de Madrid. Por su parte, Cipriano Mera se fue al SIM para destituir sin titubeos a Pedrero, jefe del SIM, y a quien los anarcosindicalistas despreciaban por su vesanía. Pedrero había sido auxiliar de García Altadell, quien en su huida de

España, con un botín de joyas, fue detenido en Canarias por las autoridades nacionalistas, condenado a garrote vil y ejecutado. Pedrero fue sustituido inmediatamente por el cenetista Manuel Salgado. Como en el SIM estaba el servicio de comunicaciones del departamento, Mera cogió el teléfono y llamó a Guadalajara, donde al mando de sus fuerzas le sustituía Liberino González, afiliado a la UGT y viejo compañero de Mera, que por aquel entonces tenía el mando del 4º Cuerpo de Ejército. Cipriano Mera, con voz de trueno, gritó:

-¡Liberino! ¡Envíame a Gutiérrez con la 14! ¡Pronto! ¡Y que también venga Luzón! ¡Diles que encontrarán tropas comunistas en Alcalá! ¡Que peguen duro y sin contemplaciones! ¡Hay que aplastarlos sin titubeos! ¡Adelante!

Llegaron las tropas de la XIV División con sus luchadores broncos, supervivientes de tantas batallas, los cuales iban a librar el último combate de Cipriano Mera.

Luzón y Liberino González abrieron fuego en San Fernando de Jarama. Retumbaron los cañones y los hombres pasaron el río, después de haber saltado de las cajas de los camiones como fieras enjauladas. Atacaron «Jaca», obligando a los comunistas a replegarse hacia Chamartín. En las cercanías de Madrid se unieron los batallones de la XIV División, de la XIII y de la XXV, las tres integradas por anarcosindicalistas, y se dirigieron unas a la zona de Chamartín y las demás entraron en Madrid con sus dinamiteros en cabeza. La batalla fue difícil, casi salvaje, y duró, así podría decirse, desde la formación del Consejo el día 6 de marzo hasta el 13 cuando las tropas comunistas fueron vencidas de manera rotunda. La XIV División hizo en su último combate 4.000 prisioneros. La revuelta comunista había sido aniquilada. Su jefe, el teniente coronel Luis Barceló, fue condenado por el Tribunal Permanente del Ejército del Centro a la pena de muerte y fusilado. Algunos de sus seguidores consiguieron huir y

ponerse a salvo.

Se celebró en Madrid el entierro de las víctimas Pérez Gazolo, Arnoldo Fernández, Maldonado y Leal, con acompañamiento de centenares de personalidades y jefes militares adictos al Consejo Nacional de Defensa, que había triunfado en la lucha. Pero Cipriano Mera, que había decidido la situación cuando mayor era el peligro, había perdido su combate, hábilmente engañado por Casado, que ya no iba a necesitarle para negociar una paz para la que el adversario nacionalista no admitía negociaciones. Desde aquel momento, cuando los confederales exigieron a Casado que el 80 % de los miembros del Comisariado pertenecieran a la CNT, Casado no tuvo nada que objetar, puesto que daba por concluida la guerra tan pronto como se llegara a un acuerdo con los vencedores. Pero Cipriano Mera no estaba dispuesto a aceptar unas condiciones que no respetaran la vida de los vencidos ni aceptar tratos que no ofrecieran garantías firmes de cumplimiento. Por ello, a partir de la victoria del Consejo Nacional de Defensa y durante los días de marzo que fueron transcurriendo hasta el 10 de abril en que la guerra se dio oficialmente por terminada, la pugna entre los confederales y Julián Besteiro fue cada vez más violenta, puesto que los anarcosindicalistas querían, a toda costa, proseguir la lucha si las condiciones no eran honrosas, y por su parte, Besteiro quería aceptarlo todo para dar fin a la contienda sometiéndose a las exigencias del vencedor. El Consejo Nacional de Defensa, al fin, decidió la rendición, poniéndose a merced de la generosidad de los vencedores. El día 28 de marzo, Cipriano Mera, desalentado, ordenó a sus tropas que abandonaran las líneas y que todos sus hombres se pusieran a salvo marchando a los puertos de Levante. El día 29, el Ejército republicano estaba completamente desarticulado. El coronel Segismundo Casado había dado la orden de rendición total y que todo aquel que quisiera abandonar España se concentrara en Alicante para ser evacuado.

En realidad, de ese puerto, hacia las tres de la madrugada del día 29 de marzo, el buque «Marítima» levó anclas con sólo 40 personas seleccionadas a bordo.

Más de 10.000 combatientes se apiñaron en el puerto de Alicante esperando en vano los barcos prometidos para su evacuación al extranjero. El 30 de marzo, tropas legionarias italianas, mandadas por el general Gambará, ocuparon Alicante y cercaron el puerto, dejando cara al mar a los que esperaban los barcos salvadores. Pero los barcos que llegaron el día 31 transportaban fuerzas de la Legión que relevaron a los italianos e hicieron cautivos a cuantos se encontraban en los muelles, que vieron desvanecida su última esperanza de salvación. Aunque un barco de guerra francés se acercó al puerto de Alicante con el propósito de acoger a los que fuese posible subir a bordo, se lo impidieron en la entrada del puerto, cerrándole el paso, los barcos del Ejército nacional «Canarias», «Vulcano» y «Júpiter». Era el final.

El Consejo Nacional de Defensa había marchado el 28 de marzo por la mañana, por vía aérea, a Valencia. Se trasladaron sus miembros al puerto de Gandía, donde embarcaron en el «Galatea», que en seguida zarpó rumbo a Inglaterra, llevando a bordo a Segismundo Casado, Wenceslao Carrillo, el general Menéndez, Miguel San Andrés y a José del Río.

El general Prada, del derrotado Ejército republicano, llevó a cabo en sencilla ceremonia la entrega al coronel Capapé del Ejército que defendía el frente de la Ciudad Universitaria, así como el general Manuel Matallana tuvo que contraer la penosa responsabilidad de entregar los hombres a su mando a las fuerzas de Franco.

Julián Besteiro se quedó en Madrid, junto a una veintena de personas que le acompañaban, entre ellas jefes y oficiales del que había sido Ejército de la República, todos reunidos en el

sótano del Ministerio de Hacienda, desde donde posteriormente fueron conducidos por tropas nacionales a la prisión de Porlier, antiguo colegio de los Padres Salesianos.

Melchor Rodríguez, que había sido Director General de Prisiones, hizo entrega, por orden de Julián Besteiro, a las autoridades nacionales del Ayuntamiento de Madrid, al nuevo alcalde de la ciudad designado por Franco, don Alberto Alcocer.

El comandante de Brigada en Guadalajara, José Luzón Morales, Mariano del Valle, comisario de la XIV División, Antonio Verardini, comandante y jefe de Estado Mayor del IV Cuerpo de Ejército, y Liberino González, jefe accidental de la XIV División durante el período de vida del Consejo Nacional de Defensa, se pusieron a salvo marchando con Cipriano Mera hacia Orán, en el Norte de África.

La guerra de España quedaba atrás, pero siempre permanecería presente e inolvidable en el corazón de aquellos hombres.

Cipriano Mera había librado el último combate.

## Testimonio de Diego Abad de Santillán

Autor entre otras obras de *Por qué perdimos la guerra*.

*De mi mayor estima:*

*No he conocido a Cipriano en su juventud. Cuando lo conocí y traté -después de muchos años de ausencia de España-, era ya uno de los más firmes puntales del movimiento confederal en Madrid, rígido en su entrega al movimiento, firme en su posición combativa. Había allí otros compañeros meritorios, alguno de mayor calidad intelectual*

*que Cipriano, de más sólida formación doctrinaria. Colaboraban en nuestra prensa, se distinguían por su calidad oratoria; pero había algo en el albañil Mera que nos inspiró, de inmediato, la máxima confianza. Cuando se trataba de iniciativas que no podíamos llevar a asambleas públicas, recurríamos a él, a su buen juicio, a su sentido de responsabilidad y no nos sentíamos seguros, sino después de contar con él, con su aprobación o su intervención.*

*Es un hecho que el resurgimiento de la CNT en Madrid, desde la proclamación de la Segunda República, tuvo en Cipriano y en su gremio de la Construcción su resorte máximo. Su participación en la guerra es bien conocida, lo mismo que su refugio en África del Norte, después de la derrota, así como su entrega a los vencedores de la contienda, su condena y después su vuelta, en la emigración, al oficio de albañil. Mereció, por su conducta, el respeto y la admiración de propios y extraños, y por eso nos sentimos orgullosos.*

*Ha sido, en los últimos tiempos, casi forzado a revivir su pasado, que ha dejado -sin quererlo-, sin presunciones ni vanagloria, sus Memorias; pero aun sin esas memorias a que le obligaron los amigos, Cipriano era, para nosotros «y para muchos que no están con nosotros», un ejemplo humano de dignidad, de hombría de bien y de sentido justiciero. (5)*

*Cordialmente.*

*Firmado: D. ABAD DE SANTILLÁN.*

## Testimonio de Federica Montseny

*Estimado amigo:*

*Cipriano Mera era un hombre tosco, casi analfabeto. Se hizo a sí mismo a fuerza de voluntad, con tenacidad inaudita. No dejó jamás de ser lo que siempre fue: un albañil, alma y brazo del Sindicato de la Construcción de Madrid.*

*La guerra y la revolución que la acompañara lo llevó a ocupar puestos que rebasaban su simple calidad de militante obrero. Mera fue uno de esos casos raros, extraordinarios, que ha producido la tierra española. Llegó a ser jefe de un Cuerpo de Ejército.*

*Cuando se habla de la batalla de Guadalajara, de la epopeya de Brihuega, servilmente, sirviendo al habitual «montaje» de la propaganda comunista, sólo se cita a Líster. Algún día, la Historia hará justicia a Mera y a los hombres que él conducía, reconociendo que los verdaderos vencedores fueron Mera y sus formaciones confederales, que constituían la mayor parte de su División.*

*Su rudo semblante, como cortado a hachazos, era un símbolo vivo, una imagen inolvidable. Era el castellano puro, el campesino tosco y recio, el hombre de una pieza.*

*Cierro los ojos y evoco aquella madrugada siniestra en que Mera llamó a mi puerta, en el hotel Metropol de Valencia, donde estaba la Embajada soviética, cuyo embajador Rosemberg, enterado de que por haber salido la última de Madrid, en el momento de la salida del Gobierno de la capital, no tenía dónde alojarme, pusieron «gentilmente» unas habitaciones a mi disposición. Después comprendí el alcance de tan generosa oferta. Pero como no tenía posibilidad de alojarme en otro sitio, ya que todo estaba «completo», allí estuve hasta que encontré un pisito donde instalarme. Aquella madrugada, Mera llamó a mi puerta despertándome:*

*-Soy yo, Cipriano. Lo sabía en Madrid para donde había salido también Durruti, hacía unos días, en aquel noviembre trágico de 1936.*

*-¿Qué pasa? -pregunté angustiada, al abrir la puerta, presintiendo una mala noticia.*

*-¡Han matado a Durruti!*

*Quedé sin voz. Mera estaba pálido, venía cubierto de mugre, sin afeitarse, después de una noche entera de correr por las carreteras de Madrid a Valencia. Los dos lloramos. Pocas horas después, sin descansar, los dos salíamos de nuevo hacia Madrid, con misión de hacer frente a la situación creada a la columna Durruti y a la CNT, así como a la defensa de Madrid, con la muerte de Buenaventura.*

*Terminó la existencia física de Cipriano Mera, pero los hombres que vivieron la aventura excepcional que fue toda la vida de Mera, al morir, por derecho propio son incorporados a la Historia de un pueblo.*

*Queda a su disposición su compatriota y amiga.*

*Firmado: FEDERICA MONTSENY.*

## **Testimonio de Juan Carcía Oliver**

*Querido amigo:*

*Poco podría yo escribir sobre tan bueno y noble compañero, que tal fue Mera. No lo traté mucho por residir él en Madrid y yo en Barcelona. Cuando la guerra, mi estancia en la capital fue de unos pocos días. Él andaba entonces de guerrillero con otros compañeritos por los alrededores de Madrid, y yo, claro, era el «apestado» ministro de Justicia, de quien había que rehuir el contacto. Pero no se trata de hacer mi biografía, sino la de Mera. Bien, como ya debes saber, él fue ascendido a teniente coronel del Ejército republicano español, muy justamente por cierto, por*

*habérselo ganado a pulso, con valentía y capacidad. Cuando ya había ascendido, en un viaje que tuve que hacer a Madrid, Mera me pidió visitarlo en su puesto de mando, no recuerdo dónde y cuál era la parte, pero sí entre trincheras. Estuvimos platicando largo tiempo, cuando de pronto, Mera, muy serio, me dijo:*

*-Sabes, Juan, creo que eres el único compañero a quien deba dar explicaciones por vestir el uniforme de jefe del Ejército. ¿Te acuerdas del Congreso de la CNT del año 1936 celebrado en Zaragoza? ¿Recuerdas que cuando tú explicabas la Ponencia del Fabril de Barcelona, en la parte concerniente a la creación de un ejército revolucionario que proponías, yo te interrumpí gritando «que nos explique el compañero García Oliver de qué color quiere los entorchados y los galones», lo que fue causa de que todos los asistentes estallasen en risotadas? Sí, lo recuerdas, estoy seguro de ello. Lo que no sé es qué opinas ahora que estoy ante ti, vestido de militar, con galones de teniente coronel y haber tenido el valor de ser el primer militante confederal que aceptó la militarización. ¿Qué opinas, Juan?*

*-Mera, yo siempre he sido hombre de convicciones y lo que opinaba durante el Congreso de Zaragoza, sigo hoy opinando lo mismo. Claro, que si entonces mis puntos de vista, que eran también los del Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, hubiesen sido aceptados, la victoria fulminante que los cenetistas logramos en Barcelona y Cataluña la habrían obtenido también los demás compañeros de España y, a estas horas, no viviríamos la guerra que estáis haciendo, sino que habríamos triunfado en la revolución. Y lo más probable es que ahora ya serías general.*

*Los dos estallamos a reír y nos abrazamos.*

*Con lo que acabo de contarte hago honor, igualmente, a los militantes del Fabril y Textil de Barcelona, que de siempre fueron muy buenos compañeros y excelentes*

*anarcosindicalistas.*

*Un fuerte abrazo.*

*Firmado: JUAN GARCÍA OLIVER.*

## Testimonio de José Peirats

*Autor, entre otras muchas obras, de La CNT en la Revolución Española, Examen crítico-constructivo del Movimiento Libertario Español, Los anarquistas en la crisis política española.*

*Estimado amigo:*

*Conocí a Cipriano Mera por primera vez en el congreso de la CNT celebrado en Zaragoza a partir del 10 de mayo de 1936. Pero en un congreso no se puede conocer y después juzgar a un hombre. Lo que sí me permitió aquel comicio fue un estudio de la extensa muestra de temperamentos que adornan de mar a mar a los hijos de Iberia, comprendidos los insulares y los del Protectorado. Quienes llamaron mayormente mi atención fueron los asturianos y los carpetanos. A los aragoneses y a los andaluces ya los conocía, así como a los catalanes y a mis paisanos valencianos. Saqué una extraña impresión de los castellanos. Pero lo que en Zaragoza me parecieron cualidades de las personas, he sabido después que era peculiaridad de su etnia. Es decir, que eran como les veía a pesar suyo. Durante la guerra y en el revoltijo del exilio he podido afirmarme en esta última conclusión.*

*Había seguido con una cierta filosofía las manifestaciones de «nuestros hombres» metidos en aquel berenjenal de la colaboración político-militar, fruto de unas causas que los*

*trasteaban como torbellino a hojas secas.*

*Los combatí rudamente desde mi trinchera de «Acracia», de Lérida; después desde «Ruta», de Barcelona, en calidad de director de ambos periódicos. A Peiró le grité aquello de «Botellero, a tus botellas», indignado por sus declaraciones ministeriales, y con Mera sucedería otro tanto cuando aquel abrazo con «El Campesino» y lo otro que me recuerdas. Pero más tarde traté a los hombres. Aún me quema el abrazo que me dio Peiró una vez destronado, en Mataró, en ocasión de un mitin. Llegué tarde al escenario; Peiró, que estaba entreteniéndome al público mientras esperaban nuestra llegada, nos cedió inmediatamente la palabra y, dirigiéndose a mí (yo esperaba una bofetada), me estrechó apretadamente entre sus brazos con verdadero calor humano. Era la primera vez que nos poníamos en contacto. Digo esto porque las opiniones que nos formamos de las personas precipitadamente rara es la vez que responden a la realidad, a pesar del prestigio de que goza «la primera impresión».*

*La primera vez que vi después a Cipriano fue en Toulouse. Ambos acabábamos de llegar a Francia. Él, de la España de los tristes destinos; yo, de mi exilio en la América tropical. No pudimos intimar porque había una escisión de por medio y nos había sorprendido en campos distintos. ¡Y cómo deforma las imágenes de los hombres el espejo cóncavo o convexo de una dramática escisión! Hace un par de años me lo recordaba el propio Mera:*

*«-Recordarás que comíamos en el mismo restaurante a mediodía, todos vosotros y yo y otro compañero del "otro lado". ¡Y nos mirabais como apestados!»*

*Es decir, que el Mera de «cara de palo», el que parecía un monumento de orgullo, no tenía inconveniente en descender dignamente (eso sí) hasta los de «la acera de enfrente». Los «cara de palo», los orgullosos, éramos nosotros, los que rehusábamos el alternar con los «renegados» del «otro*

lado». Y Mera aguantó aquella terrible situación estoicamente, sin provocar a nadie, sin tampoco humillarse, pero marcando su presencia que quería ser fraterna, y lo era.

Cada uno de nosotros tiene la cara que el artífice Naturaleza le ha tallado. Otro mito que se cae es que «la cara es el espejo del alma», salvo excepciones, desde luego. Con frecuencia el espejo cóncavo, o convexo, del prejuicio nos hace ver lo contrario.



Con Teresa en París

Me sorprenden enormemente los «prejuicios» que avanzas sobre la personalidad de Cipriano. ¿Hombre cauto? Tal vez, como la mayoría de los españoles sin excluir a los catalanes, especialmente a los de tierra adentro. Recuerdo a aquellos campesinos de las cuatro provincias catalanas que, al pedirles, cuando la retirada durante nuestra guerra, un conejo o una gallina para aplacar nuestra hambre, nos salían con aquello de «son petits i encara mamen. Ha passat la "26"»

*i s'ho ha emportat to». (Los de la «26» acabábamos de llegar.) Catalanes y castellanos, a pesar de nuestra localización en el marco peninsular y de una rivalidad estúpida a nivel popular, tenemos muchos puntos de contacto. Se habla mucho de la sequedad de esparto del catalán. ¿No es ella una copia al carbón de la adustez del castellano, viejo o nuevo? Mera es un hombre cauto y reservado ante quien no conoce a fondo, como la mayoría de nosotros. Pero es abierto y hasta locuaz con los amigos sin olvidarse de esa pose (pura pose) altanera del castellano. Le cuesta lo suyo el reírse a mandíbula batiente y una de las veces lo hizo ante una ocurrencia mía. Habíamos conseguido unos amigos llevarle hasta la frontera de Le Perthus y, naturalmente, nos paseamos por la acera que pertenece a España, tropezándonos con algunos guardias civiles. A mí se me ocurrió decirle: «¡Vaya titulares que se está perdiendo la prensa española de sensación! ¡ Nada menos que José Peirats, autor de La CNT en la revolución española, y Cipriano Mera, jefe del Cuarto Cuerpo del Ejército rojo, detenidos en la frontera!» Esto le hizo tanta gracia que lo anduvo contando como chiste, a carcajadas, a cuantos amigos vimos después.*

*La cautela y la reserva; el no hacer juego hasta saber a qué atenerse lo verías en cada uno de los exiliados españoles al coincidir en un vagón de ferrocarril francés. Varias veces me ha ocurrido descubrir por sus rasgos fisonómicos a un paisano y pasarnos gran parte del trayecto mirándonos de reojo y sin soltar la lengua. Por mi parte: «¿Si será un comunista; un "chino"»? Y por la suya: «¿Si será un "cenizas"?,) y nos esforzamos ambos por sorprender un detalle revelador. Y si el descubrimiento es positivo, entonces sí jugamos «seguros de ganar la apuesta». Basta descubrir la cabecera de un periódico asomando por el bolsillo de la chaqueta.*

*¿Es soberbia el ser «duro e inamovible en las*

determinaciones»? Cipriano Mera no tiene, ni por asomo, la cultura de un Miguel de Unamuno para caer en la soberbia. Pero con poca cultura libresca, y es el caso que nos ocupa, se puede tener personalidad y temple acerado. No hay que confundir las cosas. No tiene Mera dotes de elocuencia ni condiciones de actor. No es para darse pisto por lo que trabajó de albañil hasta que se le cayó el palustre de la mano a edad muy avanzada. Yo leí en la prensa de la época, no recuerdo la fecha, aquello de «Desde este momento no hablo más que de sargento para arriba».(6)

Pero también esto: «Cuando termine la guerra, el teniente coronel Cipriano Mera dejará las armas para volver a empuñar el palustre.» Lo primero, en el caso de que no se lo «colgaran», fue una frase de circunstancias o de hombre «poco cauto»; lo segundo lo llevó a cabo, como arriba se insinúa, en el exilio, hasta que pudo tenerse en equilibrio sobre el andamio.

«¿De qué color será mi fajín de general?» Juro no haber escuchado ni leído jamás tal disparate. Si acaso pronunció Mera esta frase, conocido su temperamento o idiosincrasia, podría tratarse de un pitorreo tomado en serio por los chicos de la prensa. (7)

A Durruti se le «colgó» aquello de «Renunciamos a todo menos a la victoria» porque a los burócratas de aquella CNT les interesaba como anzuelo para pescar unas carteras ministeriales. Pero yo, que escuché el discurso que pronunció Durruti por Radio Bujaraloz, y me permití tomarlo casi taquigráficamente para «Acracia», de Lérida, confieso que me pasó por alto dicha afirmación. Ni Durruti ni Mera fueron oradores nunca. Y a quien no es orador consumado se le pueden escapar ciertas afirmaciones que sólo la escuela de Freud podría ofrecernos como fiel trasunto de un deseo reprimido. Yo he citado en mis libros frases de Durruti que expresan lo contrario de la frase que tengo por prefabricada. Sobre estas frases contradictorias que expresan mejor el

*carácter de Durruti según le había tratado yo, no se armó tanto bochinche.*

*Los hombres tenemos a veces malos reflejos, sobre todo cuando no se es tuno alambicado como los políticos y estadistas profesionales. Juzgar artículo de fe cualquier desvarío de orador improvisado me parece un verdadero desvarío.*

*Durante nuestra guerra, donde hubo que improvisar tantas cosas, abundaron los falsos reflejos, y hasta, voy a conceder, algunos descubrieron pasiones malsanas que llevaban dormidas o adormiladas. No es éste el caso de Buenaventura Durruti ni de Cipriano Mera, aunque el berenjenal en que estaban metidos era propicio a que introdujeran sus dedos en el engranaje. No sabemos dónde hubiera llevado a los anarquistas ministrables o entorchables aquella situación anómala. Se puede especular con casos más o menos específicos, de ex comandantes que conservaron hasta la muerte su traje militar planchado en el fondo de una maleta. Yo sólo conservo una manta de campaña que hizo su oficio en la toma de Bastús, en la cuenca de Tremp. La usa mi compañera para planchar sobre ella los pantalones destinados al sastre que le paga por confeccionarlos. Algunos no han muerto todavía y conservan aquellos disfraces entre bolsas de naftalina.*

*Repito que no es éste el caso de Mera, a quien he tenido ocasión solamente de conocer de paisano y me ha impresionado su inteligencia natural, su modestia, con todo y su altivez castellana, que le da más que nada su habla popular madrileña, que diríamos chulona. ¿Que es hombre que tiene sus manías? Esto mismo se le reprochaba por un amigo a Volín, y éste replicaba en su francés vacilante: Des manies tout le monde en a. Lo mismo podría decirse de la testarudez de Mera en negarse a publicar sus Memorias en España. Pero aquí muestra, precisamente, su carencia absoluta de ambición, pues se le han ofrecido cantidades*

*tentadoras.*

*Cipriano Mera es un hombre sobrio, recto, fraternal y apasionado. No vive más que para la causa libertaria española que le quema las entrañas como un fuego implacable. Los que le hayan visto actuar de «general» de Cuerpo de Ejército podrán opinar mejor que yo. Me atengo a lo que hay de permanente, de no incidental, en este hombre que parece tallado en una roca de la sierra de Gredos. Un hombre enterizo que si puso toda su pasión en el papel que le dieron sus compañeros en la guerra, tomándose lo seriamente, con no menos responsabilidad ha sabido desempeñar los papeles intermedios de militar y confundirse en medio de la militancia de base, incluso en los menesteres más humildes, como es el de aportar su óbolo para el sostenimiento de nuestra tribuna en el estadio de la prensa.*

*Tuyo muy cordialmente.*

*Firmado: JOSÉ PEIRATS.*

En octubre de 1974, visité a Cipriano Mera en su domicilio de la Avenida Jean Jaurés de París, con objeto de escribir el presente libro.

Me atendió con la gran cortesía y modestia que en él eran proverbiales. Un año después, cuando estaba dando fin a las últimas páginas, la Prensa informó del fallecimiento de Cipriano Mera, ocurrido el 24 de octubre de 1975, a los 78 años de edad, después de larga y penosa enfermedad.

Sólo me resta añadir el testimonio de uno de sus antiguos compañeros que le acompañó en sus últimas horas y asistió a sus funerales celebrados el día 30 de octubre de 1975, en el cementerio de Boulogne-Billancour, en París.

## Testimonio de Juan Manuel Molina «Juanel»

Director y Administrador de «Tierra y Libertad».

*Estimado amigo:*

*El viernes 24 de octubre hicimos la visita periódica a Cipriano Mera al Hospital Hugueni de Saint Cloud, donde se encontraba desde el 16 de setiembre en grave estado.*

*Fue la última visita. Hemos asistido a la agonía y muerte del viejo luchador. A las 4.30 de la tarde del día 24 de octubre, se extinguía, lenta y suavemente, una de las figuras más originales de la historia de la atormentada España.*

*Ha muerto, como vivió toda su vida, sin cuidados especiales, como casi todo el mundo, y en una sencilla cama de hospital, casi en el anonimato. Cipriano Mera ha muerto sin que las agencias de información se hayan ocupado del hecho, aunque al mismo tiempo publicaron las declaraciones de Santiago Carrillo, a pesar de la diferencia existente entre el comunista intrigante y la dimensión humana de la vida de Mera, dedicada íntegramente a la causa de la verdadera emancipación del hombre y que en su trayectoria vital, parodiando a Unamuno, podríamos llamar fue «nada menos que todo un hombre».*

*Cipriano Mera, viendo su final próximo, dejó constancia de que los derechos de autor que le correspondan por la publicación de sus Memorias, en curso de impresión, pasaran íntegros al «Movimiento Libertario».*

*A pesar de no haber sido anunciado por la Prensa francesa, el jueves, 30 de octubre de 1975, una densa multitud se agolpó en los alrededores del cementerio de Boulogne-Billancour para asistir a los funerales de Mera. De París, de toda Francia, de Bélgica, de Inglaterra, de España, llegaron*

*numerosos amigos y compañeros del finado, para rendirle el último tributo. Además de la televisión inglesa, asistieron numerosas representaciones políticas y sindicales, así como una representación del Gobierno de la República Española en el exilio, encabezada por su Presidente y algunos ministros, y también el presidente de la Generalidad de Cataluña.*

*Si hubiera podido contemplar la ceremonia póstuma, habríase sentido Cipriano Mera satisfecho de ver realizado ante su féretro su sueño de ver reunida, sin divisiones, a la CNT.*

*Firmado: JUAN MANUEL MOLINA.*



El entierro de Cipriano en París

Ese hombre fue la llamarada de una Idea. Una de las tantas de la gran hoguera de la guerra de España. Al extinguirse su vida quedó permanente la Llama.

Toda su fuerza de hombre humilde, su manera de ser, la

configuró el mismo fuego que le quemaba interiormente, pues él, por sí mismo, no pretendió ser más que otro obrero cualquiera: un modesto albañil, pero, al mismo tiempo, constructor de una Tierra distinta en la que poder vivir armoniosamente todos los seres humanos. Con su participación en el intento de tal propósito, justificó su pasión y vida.

Estas sencillas líneas cierran un libro y configuran la breve y rápida semblanza de «un hombre» que se llamó: Cipriano Mera.

JOAN LLARCH

## Bibliografía

*La guerra de los mil días.* Guillermo Cabanellas. Ed. Grijalbo. Barcelona-Buenos Aires-México D. F., 1973.

*Así cayó Madrid.* Coronel Casado. Guadiana de Publicaciones, S. A. Madrid, 1968.

*Así fue la defensa de Madrid.* General Vicente Rojo. Ed. Era. México, 1967.

*Teníamos que perder.* García Pradas. Ed. G. del Toro. Madrid, 1975.

*Cómo terminó la guerra de España.* García Pradas. «Timón», número 6. Ediciones Imán. Buenos Aires, 1940.

*De julio a julio (un año de lucha).* Varios autores. Ed. Tierra y Libertad. Barcelona, 1937.

*Guadalajara y sus consecuencias.* Ramón Garriga. Ed. Del Toro. Madrid, 1974.

*Homenaje a Cataluña.* George Orwell. Ed. Proyección. Buenos Aires, 1968.

*La sabiduría riende.* Hans Ryner (Guilda de Amigos del Libro). Barcelona, 1935.

*Documentos inéditos sobre la Internacional y la Alianza en España.* Max Nettlan. Ed. La Protesta. Buenos Aires, 1930.

*Las milicias nacionales en la guerra de España.* Rafael Casas de la Vega. Ed. Nacional. Madrid, 1974.

*La muerte de la esperanza.* Eduardo de Guzmán. Ed. Del Toro. Madrid, 1973.

*Historia del anarcosindicalismo español.* Juan Gómez Casas. Ed. Zero. Bilbao, 1968.

*Ocho días (la revuelta comunista).* Antonio Bouthelier y José López Mora. Editora Nacional. Madrid, 1940.

*El anarquismo.* Daniel Guerin. Ed. Proyección. Buenos Aires, 1967.

*La nueva reforma.* Paul Goodman. Ed. Kairos. Barcelona, 1971.

*Historia del Ejército Popular Regular de la República.* Ramón Salas. Editora Nacional. Madrid, 1975.

*Carteles.* Rodolfo González Pacheco. Biblioteca de Cultura Social. Buenos Aires, 1956.

*La mujer en la lucha social y en la guerra civil española.* Lola Iturbe. Editores Mexicanos Unidos. México, 1975.

*Socialismo utópico español* (Selección de Antonio Elorza). Ed. Alianza Editorial. Madrid, 1970.

*Marxismo y socialismo libertario.* Daniel Guerin. Ed. Proyección. Buenos Aires, 1972.

*Colectividades libertarias en España.* Gastón Leval. Ed. Proyección. Buenos Aires, 1970.

*Decret de Collectivitzacions.* Conselleria d'economia.

Generalitat de Catalunya. Octubre de 1936. (Texto en catalán y castellano.)

*La guerra en las trincheras de Madrid.* Mauro Bajatierra. Ed. Tierra y Libertad. Barcelona, 1937.

*Los anarquistas.* James Joll. Ed. Grijalbo. Barcelona-México, 1968.

*Cipriano Mera, revolucionario.* M. González Inestal. Editorial Atalaya. Cuba, 1943 (conferencia editada).

*Crónica del alba.* Ramón J. Sender. Ed. Aymá-Delós, S. L. Barcelona, 1965.

*El caos y la noche.* Henry de Montherlant. Ed. Noguer, S. A. Barcelona, 1974.

## Notas

(1) José Miaja Menant fue el presidente la Junta de Defensa de Madrid. Vicente Rojo Lluch, teniente coronel. Jefe del Estado Mayor de la Defensa. (N. del E. D.)

(2) *Mi guerra de España*, publicada en 2003 por Alikornio ediciones. (N. del E. D.)

(3) Aquí Joan Llarch no parece ajustarse fielmente a los hechos históricos. Veamos como narra Cipriano Mera el incidente de Tarancón en sus memorias:

Mera dirigiéndose a Germinal de Sousa:

*-Me han dicho de Tarancón que lo que está pasando en Madrid es una verdadera vergüenza. El gobierno, que es el que tenía que conservar la serenidad, ha sido el primero en huir, dando la sensación al pueblo de que todo está perdido. Lo más lamentable es que todos los organismos se*

*comportan igual. No toman ninguna iniciativa y su única obsesión es abandonar la capital.*

*Ambos me dicen que ya están al corriente de lo que pasa y que precisamente venían a comunicármelo, al saber que había llegado del frente. Les referí las disposiciones que había adoptado. Pedí a Germinal que se hiciera cargo de la Columna, puesto que yo me iba a Tarancón y posiblemente me trasladaría a continuación a Madrid, si Val me lo pidiera. A Valle le insistí en que procurasen dar la sensación de calma y no se alarmara la gente. Ambos me dijeron que querían acompañarme, mas les hice ver que no era posible irnos todos, abandonando el frente que ocupábamos. Precisé aún:*

*-Bastante trabajo tenéis con la misión que os he asignado. Procurad mantener entre vosotros la misma armonía que hasta ahora nos ha unido a los tres. Y haced que los transportes se preparen puntualmente con la máxima discreción, sin que la gente se dé cuenta de lo que sucede. Caso de que circule algún rumor, consideradlo como un simple incidente que no merece el menor comentario. Ahora vamos a comer un bocado, pues el trabajo que nos aguarda será duro para todos.*

*Así me dispuse a tomar el camino de Tarancón, el fatídico día 6 de noviembre. Al llegar a este punto me dirigí a la Comandancia militar, donde tenía su puesto Feliciano Benito. Este, como me anunció Villanueva, había salido para Madrid a requerimiento de Val. Villanueva me recibía en una habitación contigua al despacho. Me comunicó que tenía detenidos, por huir hacia Valencia abandonando Madrid, al general Asensio, subsecretario de Guerra; al socialista Alvarez del Vayo, ministro de Estado; a nuestro compañero Juan López, ministro de Comercio; al general Pozas, el cual arguyó que se le había ordenado situar su puesto de mando precisamente en Tarancón, y algunos más. Abundaban entre los detenidos los secretarios, subsecretarios, algún gobernador y no pocos altos funcionarios. Por lo visto había*

*logrado escapar Federica Montseny, ministro de Sanidad.*

*Recomendé a Villanueva que no dejara salir a nadie de allí y me puse al habla con el compañero Val, en Madrid. Le pregunté qué pasaba en la capital y me contestó que todo se iba arreglando poco a poco. Como a su vez me preguntase él las novedades de Tarancón, le referí las detenciones operadas, pidiéndole me indicara lo que cabía hacer con ellas.*

*- De Madrid -me dijo-ya no podrá irse nadie sin autorización del Comité. No toméis determinación alguna con los detenidos y esperar a que yo llegue a Tarancón.*

*- De acuerdo, te esperamos.*

*Abandonamos la habitación y pasamos al despacho, que era donde se hallaban los detenidos. Al entrar todos me miraron. El general Asensio me preguntó:*

*- ¿Por qué se nos tiene aquí, cuando nuestro puesto está en Valencia, al lado del gobierno?*

*- Está usted equivocado -le contesté-; el verdadero sitio de todos ustedes está en Madrid, al lado de sus defensores. Su deber no era el de escaparse como han hecho. Celebro que los trabajadores tengan ocasión de exigir explicaciones a los jefes militares que no saben luchar y a los ministros que no saben gobernar.*

*Fue todo cuanto hablamos.*

*Serían las dos de la madrugada cuando llegó a Tarancón el compañero Val, acompañado del secretario general de la CNT Horacio M. Prieto, que también era uno de los que se iban. Nos reunimos con ellos Verardini, Feliciano Benito, Villanueva y yo, en la habitación contigua al despacho.*

*Val nos dijo que, dada la situación, particularmente en Madrid, cada cual debía ocupar su lugar, o sea, refiriéndose a las personalidades detenidas, dejarles irse a Valencia, que es donde estaba instalado ahora el gobierno.*

*Nos reiteró asimismo que los compañeros que nos representaban en el gobierno se habían opuesto al abandono de Madrid para trasladarse a Valencia, mas como la mayoría del mismo optó por lo contrario, cabía aceptar su decisión. Y añadió:*

*- Así que, compañeros, una vez más vamos a ceder. Dejados irse. Tomé la palabra inmediatamente para preguntar a Val y al secretario de nuestro Comité nacional cuál era la actitud de este último ante tales hechos.*

*Horacio M. Prieto me respondió que el Comité nacional había decidido seguir al gobierno, por varias razones: una de ellas que, dadas las responsabilidades adquiridas, debía estar cerca de los organismos oficiales, para poseer la debida información de los acontecimientos y sentar nuestra posición respecto a los mismos. Entonces les dije:*

*- Me doy cuenta que no es el momento de perder el tiempo en discusiones baldías. Pero si la situación es difícil, no me parece desesperada, y entiendo por ello que el Comité nacional de la CNT no debe abandonar Madrid, menos aún cuando todos huyen. Su presencia en la capital puede representar un valor moral considerable para la población madrileña y ayudar así a que la situación cambie de manera favorable. Puede nombrarse un subcomité que se instale en Valencia. La salida del gobierno, de la forma que lo ha hecho, es una fuga vergonzosa, pues hace apenas ocho horas decía al pueblo madrileño que correría la misma suerte que él.*

*Cuando ese pueblo se entere de que el gobierno lo ha abandonado, nadie puede prever lo que suceda. Para evitar lo peor, ante la ausencia del gobierno, es menester, que la representación nacional de la CNT no se vaya sino que esté presente. La debilidad de un hombre acarrea a veces, -no lo olvidemos-la pérdida de una revolución o malogra un triunfo.*

*Para mí incurren hoy en la misma responsabilidad los miembros del gobierno que los representantes de las*

*organizaciones y partidos políticos que le siguen en su huida. Me decía Verardini, y yo coincido plenamente con él, que quizá no se nos presente otro momento como éste a los revolucionarios de verdad, a los, que ansiamos una auténtica transformación de las cosas y de los hombres. Tardará sí, en ofrecerse otra ocasión semejante. Tú, compañero Val, sabes muy bien cuánto te queremos y respetamos; sabes asimismo que siempre he sido disciplinado y he servido como el primero los intereses de nuestra Organización. Si no me decido ahora a hacer una «gorda» por mi cuenta es porque tengo conciencia de que no deben imponerse puntos de vista particulares. Aunque para mí es intolerable que esta gente huya de Madrid y se le deje ir tan tranquila, tendré que aceptarlo. A cambio de esto, compañero Val, tienes que permitirnos ir a Madrid con mil hombres, con mil voluntarios de nuestra Columna, para demostrar a esta gente que mientras ellos huyen nosotros vamos a defender a los que han abandonado.*

*Val se mostró de acuerdo con mis últimas palabras y me dijo que preparara esos mil voluntarios lo antes posible. Se volvió inmediatamente a Madrid, y al despedirnos, no di la mano al secretario del Comité nacional de la CNT, porque consideré que era un débil que no merecía desempeñar en esos momentos el importante cargo que ocupaba en una organización revolucionaria como la nuestra.*

(N. del E. D.)

(4) Mika que había sido "capitán" de una columna del POUM y que posteriormente se integró al frente de Guadalajara a las ordenes de Mera, en esos momentos ya no era capitán. Tras haber sido secuestrada por los estalinistas en mayo de 1937 y encerrada en una «checa» de la que fue rescatada por Cipriano, pasó a formar parte de la organización *Mujeres Libres*, abandonando el ejército. Fue detenida por los vencedores en marzo de 1939 en Madrid. Más tarde se consiguió su expatriación. Falleció en París en 1992. (N. del

E. D.)

(5) Las memorias de Mera se publicaron con el título: *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. (N. del E. D.)

(6) Peirats se hace eco de una calumnia malintencionada surgida de la deformación de su entrevista con Rojo en la que Mera afirmó: "...Quiero ser el sargento M, o lo que sea; y si soy el sargento M no volverá a pasar lo de hoy..." (N. del E. D.)

(7) La frase evidentemente distorsionada con malas intenciones tiene su origen en el Congreso de Zaragoza anterior a la contienda (véase anteriormente en el testimonio de García Oliver su versión de los hechos), donde Mera se burló de la propuesta de éste de constituir por parte de los libertarios un ejército revolucionario, exigiéndole «Que nos explique el compañero García Oliver de qué color quiere que sean los galones y los entorchados de los generales de la CNT...» (N. del E. D.)